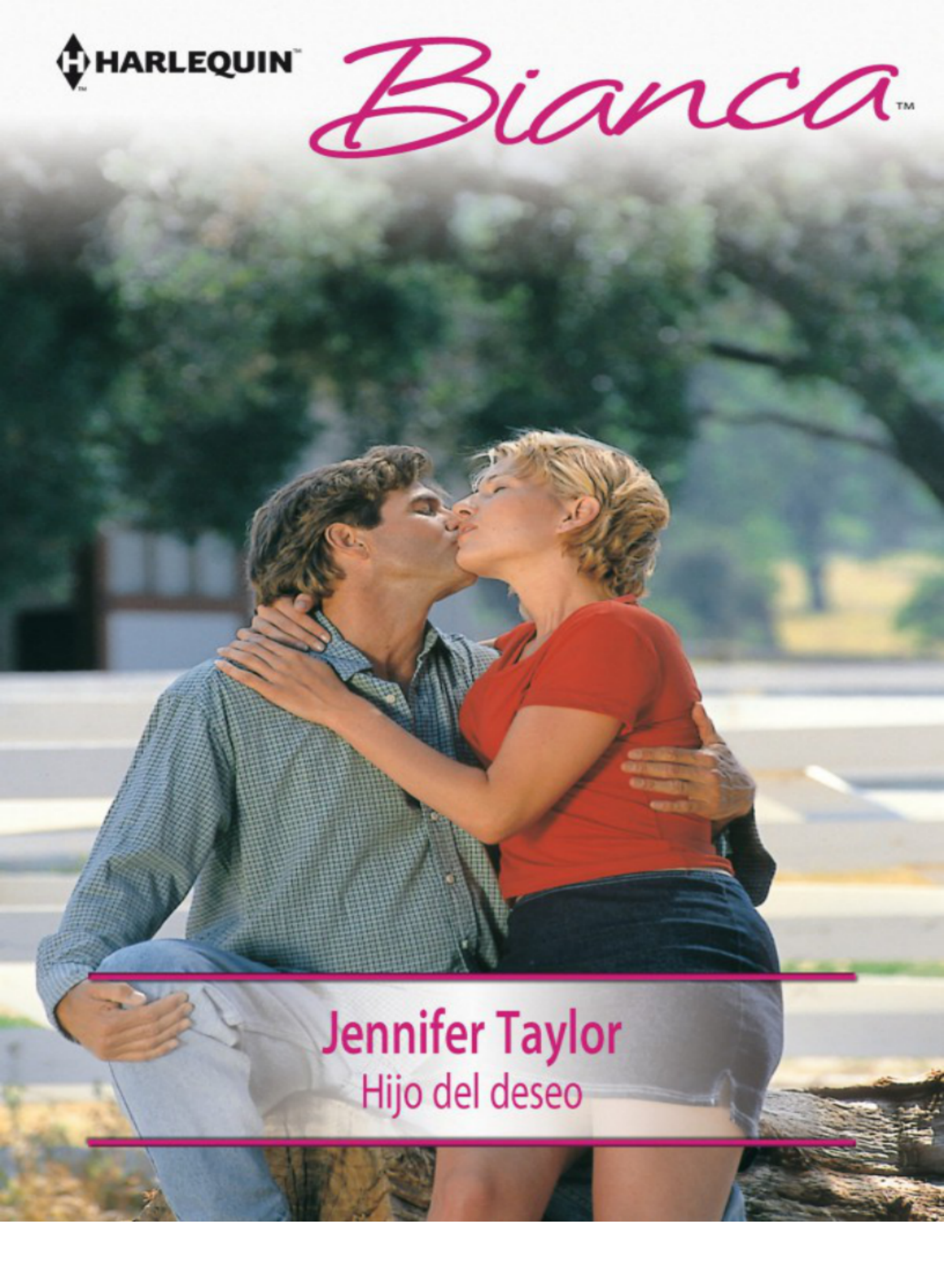

HARLEQUIN
Bianca
Jennifer Taylor
Hijo del deseo

Hijo del deseo

Diez años atrás, Rachel y Stephen habían mantenido una relación cuyo resultado fue Jamie. Por motivos personales, Rachel le había contado que Jamie era hijo de otro hombre. Pero cuando al final reconoció ante Stephen que él era el padre, éste no quiso creerlo. Estaba convencido de que era una mujer taimada y calculadora que haría cualquier cosa para conseguir lo que quería… y daba la impresión de quererlo a él.

Capítulo 1

Stephen no se molestó en decirle a nadie que se iba. Simplemente descendió en su ascensor privado hasta la planta baja. No tardarían en averiguar que se había marchado... cuando las negociaciones hubieran acabado.

Con franqueza, ya no le importaba cuál pudiera ser el resultado ni si aún seguiría con el control de la empresa que había levantado con implacable determinación en los últimos diez años. La noche anterior, al oír la noticia, había sabido lo que tenía que hacer ese día.

Le resultó divertida la ironía de la situación. Había buscado a Rachel desde que se hizo la oferta de absorción y decidió no plantarle cara. El equipo de detectives que había contratado había tenido poco éxito en localizarla, hasta la llamada telefónica de la noche anterior.

Lo había dejado atónito descubrir que Rachel se encontraba en la ciudad. Ella había salido de su vida en el momento en que todo comenzaba; que regresara en ese instante resultaba apropiado. Tenía intención de atar algunos cabos sueltos antes de cerrar el libro de ese capítulo de su vida.

El viento soplaba con fuerza por el parque. Le apartó el pelo castaño de la cara, marcando aún más sus rasgos nítidos. Captó su reflejo en la puerta de cristal y volvió a sonreír sin placer.

La vida y la experiencia habían quedado grabadas en su rostro y llenaban sus ojos grises con cinismo. Ese era el legado que le quedaría cuando todo terminara. Desde luego, también habría dinero, más del que necesitaría en toda una vida, pero nada que hiciera que lamentara la decisión tomada. Parecía una amarga acusación de todo lo que había conseguido.

Las calles estaban despejadas, pero se tomó su tiempo para seguir una ruta que no había recorrido en años. Su vida había continuado desde esas calles estrechas, y la enorme casa que se alzaba entre innumerables acres era el entorno adecuado para un hombre de sus medios; no obstante, mientras conducía, sintió como si el tiempo no existiera...

Apretó las manos en el volante al acercarse al exterior. Se sintió abrumado por la súbita sensación de que podría estar cometiendo un error. ¿Qué esperaba conseguir con esa reunión? Rachel no había realizado intento alguno de buscarlo y se preguntó si no sería un necio al agitar el pasado cuando quizá era mejor dejar las cosas tal como estaban.

Titubeó solo unos segundos antes de que su decisión se

reafirmara. Durante los últimos diez años había querido respuestas, y ese era el momento perfecto para oírlas.

Observó la calle al bajar del coche y experimentó un nudo en el estómago al ver a la mujer que caminaba hacia él. Iba enfundada en un abrigo grueso con capucha, aunque habría reconocido ese andar elástico en cualquier parte...

-Rachel.

El nombre salió con tanta facilidad de sus labios que podrían haber pasado días y no años desde la última vez que la vio. Stephen había pensado que estaba preparado para el encuentro, pero supo que no era así al revivir todo lo que había sentido aquel verano intenso.

-¿Podemos ir luego al parque, mamá? ¿Por favor?

La voz del niño sonó con claridad en la calle. Stephen se sobresaltó, dándose cuenta por primera vez de que Rachel no se hallaba sola, y unos segundos más tarde asimiló lo que había oído. Miró al niño que iba a su lado y experimentó otro sobresalto.

Tenía que ser su hijo; cuando el pequeño se adelantó y se aproximó más a él, vio que el parecido era notable. No solo por el cabello dorado ni por sus facciones pequeñas y regulares, sino por el mentón alzado, que insinuaba una voluntad que le era familiar, y por el modo en que lo miró directamente, sin pestañear, al detenerse ante la casa...

Contempló los ojos del niño y vio algo que jamás había soñado que vería.

De pronto, sintió que la ira bullía en su interior y desterraba los años de incertidumbre. En el pasado la necesidad de averiguar la verdad le había carcomido el alma. En ese momento sabía al fin cuál era esa verdad, aunque no tenía todas las respuesta.

Alzó la vista y sus ojos fueron como hielo al mirar a Rachel detenerse y abrir el bolso. No le cupo duda de que iba a conseguir sus respuestas... ¡y algo que por derecho tendría que haber sido suyo mucho tiempo atrás!

Rachel sacó las llaves y suspiró. Lo último que tenía ganas de hacer era llevar a Jamie al parque, pero odiaba negarle ese pequeño placer. Si al menos no se sintiera tan cansada, pero cuidar de la tía Edith en las semanas anteriores al fallecimiento de la anciana había sido agotador.

No había querido regresar, pero su conciencia no le habría permitido permanecer alejada después de haber recibido la carta de su tía y, en cualquier caso, sus temores habían resultado infundados.

Ya solo le quedaba hacer las maletas, guardar lo poco que le había dejado la tía Edith y volver a casa. Sin embargo, la idea de retornar a su apartamento en Birmingham no la entusiasmaba. Estar encerrado en un bloque de apartamentos no era lo mejor para un niño de nueve años.

Jamie esperaba ante la puerta, contemplando el coche lujoso aparcado junto a la acera. Rachel lo estudió con curiosidad al introducir la llave en la cerradura. Posó la vista en el hombre apoyado contra el capó y la sorpresa que sintió le quitó el aliento.

Durante un momento dio la impresión de no poder moverse. De pronto, sopló el viento y le quitó la capucha de la cabeza, haciendo que el pelo largo y rubio le tapara la cara, aunque permaneció allí, quieta, y oyó la risa baja del hombre, en absoluto divertida.

-Hola, Rachel. ¿Cómo estás? Espero que no me hayas olvidado. Stephen Hunter... ¿recuerdas? -miró a Jamie y sus ojos reflejaron una furia dura y fría cuando volvieron a centrarse en ella-. Seguro que no.

«¡Lo sabe!», Rachel oyó las palabras en su interior, llenándola de miedo y arrebatándole la capacidad de pensar de forma racional. Recuperó el aire en jadeos cortos al tomar la mano de Jamie para hacerlo entrar pero, de repente, Stephen estuvo a su lado, grande y de aspecto peligroso, con el brazo atravesado sobre la puerta para impedirle el paso.

-¡No! No vas a ninguna parte. Es hora de que hablemos. De hecho, yo diría que ya es necesario, ¿no crees?

El tono burlón hizo que se sintiera amilanada, ya que nunca antes le había hablado así. Sin proponérselo, el recuerdo de aquel verano la invadió, la voz de Stephen pronunciando su nombre, tan profunda y resonante por la emoción, mientras le decía que la amaba...

-¡Mamá, me haces daño!

Jamie le movió el brazo y en su carita se reflejó el temor. Rachel luchó por recuperar el control al soltarle la mano y obligarse a sonreír.

-Lo siento, cariño. Yo... quería que te cobijaras del viento.

-No tengo frío. ¿Puedo jugar fuera un rato antes de ir al parque?

Stephen bajó la vista al niño y su expresión se suavizó.

-¿Por qué no entras por ahora? -muró a Rachel sin ningún atisbo de suavidad-. Mamá y yo somos... viejos amigos. Hay muchas cosas que tenemos que contarnos.

Rachel captó la ironía en su voz. El corazón le dio un vuelco, pero con Jamie presente no podía hacer nada. Bajó la vista a su

hijo, embargada por el amor al observar la preocupación en su cara. ¿Qué sentido tenía inquietar aún más al pequeño, cuando quizá pudiera zanjar eso sin necesidad de revelarle quién era Stephen Hunter?

-Sí, entra, Jamie. No tardaré.

El pequeño los estudió a ambos y luego desapareció en el interior de la casa: Rachel respiró hondo antes de volverse hacia Stephen. Al principio, había imaginado esa escena muchas veces, y en sus peores momentos casi había deseado que tuviera lugar. Pero habían pasado los años y la probabilidad de que alguna vez volvieran a encontrarse se había vuelto remota... tanto como el propio Stephen.

Había leído sobre él en los periódicos, desde luego, seguido su éxito y experimentado consuelo al descubrir que no se había equivocado en hacer lo que había hecho. Lo único que siempre había deseado era la felicidad de Stephen. Sin embargo, al observarlo en ese momento, de pronto se preguntó si, al garantizar eso, no había abierto el camino hacia su peor pesadilla.

-¿Por qué, Rachel? Contéstame eso. ¿Por qué lo hiciste?

Habló en voz tan baja, que Rachel tuvo que esforzarse para oírlo. Sintió un escalofrío al percibir la furia que lo dominaba y apartó la vista.

-No sé a qué te refieres.

Él soltó una risa áspera y con los dedos le hizo daño al girarle la cara para poder contemplar sus ojos.

-¡No mientas! Maldita seas, Rachel, no te atrevas a mentir después de todo lo que has hecho. Solo tuve que mirar al pequeño para conocer la verdad. Es mi hijo, ¿no es cierto? ¿No es cierto!

-Yo... ¡No... no! Te equivocas, Stephen -se obligó a reír, aunque le sonó carente de convicción-. No sé de dónde has sacado esa idea...

-El niño tiene mis ojos, Rachel. Lo miré y vi el mismo reflejo que todos los días veo en el espejo. Mis ojos, tus facciones... ¡nuestro hijo! Ahora lo único que deseo saber es por qué no me lo contaste. ¿Por qué, durante todos estos años, has mantenido a mi hijo en secreto?

Los dedos de Stephen se tensaron sobre su mentón y en sus ojos brilló un fuego salvaje. Rachel sintió una descarga de miedo verdadero. Parecía fuera de control. ¿Quién sabía de qué era capaz en ese momento, de qué sería capaz luego?

En ese momento Stephen Hunter era un hombre poderoso, con fama de conseguir siempre lo que quería. ¿Y si decidía que quería a

Jamie? ¿Y si su ira se convertía en deseo de recuperar lo que ella le había ocultado todos esos años? Que lo hubiera hecho para garantizar que alcanzara el éxito que con tanta desesperación había anhelado ya no significaría nada para él.

¡Perder a Jamie era un riesgo que no podía asumir!

-¡No! Te equivocas. Jamie no es... no es tuyo -tragó saliva, dolida por la mentira que debía contarle-. Jamie tiene los ojos de los Hunter... no los tuyos, Stephen.

Sintió que se ponía tenso. Hizo una mueca por la presión de sus dedos, aunque él no pareció notarlo. La miró fijamente, con ojos tan sombríos que casi parecían negros.

-¿Qué quieres decir?

-Ja... Jamie es hijo de Robert, no tuyo. Nos... nos acostamos juntos durante tu estancia en Londres. Jamás quise que lo supieras, Stephen. Por eso me marché después de que Robert muriera y de haber descubierto que estaba embarazada -lo miró, rezando para no revelar la agonía que sentía al negar todo lo que Stephen y ella habían sido el uno para el otro-. No es tu hijo, sino de tu primo, y tú... tú no tienes derecho sobre él.

Durante un instante él no se movió ni la soltó. Rachel pudo sentir cómo se extendía la desagradable mentira. Quiso gritar que no era verdad, que lo había amado, pero contuvo las palabras por miedo a lo que pudiera ocurrir.

-¡Maldita seas, Rachel! ¡Maldita seas! La soltó y la paralizó con la mirada antes de dar media vuelta y regresar al coche.

-¡Stephen! -suplicó, pero él no dio señales de haberla oído.

Se metió en el coche y se marchó sin mirar atrás, dejándola tal como una vez ella lo había dejado... aunque los motivos de Rachel habían sido por amor; los de él nacían del odio.

-Mamá, ¿qué pasa? ¿Por qué lloras? ¿Qué te ha dicho ese hombre?

Jamie le tocó el brazo y su voz irradió inseguridad. Ella se pasó una mano por la cara, inconsciente hasta ese momento de que estaba llorando. Miró a su hijo y el corazón se le rompió al recordar lo que había visto en los otros ojos grises...

-Espero que no volvamos a verlo. No me gusta.

Rachel desterró su dolor al ver el mohín rebelde en los labios de Jamie. Supo que no podía permitir que eso pasara. Le había negado su hijo a Stephen, pero no podría vivir consigo misma si dejaba que Jamie odiara a su padre.

-Hacía mucho que no veía a Stephen y le... le dije algo que él desconocía y que lo perturbó. No fue él quien me hizo llorar, Jamie.

Es el viento el que me irrita los ojos. ¿Qué te parece si nos vamos ahora al parque? Cuando volvamos, podemos preparar unas tostadas para tomar con el té junto a la chimenea.

-¡Estupendo! -el rostro del pequeño se iluminó-. ¿Puedo prepararlas yo, mamá? Te prometo que tendré cuidado.

-Ya veremos -sonrió con gesto trémulo.

Tomó la mano de Jamie, volvió a cerrar la puerta y marcharon juntos. Al llegar a la esquina se detuvo para mirar atrás, pero la calle estaba vacía. Sin embargo, sabía que el recuerdo de su encuentro iba a perseguirla, igual que la mentira que le había contado. Que Stephen la hubiera creído con tanta presteza era algo con lo que también tendría que aprender a vivir.

Si de verdad la hubiera amado, tendría que haber sabido que jamás habría podido traicionarlo de esa manera.

-Ahí estás. Maldita sea, Stephen, podrías haber dicho que te ibas. Esta última hora ha sido tumultuosa al no poder encontrarte.

Stephen se volvió de la ventana con las cejas enarcadas con expresión cínica.

-Pensé que te había dado autorización para negociar el trato, David. ¿Para qué necesitabas que estuviera aquí y te sostuviera la mano?

-Sé lo que me dijiste -el rostro del hombre más joven se ruborizó-, pero no es tan sencillo. Rogerson se niega a tratar con nadie que no seas tú -rio con ironía-. No lo culpo. ¡Cuesta creer que El Tiburón ha perdido su instinto!

Stephen reconoció el comentario con una leve sonrisa, bien consciente del apodo que había adquirido desde que un periodista ingenioso lo había empleado en uno de los periódicos financieros. Lo habían comparado con un tiburón, que devoraba y escupía cualquier cosa que se interponía en su camino.

Quizá en una ocasión había sido cierto, pero últimámente había perdido el gusto por la fase agresiva del negocio... razón por la que había surgido esa oferta de absorción. Después de lo que acababa de suceder, estaba menos inclinado que nunca a preocuparse por lo que le pasara a la maldita empresa.

Cerró las manos y giró para mirar otra vez por la ventana.

-Entonces es tarea tuya convencerlo, David. Para eso te pago y continuaré haciéndolo hasta que Roger-son se haga con la compañía. Después de todo, bueno... -se encogió de hombros con indiferencia, deseando que David se marchara. Quería estar solo, asimilar lo que le había revelado Rachel para poder entenderlo.

-¡Eres un necio, Stephen! Solo Dios sabe por qué tiras por la

borda todo por lo que has luchado. Pero sé que estás cometiendo un gran error. ¡Lo peor del caso es que te darás cuenta cuando ya sea demasiado tarde!

Que hablara de esa manera era reflejo de lo mucho que toda la operación estaba afectando a David, y fue eso lo que frenó la respuesta de Stephen.

-Entonces, solo yo tendré la culpa. Tal vez te cueste entenderlo, pero ya no me importa. Si la pierdo, que así sea. Y ahora, si eso es todo...

-¡Sí, lo es! Pero si yo estuviera en tus zapatos, saldría a luchar. No dejaría que nadie me arrebatara esto. Querría legárselo a mis hijos, como algo de lo que podrían sentirse orgullosos.

David se marchó, sin ver la expresión que cruzó la cara de Stephen. Continuó mirando por la ventana, tratando de controlar el torrente de emociones que lo invadió. Era como si alguien le hubiera abierto un agujero en el pecho para desgarrarle lo que una vez había sido su corazón...

¡Había amado tanto a Rachel! Quizá hubiera sido simplemente la intensidad de la juventud lo que había potenciado sus sentimientos, la dulzura de su primer amor, pero desde entonces nada lo había afectado tanto, ni siquiera su matrimonio con Shelley. Esta había sido una mujer hermosa y culta, y había encajado a la perfección en la vida que había preparado para sí mismo... pero, ¿la había amado?

Conocía la respuesta sin necesidad de pensar en ella, sabía que esa había sido la causa por la que al final Shelley había pedido el divorcio. Y lo único que él había sentido había sido el pesar fugaz de haber fallado, nada más. No obstante, saber lo que Rachel había hecho años atrás le producía un daño tan amargo que apenas podía creer en el dolor y la furia que sentía.

Dio un puñetazo a la pared, giró y contempló el lujoso despacho. Todo lo que había conseguido había surgido de aquel largo y caluroso verano. Quizá hubiera intentado desterrar a Rachel de sus pensamientos, pero ella jamás había abandonado su espíritu. Se había afanado por alcanzar sus sueños porque eran los sueños de los que había hablado con ella, las ambiciones de las que solo había hecho partícipe a Rachel.

Ella había sido un faro brillante, su belleza y dulzura sin igual, su relación algo con lo que había comparado todas las posteriores... para su detrimento. Y había sido un simulacro, una burla. Todo lo que había hecho hasta ese momento en su vida había surgido por los motivos equivocados. Se sentía engañado.

Miró la hora y entrecerró los ojos. Quizá no pudiera cambiar el pasado, pero sí podía moldear su futuro. Durante mucho tiempo no había sabido lo que quería. De pronto, le resultó claro: ambiciones nuevas, sueños nuevos. ¡Y Rachel había desempeñado una parte en ello, igual que había desempeñado un papel vital en el pasado!

Capítulo 2

ERAN casi las diez cuando Jamie se quedó dormido. Rachel había esperado que la distracción de preparar la tostada junto al fuego le haría olvidar lo sucedido, pero el pequeño se había negado a dejar pasar el incidente.

No se sentía contenta por las mentiras que se había visto forzada a contar, pero no había podido evitarlo. Jamie conocía poco sobre su padre, aparte del hecho de que su madre lo había querido mucho. El pequeño lo mencionaba raras veces. Las familias de madres o padres solteros eran corrientes donde vivían, de modo que Jamie no encontraba nada raro en su situación... aunque eso no hacía que fuera más fácil para ella.

Rachel había perdido a sus padres en un trágico accidente de coche cuando era adolescente y, aunque la tía Edith había sido muy amable, los había echado mucho de menos y todavía valoraba los años que habían pasado juntos como familia. Odiaba la idea de que su hijo jamás tendría la seguridad de dos padres que lo quisieran. Se preguntó si había hecho lo correcto con Stephen.

Se sentó en el sofá y recordó el encuentro. En ese momento, le parecía algo irreal, aunque no necesitó mucho esfuerzo para recordar cómo la había mirado, sus ojos fríos y condenatorios.

Tuvo un escalofrío y se levantó para añadir más leña al fuego. Desde la calle le llegó el portazo de un coche, seguido del sonido de pasos. Contuvo el aliento y el corazón se le desbocó, pero a continuación oyó la puerta de la casa de al lado y el sonido de voces a través de la fina pared de separación.

Emitió un leve sollozo al sentarse. ¿Qué había imaginado? ¿Que Stephen había vuelto para verla? Él había creído su historia. ¡No tenía ningún motivo para volver a visitarla! Lo que Stephen Hunter y ella hubieran compartido alguna vez, ya estaba muerto. Sintió un nudo en la garganta.

El sonido súbito del timbre la sobresaltó. Corrió a la ventana, pero solo vio el coche aparcado frente a la otra casa. Era evidente que sus vecinos tenían visita y querrían pedirle algo. Era ese tipo de comunidad, y después de la frialdad del enorme bloque donde vivían Jamie y ella, le resultó un cambio placentero.

No se molestó en poner la cadena del cerrojo antes de abrir. Durante un momento, no fue capaz de encontrar la voz, y luego le salió débil, traicionando la conmoción que experimentaba.

-¿Qué... qué quieres?

Stephen enarcó las cejas y su sonrisa fría ayudó poco a suavizar sus rasgos austeros.

-Llegué a la conclusión de que tenía que verte otra vez. Me di cuenta de que había muchas cosas que nunca llegamos a tratar.

-¡No... no hay nada de lo que debamos hablar! Y ahora, si no te importa...

Empezó a cerrar la puerta, pero no fue rival para Stephen cuando con calma la abrió del todo y entró. Miró alrededor, empequeñeciendo el reducido espacio con su poderosa presencia. Llevaba un abrigo negro de cachemir sobre un traje oscuro, que recalcaba la anchura de sus hombros y el poderío de su cuerpo.

Rachel tuvo un vivido destello de Stephen tal como había sido años atrás: vestido con vaqueros y una camiseta, el pelo castaño cayéndole sobre la frente, pero la imagen se desvaneció con la misma rapidez con la que había surgido, dejando claro que en la figura elegante del hombre quedaba poco de aquel muchacho. Pero cuando se volvió para mirarla, algo en la profundidad de sus ojos la hizo contener el aliento.

Apartó la vista, asustada por la calidez que recorrió sus venas. Lo que había sentido por él hacía tiempo que había desaparecido. El amor no podía sobrevivir semejante ausencia. Desde luego, el recuerdo seguía allí. Aquel verano había sido el mejor y el peor de su vida, pero ya no era la joven que había amado a Stephen Hunter con tanta desesperación.

-Pareces sorprendida de verme, Rachel.

-Y lo estoy. Pensé que ya habíamos expuesto todo lo que teníamos que decirnos.

-¿Sí? Qué raro. Yo creo que aún queda mucho de qué hablar -rio despacio-. Más de lo qué imaginé cuando vine antes. Hace tiempo que te estoy buscando, Rachel, pero no fue hasta anoche cuando me enteré de que habías vuelto a la ciudad.

-¿Buscándome...? -el corazón le dio un vuelco-. No entiendo. ¿Por... por qué ibas a hacerlo después de tanto tiempo?

-¿Por qué? -esbozó una sonrisa tenue-. Supongo que por capricho. Alcancé un punto en mi vida en que me pareció que hacían falta algunos cambios. Decidí atar cabos sueltos, encontrar respuestas a todas las preguntas que me han desconcertado... aunque he de confesarte que no esperaba averiguar lo que descubrí hoy.

-No tiene sentido... hurgar en el pasado -sintió que se ruborizaba.

-Te equivocas. ¿Por qué no pasamos, nos sentamos y charlamos como lo harían dos viejos amigos?

-¿Lo somos, Stephen? -le dolió su ironía-. Creo que no.

-Una vez fuimos mucho más que amigos, o eso pensaba yo. ¿Puedes culparme por querer averiguar cómo pude cometer semejante error? -rio con tono burlón-. Y bien, Rachel, ¿qué va a ser? ¿Puedes invitarme a una taza de café y dedicarme unos minutos? ¿O crees que es mas de lo que merece lo que compartimos tantos años atrás?

La aguijoneó la referencia irónica a su pasado. Le había pesado la idea de mancillar el recuerdo de lo que una vez habían sido el uno para el otro, pero era evidente que para él no significaba nada.

-¿Por qué no? Una taza de café parece lo mínimo que puedo ofrecer después de todo este tiempo. Pasa al salón y ponte cómodo. No tardaré mucho.

Mantuvo la sonrisa frágil hasta que él dio media vuelta y avanzó por el pasillo. Cerró los ojos ante el dolor, deseando haberle dicho que se marchara y no prolongar la agonía, cuando apenas tenía sentido ya. Nada podría modificar lo que había sucedido en el pasado; nada podría alterar lo acontecido ese día.

Stephen Hunter y ella estaban tan distanciados que sería imposible reducir el abismo existente entre los dos.

Se preguntó por qué había vuelto.

Miró en derredor del salón, sin sentarse. Se hallaba demasiado tenso para esperar que volviera con un café que no quería tomar.

Impaciente, se acercó a la ventana, pero había poco que ver aparte de la larga hilera de casas... nada que pudiera distraerle la mente del motivo de su presencia allí...

Soltó un juramento. Unas pocas horas atrás se había dicho que podría sobrellevar lo que Rachel le había contado una vez que hubiera dado los pasos para devolver su vida a su curso normal. Sin embargo, sentado esa noche en el palco, fingiendo seguir la ópera, se había dado cuenta de que no era tan sencillo.

Había llevado a su acompañante a su apartamento aduciendo una excusa que ya no recordaba, para luego presentarse en la casa de Rachel y obligarla a que le contara toda la sórdida historia de principio a fin antes de quitársela para siempre de la cabeza. ¡Solo Dios sabía lo mucho que en ese momento lamentaba el impulso! ¿Cómo iba a poder olvidar la traición de Rachel?

Se puso a caminar inquieto. Se detuvo ante una fotografía con un marco barato. Su mano se alzó con voluntad propia para recogerla mientras los recuerdos lo invadían como un vino agridulce y los años desaparecían...

-¿Quién es?

Robert abrió un ojo y siguió la dirección de la mirada de su

primo, luego volvió a dejarse caer sobre la arena con un suspiro.

-Venus, Afrodita... la encarnación de la mujer perfecta...

-¡Gracias! -Stephen le dio un golpe en el hombro,

sin quitar la vista de la chica que caminaba por la playa. Estaba seguro de que no la había visto antes, de lo contrario la habría recordado. No se trataba solo de ese pelo rabio plateado que caía por su espalda, ni de la pureza de su perfil, sino de la gracia con que se movía, de su elegancia...

Se irguió con una expresión tan decidida en sus ojos grises que su primo gimió.

-¡Oh, oh! Espero que haya leído su horóscopo y sepa que un desconocido alto, de pelo oscuro y atractivo... -hizo una pausa-. No, no nos pasemos. Que un desconocido alto y de pelo oscuro se va a cruzar en su camino hoy. No me gustaría que quedara demasiado conmocionada.

Stephen soslayó el comentario burlón. Robert y él eran más hermanos que primos. Casi tenían la misma edad, siendo Stephen seis meses mayor, y desde pequeños eran inseparables. El hecho de que sus padres fueran gemelos probablemente había forjado un vínculo más fuerte de lo habitual, aunque en poco se parecían, aparte de tener los mismos ojos grises.

-No tardaré mucho, pero...

-Que no te espere si no has vuelto a la puesta de sol.

Robert lo despidió con un gesto de la mano y volvió a cerrar los ojos para tomar el sol. Stephen sonrió, preguntándose cómo alguien podía llevar una vida tan feliz a un ritmo tan lento. Con diecinueve años de edad, él ardía de ambición. Conseguir un trabajo, cualquier trabajo, parecía ser la suma total de las aspiraciones de sus amigos, pero Stephen quería tanto más, que no había límite para lo que pretendía conseguir.

Con las largas zancadas de sus piernas poderosas redujo la distancia que lo separaba de la chica. Hacía calor y solo llevaba unos viejos vaqueros cortados. Tenía la piel bronceada de trabajar al aire libre y su cuerpo carecía de un gramo de grasa; los hombros anchos y las caderas estrechas atrajeron unas miradas de admiración de un grupo de chicas, pero él ni siquiera las miró. Sus ojos estaban centrados en la espalda esbelta y elegante de la rabia que iba por delante.

En contraste con casi toda la gente de la playa, que llevaba tan poco como lo permitía la decencia, ella iba cubierta del cuello a los tobillos por un amplio y tenue vestido de algodón de color crema. La brisa hacía remolinear la tela a medida que caminaba,

provocando que la falda se ciñera a la forma de sus piernas largas y hermosas y la parte superior a la curva elevada de sus pechos pequeños, de un modo que resultaba mucho más provocativo que cualquier biquini escueto.

Sintió que un deseo ardiente y vibrante lo dominaba. Aceleró el paso hasta situarse a su lado. Ella lo miró y luego desvió la cara, un poco ruborizada mientras incrementaba algo su andar, pero a él no le costó mantenerse a su altura.

Permanecieron de esa manera unos minutos, sin hablar, observándose de reojo. De pronto, ella se detuvo y sus ojos castaños lo miraron con expresión tormentosa.

-¿Qué quieres?

Tenía una voz suave, dulce y musical, a pesar de la irritación que proyectaba. Él le sonrió con los ojos brillantes.

-A ti.

Durante un momento ella pareció atónita pero, de repente, rio con auténtica diversión. Lo sorprendió, porque había esperado una respuesta gélida y casi había anhelado superar cualquier resistencia inicial que hubiera podido mostrar. Pero era evidente que no tenía intención de jugar de acuerdo con las reglas de él.

-Mmm, me pregunto qué esperas que responda a eso -se mordió el labio y unos dientes blancos y delicados resaltaron contra la boca roja que no lucía rastro de carmín. Ladeó la cabeza y el cabello cayó por un hombro, brillando como hebras de oro bajo el sol.

Stephen sintió que se le humedecían las palmas de las manos. Apartó la vista por temor a lo que ella pudiera ver en su expresión, algo aturdido por su propia reacción. Era popular con las chicas de la ciudad... y hacía tiempo que había aprendido a sacar ventaja de su atractivo y seguridad. Sin embargo, en aquel momento se sintió torpe e inexperto. No fue una sensación agradable.

-Y bien, dímelo. Ya que me has seguido por la playa, bien puedes soltarlo.

Una risa súbita salió de los labios de él al recuperar la confianza, aunque supo que no debía excederse en su pequeña ventaja. Enarcó las cejas con una expresión de curiosidad y certeza.

-¿Cómo sabes cuánto te he seguido? -insinuó.

Ella abrió la boca y se llevó la mano a los labios antes de dejarla caer y volver a reír, en esa ocasión con cierto pesar.

-Bueno, noté tu presencia...

Él también rio ante el reconocimiento, dominado por una sensación de bienestar. Miró hacia el tramo de playa que habían recorrido, midiendo adrede la distancia que lo separaba de Robert.

-Entonces, creo que lo mejor será que nos presentemos. Me llamo Stephen Hunter.

-Rachel Harris -extendió la mano en un gesto que fue inesperado y extrañamente conmovedor.

Stephen la tomó y sintió el frescor de su piel, el modo en que sus dedos delgados apenas llenaban su palma más grande. Cuando ella la apartó, sintió una sensación de pérdida que lo aturdió. Se apresuró a ocultarlo mientras Rachel hablaba.

-Bueno, de verdad he de irme.

Comenzó a apartarse y él se dio cuenta de que iba a perder su oportunidad si no se recuperaba. Sin embargo, lo último que deseaba era realizar la rutina que empleaba a menudo y tan buenos resultados le había dado en el pasado.

En un impulso le tomó el brazo, para soltarlo de inmediato cuando ella bajó la vista con frialdad, lo que hizo que se ruborizara y sintiera un nudo en la voz.

-¿Por qué no dejas que te invite a beber algo? -con la cabeza indicó el puesto de refrescos que había más adelante-. Una cerveza suena estupenda en un día como este.

-Lo siento. No puedo, de verdad. He de irme. En alguna otra ocasión, quizá.

Había empezado a alejarse antes de terminar de hablar. Stephen la observó y en ese momento supo que leseaba volver a verla. De hecho, no recordaba haber deseado nada con tantas ganas.

-Ya está. Lamento que sea instantáneo. La tía Edith jamás bebe... bebía otra cosa.

Rachel entró con la bandeja y se detuvo cuando Stephen la miró con expresión en blanco antes de dejar lo que fuera que estuviera sosteniendo. Se volvió para quitarse el abrigo y Rachel se preguntó si había imaginado la expresión que había visto en su cara.

Dejó la bandeja en la mesita delante del sofá y le pasó una taza, vertiendo un poco del líquido en el plato cuando los dedos de él le rozaron los suyos.

-Gracias.

La voz de Stephen vibró con algo que hizo que el corazón de ella diera un vuelco. Pero cuando volvió a mirarlo, en sus ojos no había más que frialdad.

Rachel bebió un poco de café al tiempo que sentía el aguijón punzante de las lágrimas bajo los párpados. Era una tonta por buscar algo que hacía tiempo que había muerto. Respiró hondo y ocultó el dolor detrás de una muestra de cortesía.

-¿Cómo te ha ido? Es evidente que la vida te ha tratado bien,

Stephen.

Él se reclinó en el sillón y cruzó las piernas con una sonrisa cínica en los labios.

-Si te refieres a que ahora soy rico, entonces la respuesta es sí. Puedo decir con sinceridad que tengo más dinero de lo que sé qué hacer con él.

-¡No me refería a eso! -dejó la taza en la mesita con ojos centelleantes-. Francamente, me importa un bledo si eres rico, Stephen. La vida no gira en torno al dinero, y si aún no lo has descubierto, me das pena.

-Mis disculpas -repuso tras unos segundos de silencio-. Deja que responda a tu pregunta tal como tú querías. He conseguido todo lo que me he propuesto y, quizá, algo más de lo que esperaba, pero no ha sido fácil. También ha habido fracasos, incluyendo un matrimonio que terminó en divorcio.

Rachel experimentó una gran sorpresa y bajó la vista a las manos.

-No... no sabía que habías estado casado.

-¿Y por qué ibas a saberlo? Seguimos nuestros respectivos caminos hace muchos años, Rachel. ¿Por qué habrías de saber qué había sido de mí desde entonces? Y es obvio que yo sé muy poco de lo que te pasó a ti -se llevó la taza a los labios y con sorpresa notó que le temblaba la mano. Bebió un sorbo y luego dejó el plato en la mesita, sin gustarle nada descubrir que ella aún podía afectarlo de esa manera-. Cuéntame, ¿estás casada?

-No, jamás me casé -movió la cabeza.

-¿Por qué no? -se encogió de hombros, pero su mirada era intensa-. ¿Acaso no sabías que lo último que habría deseado Robert era que desperdiciaras tu vida lamentando su pérdida?

¡Las mentiras no paraban de crecer y de exigir más mentiras! Juntó las manos y sintió los dedos helados.

-Quizá jamás encontré a nadie que... estuviera a su altura.

Stephen sintió el dolor de esa declaración como un golpe físico. Su voz sonó dura por el esfuerzo de no mostrar lo que sentía.

-Comprendo. Un tributo conmovedor en honor de mi primo. He de reconocer que nunca sospeché lo que sentíais Robert y tú entonces... aunque, en vista de la reciente revelación, supongo que había señales si me hubiera tomado la molestia de buscarlas.

-¿Qué quieres decir? -lo miró confusa.

Él emitió una risa suave que le provocó un escalofrío, ya que le recordó cómo solía reír antaño. Pero, al observarlo, no descubrió rastro alguno de diversión ni del Stephen que había amado tan

desesperadamente.

-Oh, cosas pequeñas que en su momento parecieron insignificantes, como el modo en que Robert y tú solíais reír juntos por esto o aquello -la estudió casi con distanciamiento clínico-. Los dos siempre compartisteis el mismo sentido del humor excéntrico. Me complacía que os llevarais tan bien. Aunque, al parecer, no era tan inocente como imaginaba. Sin embargo, no culpo a Robert por lo sucedido. Sin duda estaba tan arrobado como yo.

«No obstante, eso ya es agua pasada, como se dice coloquialmente, y creo que cometes un error al aferrarte al pasado. El chico necesita un padre, y estoy convencido de que Robert habría sido el primero en mostrar su acuerdo».

El dulce y querido Robert le habría perdonado esas mentiras, ya que había entendido muy bien cómo era Stephen y lo mucho que Rachel lo había amado.

No podía creer que él estuviera diciendo esas cosas, que pudiera imaginar algo más en la relación inocente que habían compartido Robert y ella. Sin embargo, ¿no era eso lo que había querido? Había pretendido convencerlo de que Jamie no era su hijo, aunque el éxito logrado la dejaba con un sabor amargo en la boca.

-Sin duda tienes razón, pero, por desgracia, la vida no es tan simple -rio de manera forzada-. Pocos hombres están interesados en aceptar al hijo de otro hombre, Stephen, por lo que en estos años no me han llovido las ofertas.

-Pero seguro habrá habido algunas. Eres una mujer hermosa, Rachel. El niño sería una desventaja menor a los ojos de la mayoría de los hombres.

-¡No quiero que mi hijo sea considerado una «desventaja»! -espetó furiosa-. Ni aunque ello signifique pasar sola el resto de mi vida. He conseguido establecer una vida para Jamie y para mí sin ayuda. No vi necesidad en... ¡en venderme por un plato de comida!

-No sugería eso -sonrió con cinismo-. Sin embargo, no queda más allá del reino de lo posible que puedas conocer a alguien y enamorarte, ¿verdad? -hizo una pausa deliberada-. Si es que realmente entiendes lo que es el amor.

Ella supo que aludía al hecho de que tantas veces le había dicho que lo amaba y, al parecer, se había acostado con Robert. Sintió el corazón en un puño, pero la furia la ayudó a superar el dolor.

Stephen debería de haber sabido que lo había amado a él... ¡solo a él! Se puso de pie con piernas temblorosas y soltó con voz firme:

-Sé lo que es estar enamorada, Stephen. Sé lo que es anteponer las necesidades de otra persona a las tuyas propias, tomar una

decisión que sabes que lamentarás porque es la única que hará que la persona a la que amas sea feliz. Sé lo que es el amor verdadero, pero, ¿y tú? ¡Responde!

También él se levantó y la intimidó con su presencia. Había un tic en su mandíbula y tenía los labios contraídos. Pero su ira no irradió calor al hablar. Estaba fríamente controlada y, debido a ello, fue más hiriente.

-Oh, yo sé lo que es el amor, Rachel. Sé que puede convertir en tonto a un hombre, de manera que vea cosas en una mujer que no están allí, crea cosas que no son ciertas, porque esta ciego a la verdad -rio con desdén-. Sé que, por encima de todo, por encima de la pasión y el deseo, el amor significa fidelidad y confianza, dos cosas de las que tú no tienes idea y probablemente jamás la tendrás. Así que no te quedes ahí dándome una conferencia sobre el amor, porque desconoces de lo que hablas.

Recogió el abrigo y se marchó, y el portazo que dio reverberó como una acusación. Rachel permaneció quieta, con las manos cerradas a los costados, el cuerpo rígido por el dolor, pero fue incapaz de llorar. Las lágrimas no aliviarían la agonía que sentía. Era demasiado profunda y dolía. Saber lo mucho que había caído a ojos de Stephen era más de lo que podía soportar.

Capítulo 3

OJALÁ no nos fuéramos, mamá. Dijiste que podríamos quedarnos unos días más -Jamie recogió un jersey y lo metió en la maleta con labios temblorosos-. Echaré de menos el viaje a la escuela.

Ella contuvo una respuesta aguda, dándose cuenta de que era injusto descargar sus sentimientos sobre Jamie. Había permanecido despierta toda la noche, pensando en lo que había dicho Stephen. Se había levantado antes de amanecer para preparar café, luego se quedó sentada en la cocina hasta que se enfrió y llegó a una decisión.

Debía abandonar la ciudad. Quedarse quedaba descartado. No podía enfrentarse a la idea de volver a ver a Stephen. La odiaba y tendría que vivir con eso el resto de sus días.

-Lo siento, cariño. Sé que te decepciona, pero habrá otros viajes cuando vuelvas a tu antigua escuela.

-¡No como este! Odio mi vieja escuela, odio aquel apartamento horrible y odio a ese hombre... ¡porque nos vamos por él!

Las lágrimas cayeron por las mejillas de Jamie, pero Rachel estaba demasiado aturdida para moverse.

-¿Qué... qué hombre?

-Sabes cuál... ese hombre que vino ayer aquí. Te asustó y por eso nos vamos. ¡Lo odio, lo odio, lo odio...!

-¡Para! -aferró a su hijo por los hombros delgados-. Para ahora mismo. No permitiré que te comportes de esta manera, Jamie.

Rara vez le hablaba con tanta brusquedad, aunque él tampoco había tenido jamás semejante pataleta. Lo soltó y sintió que las lágrimas le quemaban los ojos. Sus vidas se desmoronaban, junto con todo lo que tanto esfuerzo le había costado lograr. Pero no podía explicarle lo que pasaba. Era demasiado joven para cargar con ese peso.

Respiró hondo y habló con voz más serena.

-Nos vamos hoy porque hemos de hacerlo. No tiene nada que ver con Stephen Hunter. Y ahora, quiero que guardes tus cosas como te he dicho y no discutamos más.

-Me gustaría que pudiéramos quedarnos, mamá. Rachel se obligó a sonreír, conmovida por su expresión abatida.

-Lo sé, cariño, pero no podemos. Aparte del hecho de que no tengo trabajo aquí, no dispondríamos de ningún sitio donde vivir. La tía Edith solo alquilaba esta casa y el casero quiere tenerla libre cuanto antes. Vamos, si nos damos prisa podremos irnos en el primer tren antes del mediodía. Y cuando lleguemos a casa podrás

ver a tus amigos y contarles todo lo que has hecho.

Lo dejó para que terminara de guardar sus cosas y bajó. Casi todos los muebles eran demasiado viejos para molestarse, aunque había algunas cosas de la tía Edith que quería llevarse.

Encontró una caja de cartón grueso y se dedicó a vaciar los adornos de las estanterías del salón. Ninguno era de gran valor, pero el sentimentalismo le impidió tirarlos.

Los guardó con cuidado en la caja, luego se detuvo al llegar a la foto. Había olvidado que estaba allí... casi había olvidado que se la habían sacado el último año en la Academia. Al bajarla, supo que era lo que Stephen había estado mirando la noche anterior.

¿Qué habría sentido al verla después de tanto tiempo? Con un aguijonazo de dolor, comprendió que jamás sabría la respuesta, aunque quizás eso fuera mejor. La guardó en la caja y selló la tapa. Le pareció que de algún modo también sellaba su pasado.

Pasara lo que pasara, ya no quedaba ni la dulzura del recuerdo para unirlos...

-¡No sé cómo lo has conseguido, Stephen! ¡Qué golpe!

David no fue capaz de ocultar su admiración. Stephen sonrió, pero sus ojos mostraron poco placer ante lo que sin duda sería considerado el trato del siglo. Los teléfonos habían estado sonando toda la mañana, pero se había negado a recibir llamada alguna, dándole órdenes a su secretaria de que informara de que pronto realizaría una declaración. En el pasado, que acababa de lograr lo habría mantenido entusiasmado durante meses. En ese momento apenas lo afectaba.

David no pareció notar su falta de vivacidad.

-¿Lo tenías planeado desde el principio? Sí, ¿verdad? Dios mío, debes de tener nervios de acero, Stephen. Si no te hubiera salido bien, lo habrías perdido todo... -miró alrededor del despacho elegante y tragó saliva-. A cambio, dejaste que Rogerson revelara sus intenciones y terminaste absorbiéndolos a ellos. No sé qué decir.

-Parece que lo llevas bastante bien -se levantó de detrás del escritorio y fue a un armario oculto detrás del friso. Sacó una botella de whisky de malta, sirvió un poco en una copa y se la ofreció a David-. ¿Brindas conmigo?

-Gracias -la aceptó con expresión desconcertada-. Jamás te he visto beber a esta hora del día.

Vertió whisky en una segunda copa y lo agitó un poco.

-Dicen que hay una primera vez para todo. Así que... un brindis. ¡Por el éxito, lo único que importa en esta vida!

Bebió el líquido, pero su fuego hizo poco para mitigar el frío

interior. Dejó la copa y regresó al escritorio, consciente de que David lo observaba con un asombro que al instante hizo que se sintiera irritado consigo mismo. No quería que la gente especulara, preguntándose si algo iba mal.

-¿Sucede algo, Stephen?

-No. Llama a Rogerson y dile que luego querré verlo -miró la hora-. A eso de las tres. Muéstrate ecuánime. No estará de humor, pero cerciórate de que sepa que lo pasará mil veces peor si no coopera.

-Lo haremos -pareció aliviado-. ¿Estarás en tu despacho hasta entonces? Es por si te necesitamos...

-Mantendré informada a Trish. Consúltalo con ella. Además, podrás localizarme por el móvil.

Al marcharse David, suspiró y se levantó para acercarse al armario del whisky, pero se detuvo con la mano cerca de la botella. Esa no era la manera de despejar la cabeza.

Se dirigió hacia su cuarto de baño privado y se refrescó la cara con agua fría, después se irguió y contempló su reflejo. Acababa de cerrar un trato por el que la mayoría de los hombres daría su brazo derecho, aun cuando no lo tenía preparado al levantarse el día anterior. Entonces había tenido intención de dejarlo todo; sin embargo, había terminado apoderándose de la empresa que había planeado comprar la suya.

En ese momento, el poder combinado de Hunter Electronics con la compañía de Rogerson haría que la empresa resultante fuera tan grande que nadie podría igualarla. Estaba en la cima, más alto de lo que jamás había soñado, pero no sentía placer ni sensación alguna de logro, solo ese dolor hueco...

Rachel jamás lo había amado; al final lo había comprendido. Tantos años de recuerdos de su amor, pero solo se había engañado para creer algo que no había sido verdad. Ella había amado a Robert, había tenido el hijo de Robert, todo ese tiempo había permanecido fiel a la memoria de su primo.

Cuánto le dolía descubrir eso, pero debía enfrentarse a la verdad... al igual que al hecho de que había algunas obligaciones que necesitaba encarar. El día anterior no había pensado con claridad, había fracasado en ver las implicaciones de lo que había averiguado.

En ese instante, comprendía que no podía finalizar de esa manera. Había más cabos sueltos de los imaginados. Pero en cuanto los atara, Rachel iba a desaparecer para siempre de su vida.

Llovía cuando el taxi los dejó en la estación. Rachel bajó la

maleta y la caja a la acera y pagó. Añadió una propina pequeña, ya que no podía permitirse el lujo de ser demasiado generosa.

Había mucha gente ante la entrada principal. Se abrió paso entre la multitud, pero un empleado uniformado la detuvo.

-Lo siento, señorita, no puede pasar. La estación está cerrada.

-¿Cerrada? Dentro de quince minutos sale nuestro tren.

El hombre movió la cabeza y extendió la mano cuando otro pasajero intentó pasar.

-Lo siento, señor. Como le decía a la señorita, la estación está cerrada. Ha habido un descarrilamiento en la línea y hasta que la despejemos, todos los trenes han sido cancelados.

Como si quisiera reforzar la seriedad de la sitúación, a los pocos minutos la policía acordonó la zona con cintas amarillas y negras para mantener a la gente a raya.

Rachel se llevó a Jamie. La maleta y la caja le pesaban, de modo que paró para apoyarlas en el suelo y pensar qué hacer. Había empezado a llover y no le entusiasmaba la idea de empaparse hasta que los trenes volvieran a funcionar, aunque no tenía mucha elección. Antes de salir, había entregado las llaves de la casa de la tía Edith, de forma que no podían regresar.

Jamie tembló a su lado.

-Tengo frío, mamá.

Rachel se inclinó y lo abrazó.

-Lo sé, cariño. Quizá podamos encontrar una cafetería y tomar algo caliente.

Se irguió y miró alrededor, pero la única cafetería a la vista ya tenía una cola a la entrada. Giró la cabeza hacia el tráfico, que la policía ya había detenido, y sintió que el corazón le daba un vuelco cuando sus ojos se encontraron con unos grises que la miraban desde el interior de un Jaguar marrón.

Durante un segundo, se quedó paralizada al ver a Stephen, luego se volvió con el corazón latiéndole con fuerza. Aferró la maleta y la caja y tomó la mano de Jamie. Pero en ese momento la policía alejó de la estación a un ruidoso grupo de aficionados al fútbol. De pronto, Rachel se vio inmersa en el caos y, para su horror, vio que su hijo era arrastrado con ellos.

-¡Jamie... Jamie! -gritó, pero a los pocos segundos el pequeño había sido tragado por la multitud. Soltó la maleta y la caja y trató de llegar hasta él, pero la gente resistió sus esfuerzos, y un par de jóvenes le frenó el paso adrede.

-¿Qué prisa tienes, encanto? No querrás salir de mi vida cuando acabamos de conocernos, ¿verdad?

Uno de ellos la aferró por la cintura y la miró con deseo mientras sus amigos reían.

-¡Suéltame! ¡Suéltame! -golpeó el pecho del hombre con los puños, olvidada la cautela por el pánico.

La sonrisa del otro desapareció y adoptó una expresión desagradable.

-Eso no ha estado muy bien. No me gusta la gente que no sabe encajar una broma...

-La broma se acabó. Suéltala.

Stephen no había elevado la voz, pero no le hizo falta. Cada palabra cortó como un latigazo, haciendo que el joven palideciera. Soltó a Rachel de inmediato, luego se abrió paso entre la multitud seguido de sus compinches.

Rachel respiró aterrada, pero aún se sentía sin aire. Stephen la tomó por el brazo.

-¿Te encuentras bien? ¿Te ha hecho daño? ¿Rachel?

-¡Jarnie...! -logró balbucir, luego vio que Stephen no tenía ni idea de a qué se refería-. ¡Está... está atrapado entre el gentío! No puedo verlo... ¡No puedo verlo, Stephen!

-Iré a buscarlo. Quédate aquí.

No titubeó al abrirse paso entre el océano de cuerpos. Era una cabeza más alto que la mayoría, lo cual le proporcionó ventaja. De pronto, se inclinó y Rachel observó que alzaba a Jamie en brazos.

Su cuerpo poderoso consiguió crear un camino de regreso a su lado. Dejó a Jamie junto a Rachel, luego se agachó y miró con seriedad el rostro asustado del pequeño.

-Le has dado un susto de muerte a tu madre, jo-vencito. La próxima vez, cerciórate de agarrarte fuerte a su mano. ¿Entendido?

Jamie asintió, demasiado asustado para hablar. Tomó la mano de su madre y apretó con fuerza, con los ojos muy abiertos mientras miraba al hombre que se cernía sobre él.

Rachel notó que las piernas se le aflojaban por la reacción y se tambaleó. Oyó que Stephen musitaba algo y la aferraba por el codo. Recogió la maleta y la caja y los condujo hasta donde había dejado el coche.

-Entra. Das la impresión de que vas a desplomarte aquí mismo.

Ella intentó apartarse, pero la mano firme de Stephen se lo impidió.

-Estoy bien. De verdad. No hace falta que... Él soltó una risa breve.

-No pareces estar bien. Ahórranos la indignidad de una escena. Entra en el coche, Rachel... porque, créeme, no estoy de humor para

convencerte con educación de que es lo mejor tanto para ti como para el niño.

-¡Se llama Jamie! ¿Tanto te cuesta recordar quién es, Stephen?

Los ojos de él irradiaron amargura y algo que hizo que Rachel tuviera ganas de llorar.

-No, no me cuesta. De hecho, es demasiado fácil recordarlo.

Él abrió la puerta del coche sin decir otra palabra. Rachel entró, observando aturdida cómo Jamie subía a la parte de atrás. Durante un momento, mientras él se inclinaba para ayudarlo con el cinturón de seguridad, sus cabezas se juntaron, una con el pelo oscuro y la otra rubia. Pero Stephen se irguió de inmediato y cerró con fuerza.

Rachel contuvo un sollozo. Lo que acababa de ver en sus ojos era lo mismo que sentía ella: dolor y pesar. Pero para ella fue peor, porque sabía lo diferente que podría ser la situación si fuera capaz de contarle la verdad. Sin embargo, ¿cómo hacerlo cuando desconocía cuáles podían ser las consecuencias?

Stephen Hunter, el padre de su hijo, se había convertido en un desconocido. Y la aterraba imaginar lo que godria hacer si alguna vez averiguaba que Jamie era su hijo.

-¿Adonde vamos?

Habían tardado un rato en abandonar la zona atestada, y de pronto ella se dio cuenta de que se dirigían hacia campo abierto.

Stephen apenas le dedicó una mirada al acelerar hasta que los setos se convirtieron en un borrón verde.

-A mi casa. Llegaremos en unos minutos.

-¿A tu casa? -preguntó asombrada. Miró por la ventanilla, pero aún llovía mucho y no supo averiguar dónde estaban. Lo único que sabía era que lo último que deseaba era ir al hogar de Stephen-. No creo que sea una buena idea, Stephen. Por favor, llévanos de vuelta a la ciudad. Jamie y yo tenemos que subir a un tren y...

-Y una larga espera -esbozó una sonrisa, con la vista clavada en la carretera gris-. Pasarán horas antes de que los trenes vuelvan a funcionar. Hasta entonces, ¿qué piensas hacer? ¿Empaparte? -miró por el retrovisor al niño sentado en silencio con los labios apretados-. Te sugiero que pienses en tu hijo. No parece preparado para permanecer bajo la lluvia.

Contuvo la indignación por la crítica y, al volverse, se vio obligada a reconocer que Jamie no parecía estar bien. Tenía el rostro de una palidez cadavérica y los ojos casi negros en contraste. Alargó la mano y la apoyó en la frente del pequeño, y quedó asombrada al comprobar lo caliente que estaba.

-¿No te sientes bien, cariño? -preguntó en voz baja.

-Me siento raro. Caliente... y me duele la cabeza.

-¿Por qué no me lo has dicho? -frunció el ceño-. Tendrías que haberme contado que te sentías mal.

-Dijiste que teníamos que marcharnos -se mordió el labio y miró a Stephen-. Pensé que te enfadarías.

-¡Oh, Jamie!

Suspiró y le apretó la mano. Se volvió para mirar al frente y se ruborizó al captar los ojos de Stephen.

¡Sabía por qué había estado tan desesperada por marcharse! Esperó que hiciera algún comentario sarcástico, pero su tono fue muy gentil al hablarle al pequeño.

-Cuando lleguemos a mi casa, le pediré a mi ama de llaves que te dé algo para aliviar el dolor de cabeza. De momento, sé un buen chico y trata de descansar -la miró a ella y endureció la voz-. Imagino que es por el miedo que pasó cuando os separasteis.

-Es posible. Pero no veo necesidad alguna para que te tomes tantas molestias, Stephen. Sin duda, tienes cosas mucho más importantes que hacer. Si nos llevas de vuelta a la estación, creo que los trenes no tardarán en volver a funcionar.

-Sin duda. No obstante, no ha sido una coincidencia que te viera esta mañana. Fui a la estación a buscarte -al captar su sorpresa, esbozó una leve sonrisa—. Una vecina me dijo adonde habías ido. Te vio marcharte con la maleta y supo sumar dos oías dos.

-¿Por qué? -carraspeó, sintiendo que el corazón comenzaba a palpitarle con fuerza-. ¿Para qué querías verme?

-Quizá sea mejor que dejemos eso para más tarde -clavó la vista en el espejo retrovisor.

Ella supo que tenía razón; con Jamie presente no era el momento de exigir una explicación. Sin embargo, cuanto más pensaba en ello, más incómoda se sentía. Stephen jamás se habría tomado la molestia de seguirla si no hubiera considerado importante hablarle.

-Ya hemos llegado.

Introdujo el coche entre dos altas columnas de piedra que marcaban la entrada a un camino particular. Rachel miró por la ventanilla, dominada por una súbita curiosidad por ver dónde vivía. Pero no fue hasta girar por un recodo cuando descubrió de qué casa se trataba.

Sintió que palidecía. Oyó que Stephen apagaba el motor y luego abría su puerta, aunque todo parecía suceder de lejos mientras contemplaba la casa con ojos incrédulos.

Había estado allí solo una vez, muchos años atrás, y en

compañía de él, pero en el acto la reconoció, a pesar del hecho de que había sufrido muchos cambios drásticos. En aquella época, la casa apenas había sido poco más que una ruina, abandonada a la muerte de su anciana propietaria, una antigua bailarina de ballet.

Stephen y ella habían salido a dar un paseo cuando la descubrieron por casualidad; entonces, la había convencido de que treparan por el muro medio en ruinas. Tomados de la mano habían vagado por los jardines descuidados y, después, Stephen había localizado una ventana abierta por la que habían pasado al interior.

El lugar había reverberado con el sonido de sus pisadas y por doquier había polvo. Sin embargo, a pesar de su condición, la vieja casona irradiaba una belleza que ni siquiera la suciedad y el abandono podían ocultar.

Habían examinado cada una de las habitaciones, para luego hacer el amor en uno de los dormitorios vacíos, iluminados por el sol que irrumpía por la ventana y bañaba sus cuerpos unidos. Y después, mientras Rachel se había inclinado para besarlo con ojos de adoración, había susurrado:

-Si alguna vez tenemos una casa, esta es la que quiero, Stephen. Esta... ninguna otra...

-¿Lista, Rachel?

El sonido de su propia voz se alejó en el pasado. Miró a Stephen con sorpresa. Se preguntó por qué habría comprado esa casa específica cuando podría haber elegido cualquiera. ¿Se habría visto... influido por el recuerdo de lo sucedido aquel día?

-¿Vas a entrar, Rachel, o piensas quedarte ahí sentada todo el día?

La voz de Stephen estaba llena solo de impaciencia. Estudió su rostro largo rato y el mundo pareció detenerse, luego, despacio, bajó del coche y pasó a su lado, y el frágil brote de esperanza sufrió una muerte dolorosa.

Stephen la observó pasar y apretó con fuerza las llaves que sostenía en la mano. Cuando aflojó los dedos, sintió que la tensión que lo había dominado lo abandonaba, dejándolo extrañamente vacío.

¿Qué había esperado al llevar a Rachel allí?

Podía decirse que había tenido poca elección, que no podían hablar en la calle, que llevarla de vuelta a su despacho habría despertado el tipo de especulación que le gustaba evitar. Todo eso tenía sentido, pero no era la verdad, al menos no toda.

¿Había decidido llevar a Rachel a su casa para que recordara lo que había sucedido allí tantos años atrás? Y si recordaba, luego,

¿qué? ¿Qué era exactamente lo que había esperado?

Cerró la puerta del coche e hizo una mueca de desdén dirigida contra sí mismo al mirar otra vez la espalda rígida de ella y al niño que iba a su lado. Lo que ambos habían compartido ya formaba parte del pasado; el pequeño era la única prueba que necesitaba para corroborarlo. De hecho, era lo único que los dos necesitaban recordar.

Capítulo 4

JAMIE se quedó dormido en el sofá del salón. Rachel le apartó el pelo de la frente muy caliente y alzó la vista con sonrisa preocupada cuando la señora Daniels, el ama de llaves de Stephen, entró en la estancia con un zumo de frutas.

-Gracias. Ahora mismo está dormido, pero seguro que querrá bebérselo cuando despierte. La señora Daniels asintió con simpatía.

-Y seguro que ya se habrá recuperado. Ya sabe cómo son los niños, señora Harris, en cama un minuto, levantados al siguiente. No hace falta que se preocupe.

Cuando la señora Daniels se marchaba, se puso de pie y se acercó a la ventana. Stephen se había disculpado para ir a contestar una llamada telefónica. Necesitaba ese breve respiro para recuperarse de la conmoción que había intentado ocultar.

Recordó cómo Stephen y ella se habían acercado tomadlos de la mano hasta esa misma ventana antes de que la tomara en brazos y la besara, su voz llena de pasión mientras le susurraba que la amaba...

-Lo siento, pero ya no volverán a interrumpirnos. Le he dicho a la señora Daniels que no pase más llamadas.

Rachel se volvió y lo miró con ojos en blanco, atrapada todavía en los ecos del pasado, hasta que el presente regresó de golpe. Apartó la vista de su mirada indagadora. ¿Sabría lo doloroso que era para ella estar en esa casa, acosada por los recuerdos? ¿Le importaría? Lo dudó.

-¿Por qué no te sientas, Rachel? Pareces agotada -miró al niño dormido y una expresión extraña cruzó por su cara-. Al menos, tu hijo parece haber tenido la idea más apropiada.

«Tu hijo...» cuánto dolía que Stephen hablara de Jamie de esa manera tan distante.

Se sentó en un sillón junto a la ventana y se concentró en el paisaje del terreno circundante. Los jardines se veían impecables, creando un entorno adecuado para la belleza atemporal de la casa, del mismo modo que esta era un entorno adecuado para un hombre de los medios de Stephen.

-¿Qué te hizo comprar esta casa, Stephen? -preguntó sin rodeos.

Él rio y tomó una taza de café de la bandeja. La pregunta lo incomodó... o al menos la respuesta. Cuando unos años atrás la casa había salido a la venta, se había dicho que el precio era demasiado bueno para dejarla pasar, que sería un tonto si despreciaba esa oportunidad...

¡Todo mentiras! En ese momento lo comprendió con absoluta

claridad. La había comprado simplemente porque una vez Rachel había dicho que le enllantaba. Reconoció que había sido un tonto y tomó la decisión de que ella jamás lo supiera.

-Fue una ganga. Quizá recuerdes en qué estado se hallaba la propiedad, que con los años no hizo más que empeorar. Cuando salió a la venta, hice una oferta, bastante por debajo de lo que realmente valía, habia poca gente interesada en comprarla en esas condiciones. Los vendedores, al final, decidieron aceptar mi oferta -sonrió con expresión reflexiva al mirar en torno a la habitación-. He de reconocer cierta satisfacción al saber que cuando la venda me dejará unos buenos beneficios.

Rachel no supo qué le había dolido más, si la fría referencia al momento en que la visitaron juntos o el hecho de que para él no representaba más que un medio de ganar más dinero.

Se preguntó qué le había pasado al joven al que había amado. ¿Es que en su inocencia juvenil se había engañado, creyendo cosas de Stephen que no eran verdad, viéndole una profundidad que nunca había poseído?

Con un súbito aguijonazo de dolor comprendió que lo más probable es que fuera eso último. Para Stephen Hunter todo eran negocios; ya lo había sido desde el principio, cuando luchaba por alcanzar sus ambiciones. En su vida no había espacio para la emoción.

-¿Y qué me dices de ti, Rachel? ¿Dónde vives en la actualidad?

-En Birmingham -repuso, respirando hondo para controlarse-. Tengo un apartamento allí. Está cerca de donde trabajo y de la escuela de Jamie -añadió a la defensiva al ver la expresión en la cara de él.

-Comprendo. ¿Y cómo te ganas la vida? ¿Tu carrera de bailarina prosperó como tú esperabas?

Rachel contuvo una risa histérica. Esos sueños que había tenido parecían tan lejanos.

-¡En absoluto! Cuidando de Jamie, jamás podría haber llevado esa clase de vida.-lo miró con gesto desafiante-. Trabajo en uña tienda de la ciudad. Me gusta, los dueños son amables y el dinero, así como no es una fortuna, basta para nuestras necesidades.

Stephen clavó la vista en el café, sorprendido por la furia que sentía. Si había imaginado a Rachel a lo largo de los años, había sido como una mujer feliz con la carrera elegida. Había estudiado ballet, para pasarse a la danza moderna en cuanto creció demasiado. La recordaba con vivida claridad diciéndole que algún día vería su nombre iluminado...

-¿De modo que lo que me escribiste en aquella nota que me dejaste fue una historia para justificar el verdadero motivo de tu marcha? -vio la expresión de culpa que la embargó y soltó una risa cruel-. ¡Desde luego! No obstante, desearía que me hubieras contado la verdad. Me habría ahorrado bastante tiempo y molestias.

-¿Molestias? ¿A qué te refieres?

-A que dediqué meses a tratar de localizarte cuando desapareciste. Debí ponerme en contacto con todo el mundo que te conocía. Incluso llegué a irritar tanto a tu tía que tuvo que llamar a la policía para conseguir que no me acercara más a su casa. Solo disponía de la nota que me habías dejado. ¿Recuerdas lo que escribiste en ella? Que habías conseguido el trabajo que anhelabas y que no intentara encontrarte.

»El problema era que me preocupabas. Uno oye tantas historias de chicas engañadas para entrar en falsas compañías de ballet que ocultan actividades menos agradables. Y ahora, descubro que te lo inventaste todo para no tener que contarme la verdad sobre el niño.

Así era, pero no del modo en que él lo imaginaba. De pronto, se sintió furiosa. ¿Es que era incapaz de ver más allá de las mentiras que se había visto obligada a contar? ¿Por qué en ese momento le resultaba tan fácil creer que lo había traicionado y no podía reconocer en lo más hondo de su corazón que sería incapaz de algo así?

Se levantó con brusquedad y se acercó al sofá.

-No sé qué sentido tiene hurgar en el pasado. Se acabó, Stephen, y eso es todo. Creo que ya es hora de que Jamie y yo nos vayamos.

-Me temo que todavía no -se incorporó con mirada fría mientras observaba el rostro acalorado de ella. Percibió el destello de furia en sus ojos, a pesar de que no lograba entender por completo la causa, pero lo satisfizo haber conseguido provocar una reacción en ella-. Por desgracia, no es tan fácil regresar a la situación anterior y fingir que nada de esto ocurrió.

-¿A qué te refieres? -preguntó con cierto temor al recordar que él le había dicho que quería que hablaran.

-Sencillamente a que has mantenido la existencia del niño en secreto todos estos años y, ahora, sin duda esperas que te ayude a que continúe de esa manera -movió la cabeza con expresión sombría-. No es posible, Rachel. Hay otras personas que tienen derecho a conocer a tu hijo. Más importante, hay gente que tiene derecho a saber quién es el padre del niño.

A ella la cabeza le dio vueltas. Se aferró al respaldo del sofá y lo miró con expresión atónita.

-No sé de qué estás hablando. Nadie tiene ningún derecho en lo que concierne a Jamie. ¡Es mi hijo!

-También es hijo de Robert. Y eso significa que la familia de Robert tiene derecho a conocer su existencia.

-Yo... ¡No! -salió como un susurro, cuando había querido gritar para que Stephen comprendiera que hablaba en serio.

-¿No? -rio con desdén. Avanzó unos pasos hacia ella con gesto amenazador-. ¡Pequeña egoísta! ¿Tienes alguna idea de lo que has hecho al negarle a la tía Kathleen el derecho a conocer a su nieto? ¿Imaginas lo que ha sufrido a lo largo de los años y cómo una simple palabra tuya habría podido mitigar ese dolor? »La muerte de Robert fue un golpe amargo para ella, pero Kathleen podría haber experimentado un cierto consuelo al enterarse de que una parte de él quedaba viva. Pero tú le has negado eso. ¡Con tu egoísmo le has robado todos esos años preciosos! Mi intención ahora es que lo enmiendes.

-No... No puedes... -respiró hondo con el cuerpo tembloroso-. Esto no tiene nada que ver contigo, Stephen. No tienes derecho a... interferir en algo que no te atañe.

-¿Que no me atañe? -esbozó una sonrisa perversa y avanzó los últimos pasos que necesitaba. La tomó de la barbilla y la obligó a contemplar sus ojos gélidos-. Claro que me atañe, Rachel. ¿A quién más que a mí? Después de todo, de no haber sido por mí entonces, Robert y tú jamás os habríais conocido y ese niño nunca hubiera nacido -la soltó con brusquedad y se dirigió a la ventana, para continuar desde allí con voz acerada-: Pretendo encargarme de que la tía Kathleen se entere de lo que le has mantenido en secreto todos estos años. No te equivoques, Rachel, esto no va a terminar aquí. Si es necesario, estoy dispuesto a ir a los tribunales para encargarme de que obtenga los derechos que se le han negado.

Se encogió de hombros con gesto casi indolente, aunque ella sabía que en Stephen Hunter no había nada indolente mientras destruía su mundo.

-¿Quién sabe? -prosiguió él-. Quizá no resulte difícil demostrar que no eres una madre capaz. Los tribunales cada vez están más abiertos a la idea de que un capricho biológico no garantiza un padre ideal. Se sabe que los jueces han dictaminado a favor de los abuelos en la custodia de un niño si se presentan pruebas sólidas. Y yo, dulce Rachel, dispongo de todos los recursos a mi alcance para plantear un caso semejante si me apetece.

-¡Eres un... canalla! ¿Cómo te atreves, Stephen? ¿Cómo puedes amenazarme con algo semejante?

-apenas pudo hablar. El miedo y la angustia le hacían temblar el cuerpo.

Él rio en voz baja, un sonido lóbrego y peligroso, que hizo que ella se alejara.

-Es muy fácil. Y no dudes de que hablo en serio

-miró a Jamie, y al volver a posar los ojos en Rachel en su expresión había amargura-. Robert está muerto. Él no puede defenderse y reclamar a su hijo, de modo que pienso hacerlo en su nombre. Es lo menos que puedo hacer cuando fui yo quien os unió.

-Tú... no puedes. Por favor, Stephen, no tienes ni idea del grave error que cometes... -se dirigió hacia él, suplicándole que comprendiera, pero, ¿cómo iba a entender, después de la mentira que le había contado? El día anterior le había parecido el único camino viable, pero jamás había imaginado las repercusiones que ello tendría.

¿Cómo podía dejar que Jamie creyera que Robert era su padre, cuando siempre existía la posibilidad de que algún día averiguara la verdad? Ese descubrimiento podría provocarle un gran daño, por no mencionar el dolor que causaría en la familia de Robert...

-¿Error? ¿Qué clase de error? Vamos, Rachel, no pensarás afirmar que Robert no es el padre del pequeño, ¿verdad? Cualquiera puede ver el legado que le dejó -el tono que empleó era burlón. Pero, de pronto, calló con una expresión rara en el rostro-. ¿O quizá estoy siendo poco claro?

-No sé qué quieres decir -tembló, confusa por el tono que captaba en su voz-. Mira, Stephen... -jadeó cuando, de repente, él la tomó por los hombros. Lo miró alarmada, pero lo que vio en sus ojos hizo que el corazón le diera un vuelco, aunque no por miedo.

-Todos estos años he llevado una imagen tuya en la mente, Rachel, perfecta en todos los sentidos -rio lleno de emoción-. Robert en una ocasión dijo de ti que eras «la encarnación de la mujer perfecta», y por fuera no has cambiado nada desde la primera vez que te vi en la playa. Sería muy fácil llegar a creer que nada más ha cambiado. Así que dime exactamente qué clase de error estoy cometiendo.

La acercó, haciendo que Rachel pudiera sentir las suaves curvas de su cuerpo próximas a los planos duros del suyo. La marca del cuerpo de Stephen pareció quemarla, encendiendo sentimientos que hacía años que no experimentaba: pasiones oscuras, deseos ardientes, recuerdos antiguos, potenciados aún más por el paso del tiempo y la abstinencia.

Ella sintió que sus sentidos giraban como en un torbellino, el

sentido común compitiendo con la necesidad desesperada de capturar lo que Stephen parecía ofrecerle. ¿Era posible que se hubiera dado cuenta de que le había mentido sobre Robert y que al fin hubiera ido más allá de su impulso febril hasta alcanzar la verdad?

El corazón se le inflamó ante la idea y sus implicaciones. Si tenía razón, ¿significaba eso que Stephen aún sentía algo por ella, que todavía quedaba un vestigio del amor que habían compartido?

Alzó los ojos para mirarlo y la confesión que tanto anhelaba realizar tembló en sus labios.

-Stephen, yo...

No pudo seguir, ya que sus palabras quedaron bloqueadas cuando él se inclinó para reclamar su boca en un beso de febril intensidad. Rachel emitió un murmullo suave en el instante en que reconoció la firme presión de sus labios, el sabor dulcemente familiar que ni siquiera los años habían mitigado en el recuerdo.

Sin poder evitarlo, se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos, con el fin de acercar su cabeza mientras abría la boca. Sintió la veloz entrada de su lengua con una sacudida de pasión descarnada que la hizo jadear y que le inundó el cuerpo de deseo... sensaciones que solo había experimentado por Stephen...

-Mmm, sería muy fácil creerlo, Rachel, pero no soy tan tonto para caer en ello.

La apartó con una brusquedad que le hizo dar vueltas la cabeza. Durante un momento lo miró sin comprender, viendo la burla que danzaba en sus labios, el manifiesto desdén en el modo en que pasó a su lado para ir a recoger la taza de café y beber con calma de ella.

-¿Stephen? -la voz le tembló con incertidumbre, con el temor de haber caído en una especie de trampa horrible.

-Stephen... -imitó él con una crueldad que le provocó lágrimas en los ojos-. Me pregunto si usabas ese tono con Robert. Siempre fue más ingenuo que yo, y el cielo sabe que a mí me engañaste con bastante facilidad. Sin embargo, Rachel, ya no se me engaña como hace diez años. Así que te sugiero que si pensabas cambiar tu historia, lo olvides. Aunque he de reconocer que podría haber algunas ventajas en dejar que trates de convencerme -le recorrió el cuerpo con la vista, con una expresión próxima al insulto-. Me equivoqué. Algunas cosas han cambiado. Tu técnica ha mejorado, Rachel. Siempre fuiste... ¿cómo decirlo?... entusiasta al hacer el amor, pero ahora la experiencia te ha brindado un toque muy personal.

Ella se sintió asqueada por su tono. No era capaz de comprender

qué había cambiado.

-Stephen, por favor...

-Imagino que puedo entender la tentación, Rachel -enarcó las cejas en un gesto significativo.

-¡No sé de qué hablas! -contuvo un sollozo.

-¿No? Vamos, Rachel, dejemos los juegos. Comprendiste muy bien lo que quería decir cuando mencioné que no iba a dejar que volvieras a irte con el niño, de manera que decidiste sacar el máximo provecho de una mala jugada. Si no consigues escapar de la situación en la que te encuentras, ¿por qué no aprovecharla? Después de todo, hace diez años no fuiste muy quisquillosa acerca de con qué primo te acostabas, entonces, ¿por qué ser quisquillosa declarando quién es el padre?

-No... -susurró, aunque él no dio la impresión de haberla oído al continuar con su tono apagado.

-Soy un hombre muy rico. Podría daros a tu hijo y a ti lo que desearais. Convencerme de que soy el padre del muchacho, y no Robert, podría valer la pena... ¿no es así, Rachel?

El sonido de la bofetada reverberó en el salón. Rachel no fue consciente de lo que hacía hasta que oyó el sonido enfermizo del golpe y vio la marca blanca de sus dedos al adquirir una tonalidad rojiza en la cara de él. Durante un segundo terrible lo miró fijamente, luego dio media vuelta y huyó de la estancia.

De algún modo encontró el camino hasta el cuarto de baño de la planta baja y cerró la puerta. Se apoyó en el lavabo y se observó en el espejo. En las profundidades de sus ojos había una desesperación que nunca antes había visto, a pesar de todo por lo que había tenido que pasar en los últimos años.

Stephen debía odiarla de verdad si la consideraba capaz de semejante engaño. Quizá hubiera podido vivir con esa idea el día anterior, pero en ese momento era imposible. El beso lo había cambiado todo, la había dejado desgarrada y sangrando bajo el más amargo de los tormentos al verse forzada a enfrentarse a sus sentimientos.

Aún amaba a Stephen Hunter. ¡Y siempre lo haría!

Capítulo 5

STEPHEN se sirvió una copa de whisky. Lo bebió de un trago, aunque hizo poco para mitigar su ira. Contempló la copa de cristal tallado y la arrojó contra la chimenea, donde se astilló en docenas de fragmentos brillantes. Eso tampoco hizo que se sintiera mejor.

Apoyó la cabeza en las manos y sintió el dolor que le atravesó el cuerpo como un cuchillo al rojo vivo. Había percibido lo que había planeado Rachel y quiso saber hasta dónde llegaría. Sin embargo, en el último segundo había comprendido que no podría soportar oír que él era el padre del niño.

La había detenido del único modo que podía, pero el hecho de que ella hubiera estado dispuesta a mentir, para apoyar sus fines, demostraba lo poco que le había importado. Rachel lo había engañado una vez, pero se equivocaba si imaginaba que podría volver a hacerlo.

Se levantó y con ojos llenos de furia salió al pasillo. Podía decirse a sí mismo que la había besado para impedirle decir lo que había estado a punto de manifestar, y quizá hubiera comenzado de esa manera, pero todo había cambiado tan deprisa que apenas pudo evitar quedar como un tonto.

Cerró los puños al recordar el cuerpo dócil de ella en sus brazos, el sabor de su dulzura, que era como una droga. Todos esos años había contenido su anhelo, aunque jamás había conseguido quitársela del todo de la cabeza. Nunca sabría cómo había podido apartarla, cuando solo había querido besarla otra vez, sentirla contra su cuerpo, oírla emitir esos gemidos que solía...

Sonó el timbre. Desterró esas imágenes y llamó a la puerta del cuarto de baño.

-Quiero hablar contigo, Rachel. Cinco minutos. En el estudio. No me hagas esperar.

Ella se llevó una mano a la garganta para frenar los latidos desbocados de su corazón mientras oía cómo Stephen se alejaba. Cerró los ojos en agradecimiento silencioso por ese descanso, aunque solo fuera temporal. No podía esconderse ahí dentro todo el día. Él no se lo permitiría.

Respiró hondo. Había estado a punto de contarle la verdad sobre Jamie, lo cual habría sido un grave error. Amaba a Stephen Hunter, pero jamás se lo revelaría.

Alargó la mano hacia el picaporte, pero se detuvo con la puerta apenas abierta al oír una voz femenina y sensual. No era su intención escuchar, pero no pudo evitarlo, atraída por el súbito deseo de averiguar quién era esa mujer que le hablaba a Stephen de

manera tan íntima...

-Stephen, cariño, es como si hubieras visto un fantasma. Vas a conseguir que crea que no te alegra verme.

-Lorna... qué agradable sorpresa -se obligó a sonreír-. Lo siento. No te esperaba, eso es todo.

Se hizo a un lado para que Lorna Deveraux pudiera entrar, luego consiguió poner una expresión impasible. No quería que nadie supiera lo que sentía en ese momento.

Le dio un beso en la mejilla, un saludo simbólico que tenía poca calidez y aun menos emoción.

-Cariño, ¿qué sucede? Habría pensado que esta mañana te sentirías el rey del mundo después del golpe que has dado.

-¿Golpe?

-La compra de la empresa de Rogerson, desde luego.

-Ah, comprendo -Lorna cruzó el vestíbulo para comprobar su aspecto en el espejo. De pronto, Stephen vio que la puerta del cuarto de baño estaba levemente abierta. Se preguntó si Rachel estaría escuchando. Ocultó la furia que aún le carcomía las entrañas-. No pensé que fueras a enterarte tan pronto.

-Cariño, por supuesto que me he enterado. Papá me lo contó esta mañana -hizo una pausa y continuó con ligera petulancia-. Aunque habría sido perfecto que tú me lo hubieras contado anoche.

-No era posible, Lorna. Como puedes imaginar, las cosas han avanzado deprisa... y prometen seguir así durante los próximos días hasta que todo se haya concretado -explicó con impaciencia.

A través de la puerta entreabierta, Rachel captó el tono y sintió una oleada de satisfacción que no intentó comprender.

-¿Por eso trabajabas anoche? Te llamé aquí a eso de las diez y no habías vuelto, lo cual me sorprendió. Pensé que ibas a venir directamente a casa después de cancelar nuestra cita, cariño. Y esta mañana, cuando te llamé a la oficina, tu secretaria me comunicó que no se te podía molestar. Fue por casualidad que pasé por aquí y vi tu coche.

Rachel contuvo un jadeo, recordando con claridad dónde había estado Stephen la noche anterior. Pero antes de que pudiera decidir por qué le había parecido necesario cancelar su cita y presentarse ante su puerta, Lorna continuó:

-Una chica podría pensar que querías evitarla.

-Por supuesto que no, Loma. Lo que pasa es que las negociaciones habían llegado a una fase delicada y necesitaba concentrarme. Naturalmente, entonces me era imposible explicarte la situación, ¿lo comprendes?

«Tan delicada que perdió tiempo discutiendo conmigo?» A Rachel le dio vueltas la cabeza al tratar de encontrar algún sentido a lo que acababa de oír pero, antes de conseguirlo, Stephen emitió una risa ronca.

-Este tipo de negociaciones han fallado en el último segundo, Lorna. Aunque, por suerte, esta ha salido a la perfección.

-¡Cómo todo lo que negocias tú, cariño! Por esta vez te perdono por ser demasiado cauto, con la condición de que celebremos tu magnífico triunfo. Por eso quería verte. Pensaba que esta noche podríamos ir a algún sitio especial para festejar la ocasión.

Stephen acalló un suspiro. Iba a ofrecerle una negativa cortés cuando vio que la puerta del cuarto de baño se abría unos centímetros más y entonces supo con absoluta certeza que Rachel estaba escuchando la conversación. De pronto, tuvo ganas de darle una lección.

-Me parece estupendo -adrede habló con tono íntimo. Se acercó a Lorna, sintiendo su inmediata respuesta y la ausencia de alguna por su parte. Se inclinó y la besó, tratando de invocar el deseo que con anterioridad le había resultado tan fácil encontrar y satisfacer con esa mujer... o con cualquier otra.

No sintió nada, solo un vacío frío al fingir lo que no tendría que haber fingido. Sin embargo, con Ra-chel había sido tan diferente...

-¡Cariño! -musitó Lorna cuando él levantó la cabeza-. Deberías de llevar a cabo más a menudo estas negociaciones.

Stephen forzó una sonrisa, tratando de controlar sus amargos pensamientos. Rachel jamás volvería a tener ese poder sobre él.

-Y quizá, luego podamos tener nuestra celebración privada para redondear la noche, ¿te parece? -sugirió.

-¡Esa sí que es una buena idea! -lo besó-. Hasta esta noche, cariño.

-Te estaré esperando.

La acompañó a la puerta y se quedó allí hasta que se marchó en el coche. Cerró y, al volverse y ver a Rachel, adoptó una expresión de cinismo divertido con el fin de esconder todas las emociones que bullían en su interior.

-Veo que has decidido dejar de ocultarte.

Rachel bajó los ojos por temor a lo que Stephen pudiera ver en ellos. Aun cuando había sido incapaz de ver lo que había tenido lugar entre ellos, había captado el instante en que Stephen había besado a esa mujer, imaginando la firme presión de sus manos al acercar a Lorna, al probar su boca..,

-No dispongo de todo el día, Rachel -aseveró ante la puerta del

estudio.

Ella respiró hondo. Se dijo que no le importaba lo que hacía o con quién se acostaba. Lo único que debía ocuparla era escapar de esa situación lo más rápidamente posible.

No iba a resultar fácil. Y después de lo sucedido antes, Stephen iba a cerciorarse de que fuera más difícil que nunca.

Hizo acopio de valor y avanzó por el pasillo. Pasó a su lado, y el breve roce que tuvo con él le recorrió todo el cuerpo. Entró y se sentó en el sofá, con los ojos caídos y el corazón martilleándole a un ritmo frenético.

-No veo motivo alguno para perder el tiempo. De hecho, ya se ha desperdiciado demasiado. La tía Kathleen ha ido de vacaciones a Mallorca con mis padres. No sé si sabes que el padre de Robert murió el año pasado, y, desde luego, su pérdida afectó mucho a mi tía.

-No lo sabía -retorció las manos- Lo siento. La tía Edith rara vez me transmitía noticias locales.

Stephen esbozó una sonrisa tensa al acercarse a la ventana.

-Supongo que comprendía que no iban a interesarte -giró la cabeza para mirarla con ojos de con-denaT. Al marcharte, es evidente que lograste hacerlo sin llevarte nada de equipaje, ¿verdad, Rachel?

-No tenía sentido rememorar el pasado -se ruborizó bajo su frío escrutinio-. Tenía que labrarme una vida para Jamie y para mí. Desde de que me fuera, esa ha sido mi principal preocupación.

-Mmm, y estoy seguro de que tuviste mucho más éxito del que has reconocido, cariño.

-No sé a qué te refieres, aunque es obvio que tu intención era insultarme. No obstante, sugiero que intentemos evitar esa tentación, ya que no nos-llevará a ninguna parte. Y antes de que continuemos, permite que deje una cosa clara: no pienso dejar que ni tú ni nadie me critique en lo que atañe a Jamie.

Stephen enarcó las cejas y sonrió con burlona admiración.

-¡Qué pasión, Rachel! ¡Cuánto has cambiado! Solías ser tan dócil… al menos, era la imagen que dabas: la dulce, gentil y virginal Rachel.

-¡En absoluto virginal! -lamentó las palabras en cuanto las dijo, y sintió la risa de él como un golpe físico.

-Ha sido una lamentable elección. Pero, como muy bien has dicho tú, no nos distraigamos -fue a sentarse detrás del escritorio y la estudió con frialdad-. Iba en serio antes. No tengo ninguna intención de dejar que vuelvas a desaparecer con el niño. Voy a

cerciorarme de que la tía Kathleen tenga la oportunidad de conocerlo. Lo único que hay que decidir es el mejor modo de hacerlo. Desde luego, no quiero perturbar al niño... aunque imagino que será una sorpresa para tu hijo descubrir que tiene una abuela y otros parientes a los que jamás ha visto y que están interesados en su bienestar. Entre ellos, un tío.

La observó desafiante; ella sostuvo su mirada un momento y luego giró la cabeza. Stephen esperaba que afirmara que Jamie era su hijo para poder repudiarlo, pero no pensaba someterse a esa agonía para divertirlo.

-Me alegro de que hayas comprendido que sería un error distorsionar la verdad -prosiguió con risa áspera-, sin importar lo tentador que pueda ser.

Rachel alzó la cabeza y en sus ojos brilló la amargura.

-Antes dejaste bien claro cuáles eran tus sentimientos al respecto. No necesito que me repitas el mensaje.

-Ni yo quiero verme obligado a hacerlo. Una vez ha bastado para que comprendiera que cualquier recuerdo amable de lo que tú y yo disfrutamos es mejor que siga enterrado con el pasado. Como muchas cosas que uno tiende a glorificar con nostalgia, me temo que luego no resisten un estudio minucioso.

Rachel se levantó, dolida por la crueldad mostrada por él hacia un tiempo que era tan importante para ella.

-Te aseguro que no voy a tener ninguna dificultad con eso. Y, ahora, creo que ya he tenido suficiente de ti, Stephen Hunter. Si deseas arreglar que tu tía vea a Jamie, no te lo impediré, aun cuando considero que cometes un error.

-¿Por qué? ¿Porque intento rectificar un agravio? Si todos se pudieran rectificar con tanta facilidad.

Rachel experimentó el deseo urgente de evitar que pensara tan mal de ella, pero supo que sería imposible. Stephen creía la historia que le había contado, con todas sus implicaciones; a partir de ese momento, solo podría odiarla.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y la visión se le tornó borrosa, haciendo que tropezara con una pata del sofá.

-¡Cuidado! -durante un momento en la voz de Stephen vibró una preocupación verdadera y la mano que atrapó su brazo para estabilizarla la consoló con su firmeza.

Rachel alzó la vista a través del velo de lágrimas y la voz se le quebró por la emoción.

-No me odies, Stephen. La soltó y dio un pasó atrás.

-¿Por qué habría de odiarte? -preguntó con fría cortesía-.

Sucedió hace tanto tiempo que ya no importa.

Si la hubiera golpeado, no habría podido hacerle más daño. Ella logró contener los sollozos y marchó por delante de él en dirección al salón. Se acercó hasta donde Jamie dormía en el sofá y se agachó para despertarlo. Cuanto antes abandonaran esa casa, mejor...

Frunció el ceño preocupada al darse cuenta de que Jamie hablaba dormido y se agitaba inquieto. Apoyó la mano en la frente del pequeño y se sobresaltó al comprobar lo caliente que estaba.

-¿Se encuentra bien? No tiene buen aspecto.

-Parece tener fiebre -no confió en sus sentimientos para mirarlo a la cara. Movió con delicadeza a Jamie hasta que consiguió que abriera unos párpados pesados-. ¿Cómo te sientes, cariño?

-Mal y muy caliente -apenas pudo articular esas palabras antes de volver a cerrar los ojos.

-Necesita estar en una cama -sin que ella pudiera detenerlo, se acercó y alzó a Jamie del sofá. Lo acomodó en sus brazos fuertes y la expresión de su cara provocó un nudo en la garganta de Rachel.

Stephen habría sido un padre maravilloso, aunque ya jamás podría serlo para su hijo. De pronto, comprendió lo mucho que habían perdido todos ellos.

Él levantó la vista y, en las profundidades de sus ojos, Rachel vio que pensaba lo mismo. Su dolor la desgarró, hizo que anhelara consolarlo.

-Stephen, yo...

-Lo llevaré arriba, luego le diré a la señora Daniels que llame al médico -cortó con voz inexpresiva mientras se dirigía hacia la puerta.

Rachel respiró hondo y se dio cuenta de que no había ningún consuelo que pudiera ofrecer. Tanto Stephen como ella se hallaban atrapados en esa situación. Lo único que podía intentar era facilitar las cosas para posibilitar que las encararan, aunque quedarse en esa casa no era el camino más idóneo.

-No es necesario. ¿Podrías llamarnos un taxi? Lo más probable es que los trenes ya hayan vuelto a funcionar... -calló al mirar a su hijo y ver su rostro encendido. Era tan largo el viaje a casa... demasiado para un niño enfermo. Sin embargo, no podía quedarse allí.

Stephen se detuvo y giró la cabeza.

-Lo dudo. Creo que pasará un buen rato hasta que se reanuden los servicios. No obstante, carece de importancia. Es evidente que tu hijo no está en condiciones de viajar.

-¡No quiero quedarme aquí, Stephen! -exclamó sin poder

contenerse-. ¿No eres capaz de entenderlo?

-¡Sí! Y muy bien... ¡porque yo tampoco te quiero aquí! Si pudiera elegir, echaría el tiempo para atrás y olvidaría que el día de ayer existió, pero es imposible. Ahora tendremos que aprender a vivir con las consecuencias de nuestros actos... ¿verdad, Rachel? -contempló al niño' que tenía en brazos y continuó con voz llena de amargura-: Jamás me perdonaría si no hiciera todo lo que estuviera a mi alcance por el hijo de Robert.

Se llevó a Jamie de la habitación y en ningún momento miró atrás al subir las escaleras. Rachel lo siguió en silencio. No quedaba nada por decir, ninguna palabra que pudiera curar el dolor, nada que consiguiera arreglar las cosas después de que hubieran salido tan mal.

Parecía que todos tendrían que vivir con la mentira que había contado. Porque nadie, y en particular Stephen, creería ya la verdad, aunque ella misma se atreviera a reconocerla.

Capítulo 6

A PESAR del calor que hacía en la habitación, Rachel sentía frío. El médico ya se había marchado, dejando un diagnóstico de varicela. Le había señalado a Rachel las primeras ampollas en el pecho de Jamie y le había pedido que cuidara de que el paciente no se rascara.

Antes de marcharse, le había asegurado que su hijo se pondría bien en unos días, que no había necesidad de preocuparse.

Se apartó de la cama donde el pequeño dormía y fue a cerrar las cortinas de la ventana. Caía la noche sobre un terreno desconocido. De pronto, deseó con todo su corazón estar en su apartamento y llevar su vida familiar. Sin embargo, por el momento se veía obligada a aceptar la hospitalidad de Stephen, sin importar lo desagradable que a ambos les resultara la idea.

La puerta se abrió despacio. Giró la cabeza y se puso tensa al ver aparecer a Stephen. Durante un momento, observó al niño dormido antes de acercarse al lado de ella con expresión inescrutable, aunque Rachel percibió la impaciencia que despertaba en él la situación.

-Parece un poco más cómodo.

Ella asintió, agradecida por la nota impersonal que captó en su voz. No creía estar capacitada para soportar otro enfrentamiento en ese momento.

-Sí, al fin parece haberse serenado. El médico dijo que era normal que tuviera fiebre y que en uno o dos días bajaría -apartó la vista y cruzó los brazos-. Por ese entonces ya podremos viajar.

Él se encogió de hombros y se apoyó en la pared para mirar por la ventana con una indiferencia que no engañó en ningún momento a Rachel.

-No hay prisa. Lo último que deseo es entorpecer la recuperación del niño haciendo que se mueva antes de estar preparado.

-Jamie... se llama Jamie. ¿Tanto te cuesta pronunciar su nombre?

Stephen la miró con los labios apretados.

-No. Quizá seas demasiado sensible en algunos aspecto, Rachel. No obstante, intentaré recordarlo en el futuro.

De repente, el pequeño despertó y dijo algo. Ella corrió al lado de la cama y se inclinó para apartar el pelo de la frente caliente de su hijo.

-Está bien, cariño. Aquí estoy. ¿Cómo te sientes?

-Sediento.

-Toma, bebe esto -dijo Stephen a su lado. Pasó el brazo por los

hombros de Jamie y lo alzó para que pudiera beber un poco de zumo de fruta. El pequeño lo miró con los ojos muy abiertos y expresión insegura, pero Stephen sonrió-. Vamos, tigre. Bebe. Te sentará bien. Es un zumo mágico.

Jamie sonrió también y obedeció. Bebió la mitad del zumo con los ojos cerrados y se quedó dormido a los pocos segundos. Rachel alisó la sábana y luego le sonrió a Stephen cuando dejó el vaso otra vez en la mesilla junto a la cama.

-Parece que los niños se te dan bien -comentó sin pensar.

-A continuación me dirás lo buen padre que sería -soltó una risa amarga. Miró a Jamie unos instantes antes de clavar la vista en ella-. Es una pena que no pensaras lo mismo hace diez años. Es gracioso, ¿verdad?, pensar que yo podría haber sido el padre de este niño... aunque diste pasos para garantizar que eso no pudiera pasar -dio media vuelta y fue hacia la puerta sin esperar una respuesta; se detuvo un momento para mirar atrás-. La señora Daniels servirá la cena a las siete. Me temo que no me uniré a ti, porque he quedado -esbozó una sonrisa tenue-. Aunque tú ya lo sabes. Debiste de oírme quedar con Lorna esta noche.

Lo único que la había mantenido con fuerzas esos años era saber que tenía que cuidar del hijo de Stephen. De pronto, deseó devolverle el golpe por su ceguera para no saber ver la verdad.

-Por favor, no te preocupes por mí. Odiaría que tuvieras que cambiar tus planes por mi culpa, en particular después de la decepción que le causó a tu amiga que no la vieras anoche.

-Mmm, Loma detesta que le estropeen los planes. Sin embargo, esta noche no tendré necesidad de desilusionarla, ¿verdad? No hará falta que me dé prisa. Dispondré de tiempo suficiente para compensarla por lo de anoche.

Rachel se ruborizó por el tono provocativo que empleó. Se volvió para arreglar la ropa de Jamie, que había dejado sobre una silla, tratando de cerrar la mente a las imágenes que invocaron sus palabras.

-No me cabe ninguna duda de que lo harás. No obstante, no puedo imaginar por qué consideraste necesario estropear tu velada de ayer para ir a verme. ¡Fue una pérdida de tiempo!

-Oh, no estoy de acuerdo -afirmó con voz burlona-. Situó todo en la perspectiva adecuada, me hizo ver cuál era la situación, Rachel... la que en realidad siempre ha sido. Ahora, al fin, comprendo lo que sucedía.

Ella giró con tanta celeridad que tuvo que aferrarse al respaldo de la silla en busca de apoyo.

-¡Me alegro por ti! Me alegra saber que eres feliz por el modo en que han salido las cosas. Debería de haber vuelto antes, Stephen, para explicártelo. ¡Cuánto ha de molestarte saber que durante tantos años has vivido en un error!

-No, simplemente me decepciona -sonrió con cinismo-. Incluso yo tenía un punto ciego, aunque ya no. Ahora no albergo ninguna ilusión. Sin duda, he de agradecértelo, cariño. Sé que me será de gran utilidad en el futuro saber que a mí se me puede engañar como a cualquier otro -abrió la puerta, pero antes miró a Jamie y, cuando volvió a posar los ojos en Rachel, en sus ojos había una clara advertencia-. No obstante, hay algunas cosas que nunca creería.

Ella permaneció aturdida cuando la puerta se cerró. La voz de Stephen había resonado con un deje final. De no haber sido por su hijo, estaba segura de que a él le habría encantado verla salir de una vez por todas de su vida.

Pero el pequeño iba a ser el vínculo que los mantendría en contacto a lo largo de los años, un lazo que ninguno de los dos deseaba. El hecho de que habría podido ser distinto hizo que tuviera ganas de llorar.

Stephen sonrió por un comentario de Lorna, sin oírlo de verdad. Alzó la copa de vino y bebió sin saborear la excelente añada, como tampoco había disfrutado de la deliciosa comida. Mkó alrededor del restaurante elegante y experimentó una súbita impaciencia.

No quería estar en ese sitio, donde la crema de la sociedad iba a ver y a ser vista. El problema era que no se atrevía a pensar dónde desearía estar.

Cerró la mano en torno al pie de la copa. Por lo general, la conversación ingeniosa de Lorna le resultaba divertida, pero esa noche simplemente lo irritaba. Quería llenar la mente con algo sólido, con pensamientos que desterraran los de Rachel y Robert, los del niño dormido bajo su techo y que podría haber sido su hijo...

El pie de cristal se rompió. El vino se derramó sobre el mantel, mezclándose con la sangre de los cortes en sus dedos, aunque apenas sintió una leve sorpresa.

Lorna abrió la boca consternada y palideció al ver la sangre.

-¡Stephen, cariño!

Miró alrededor con expresión impotente, aliviada al ver que el maítre se precipitaba hacia su mesa. Stephen lo despidió con un gesto de la mano y enrolló la servilleta alrededor de la mano para detener la sangre, consciente del interés que atraía. Se sintió como un tonto, algo que no le gustaba.

Con celeridad, pagó la cuenta y guió a Lorna fuera del

restaurante. Tardó unos minutos en llevarla a su piso y poco más en convencerla de que no era necesario que lo acompañara al hospital.

Ella lo despidió con un alivio apenas contenido y Stephen agradeció tener que ir a urgencias, ya que eso le ahorraría el incordio de haber tenido que prolongar la velada y el posible bochorno si luego no hubiera sido capaz de mostrar el entusiasmo que Lorna habría esperado de él.

Hizo una mueca y apretó las manos sobre el volante hasta que el dolor del corte le quemó.

-¿Estás seguro de que no quieres comer nada? Quizá te sentaría bien una tostada o un sandwich.

-No tengo hambre, mamá -Jamie movió la cabeza. Contempló el vaso a medio llenar de zumo y con determinación lo vació-. ¿Crees que decía la verdad?

-¿Quién? -retiró el pijama sudoroso que acababa de cambiarle a su hijo y lo dejó en la silla con el resto de la ropa.

-Stephen. Dijo que era un zumo mágico. ¿Lo es, mamá?

Se le contrajo el corazón al oír la facilidad con la que Jamie mencionaba a Stephen, la confianza que había mostrado en sus palabras. Por lo general, su hijo era reservado con la gente, en especial con los hombres, ya que nunca había tenido la posibilidad de mantener una relación estrecha con ninguno. Hizo que se preguntara si instintivamente Jamie había reconocido algo familiar en Stephen...

No quiso seguir pensando en eso, diciéndose que era una tontería.

-Estoy segura de que te sentará muy bien. ¿Por qué no intentas volver a dormir?

El pequeño se arrebujó sin protestar bajo la manta... prueba irrefutable de que estaba enfermo. Lo arropó, le dio un beso y salió de la habitación en silencio. Sabía que le quedaban muchas horas vacías por llenar antes de poder irse a dormir. Quizá un libro la ayudara a pasar el tiempo y le impidiera pensar en cosas que no podía cambiar.

Bajó y se puso a abrir puertas al azar, con la esperanza de encontrar lo que buscaba. Ya había estado en el despacho y en el salón. Descubrió una sala de estar con revistas sobre la mesita de centro. Decidió que eso tendría que bastarle si no conseguía encontrar algo más sustancioso para leer.

Cerró la puerta, abrió la siguiente y se quedó atónita. Tanteó en busca del interruptor de la luz y parpadeó ante el repentino resplandor que rebotó de las paredes cubiertas por espejos.

Despacio, se dirigió al centro de la habitación, viendo su propio reflejo desde docenas de ángulos.

Había olvidado la existencia de ese cuarto. La última vez que lo había visto, los espejos habían estado agrietados y el suelo combado. Había sido diseñado por la antigua propietaria de la casa, la bailarina que había transformado algunas de las habitaciones originales en ese estudio enorme donde podía practicar. Se preguntó por qué Stephen había decidido devolverle su antiguo esplendor.

No tenía ni idea, pero descubrir el estudio la llenó con un súbito anhelo. Se quitó los zapatos, se acercó a la barra y comenzó a hacer algunos estiramientos, para notar que tenía los músculos rígidos por el tiempo que llevaba sin hacer ejercicio. Pero poco a poco recuperó la elasticidad gracias al riguroso entrenamiento al que se había sometido.

Se apartó de la barra, sin otra música que la que sonaba en su cabeza y se puso a bailar...

Stephen detuvo el coche. Bajó y cerró con fuerza, soltando una maldición por haber usado la mano herida. Los puntos le picaban como mil demonios y la línea del corte era como una herida de cuchillo al rojo vivo. Una hora de espera en urgencias tampoco había ayudado a mejorar su humor.

Al entrar en la casa, se aflojó la corbata mientras se dirigía al despacho para servirse una copa de whisky. Las cosas habían empezado a ir mal desde el día anterior y no necesitaba recurrir a una bola de cristal para averiguar la causa.

Iba por la mitad del pasillo cuando se dio cuenta de que las luces estaban encendidas en el estudio. Se detuvo, sabiendo de inmediato quién se encontraba allí. Se preguntó si la habría sorprendido o despertado su curiosidad ver que lo había restaurado.

Sintió una ira encendida ante su propia estupidez. Atravesó el pasillo y se detuvo en la puerta del estudio, atónito por lo que vio. De pronto, regresó en el tiempo a la época en la que Rachel había sido el centro de su existencia. Y todo lo que había averiguado en los últimos dos días dejó de tener sentido... -Rachel

Habló con suavidad, pronunciando el nombre del modo en que solía hacerlo. Ella sintió electricidad por las venas y el corazón se le desbocó.

Dejó de moverse y la falda del vestido gris se enroscó en torno a sus pantorrillas, el pelo un halo salvaje y plateado alrededor de los hombros, los pechos subiendo y bajando por el esfuerzo. La música aún sonaba dentro de su cabeza y el ritmo palpitaba a través de su cuerpo, unido en ese momento a otro ritmo que recordaba muy

bien.

Rachel permaneció en el centro del cuarto lleno de espejos y vio sus reflejos, el de Stephen y el de ella,juntos en el cristal. Y supo con exactitud qué era lo que recordaba él...

-Cinco minutos, no más -madame Ridout la miró con severidad-. ¿Está claro, Rachel?

-Perfectamente, madame -se secó la transpiración con una toalla-. Gracias.

Recogió la sudadera y se la puso mientras salía por la puerta al pasillo, para jadear cuando unos brazos fuertes la tomaron por la cintura y una voz profunda le susurró al oído:

-Te tengo. ¿Y ahora qué haré contigo?

Giró en los brazos de Stephen y sonrió al darle un beso fugaz para apartarse, antes de que él pudiera responder.

-No tengo ni idea. Pero solo dispones de cinco minutos, así que será mejor que te des prisa.

Él gimió. La llevó a un rincón, lejos de la vista de los que pasaban por el pasillo, y le enmarcó la cara entre sus manos grandes y gentiles.

-¡Esa mujer es terrible! ¿No se da cuenta de que me muero por verte? -la besó con ansiedad y, de inmediato, surgió la pasión entre los dos.

Al concluir el beso, apoyó la frente sobre la de Rachel y bajó las manos por su cuerpo esbelto, provocándole un nudo en la garganta.

Él la había perseguido sin descanso después de su encuentro en la playa, hasta que a ella le había dado la impresión de que todo su mundo estaba lleno por Stephen Hunter. Al principio, las amigas de Rachel se habían mostrado divertidas, luego intrigadas y, al final, abiertamente envidiosas.

Stephen era tan atractivo y su cuerpo poderoso poseía una sensualidad tan latente que muchas de sus amigas de la Academia soñaban con lo que sería que las persiguiera a ellas. Sin embargo, todas sabían que eran unos sueños vanos, porque solo tenía ojos para Rachel.

-¡Me estoy volviendo loco, Rachel! Parece que lo único que conseguimos son unos minutos robados entre tus clases y mi trabajo.

-Lo sé. Pero mejorará después del espectáculo. Apenas quedan unos días de ensayos, luego las cosas regresarán a la normalidad -rio en voz baja-. O todo lo normales que serán contigo cerca.

Stephen pasó el dedo pulgar por sus labios entreabiertos y sintió la respuesta temblorosa provocada por su caricia. La pegó a su

cuerpo y le mostró lo que le hacía su contacto.

La apartó al notar el rubor que la dominó. Le encantaba su timidez, atesoraba su inocencia, al tiempo que anhelaba poseerla. Pero no haría nada hasta que ella estuviera segura de que era eso lo que quería.

-Te amo, Rachel -manifestó con voz emocionada, deseando que supiera que para él lo era todo-. Te amo más que a nada en este mundo y te deseo con toda mi alma.

-Lo sé -sonrió con timidez, a pesar de que su corazón estaba alborozado por su reconocimiento-. Yo también te deseo, Stephen -respiró hondo, desterró los miedos y las inseguridades y supo que era lo que más deseaba en la vida-. Esta noche la tía Edith va a quedarse en casa de una amiga. Yo... estaré sola.

-¿Voy a verte? -se puso tenso y estudió su cara, leyendo el mensaje en sus ojos.

Rachel titubeó solo un instante. Nunca se había entregado a ningún hombre, ni lo había deseado. Pero quería compartir ese don especial con Stephen, porque jamás habría otro hombre al que desearía tanto.

-Sí.

Él le dio un beso rápido y hambriento y la soltó. Sin mirar atrás y con el corazón desbordado, Rachel regresó corriendo al estudio. No lamentaba su decisión... sabía que jamás la lamentaría.

¡Lo amaba tanto!

El sonido del teléfono quebró el sortilegio. Se sobresaltó y durante largo rato lo miró, tratando de reconciliar lo que una vez habían sentido el uno por el otro con lo que les sucedía en ese momento, pero era imposible contemplar cómo se destruía algo tan mágico y hermoso.

-Stephen, yo...

-Será mejor que conteste -giró en redondo, cortando lo que ella había estado a punto de decir. Temía oírlo y temía lo que sentía en ese momento, en que su mente y su cuerpo palpitaban por los recuerdos y la amarga sensación de pérdida.

-Hunter -dijo al recoger el auricular.

En el acto reconoció la voz de Lorna y tuvo ganas de colgar. Por la puerta abierta vio a Rachel subir las escaleras. No sabía qué le pasaba. Estaba al corriente de lo que Rachel era y de lo que había hecho, sin embargo, no era capaz de desterrar la memoria de lo que le había inspirado..

Sin importarle que Loma pudiera sentirse ofendida, cortó la conversación. Se sirvió un whisky, pero le supo amargo como sus

pensamientos. Lo dejó sobre la bandeja y salió al pasillo, deteniéndose al ver a Rachel bajar por las escaleras.

Ella lo vio en el mismo momento y desvió la vista. Descendió los últimos escalones y quiso pasar a su lado, pero jadeó cuando Stephen la tomó del brazo y sus dedos se clavaron en su piel suave.

-¿Qué te propones ahora?

Rachel lo miró con ojos centelleantes, dolida por su tono y por la inutilidad de recordar cuan distintas habían sido las cosas.

-No sé de qué estás hablando. De pronto, recordé que había dejado encendidas las luces del estudio, eso es todo.

Stephen giró la vista hacia el pasillo, como si no le creyera. Eso la enfureció aún más. ¿Qué pensaba que quería? ¿Hablar con él? ¿Seguir hurgando en el pasado, enterrado y muerto ya según Stephen? No obstante, ambos sabían que el motivo de la tensión de él se debía a que el pasado estaba muy vivo.

Mientras la observaba esa noche, había sabido que había estado recordando lo mismo que ella.

De pronto, se sintió abrumada por la necesidad de conseguir que reconociera que no era posible soslayar lo sucedido entre ellos años atrás. Ladeó la cabeza y lo miró desafiante.

-¿A qué le tienes miedo, Stephen? ¿Por qué intentas fingir que no te importa lo que una vez significamos el uno para el otro?

-Porque no me resulta agradable que se me recuerde lo que eres y lo que hiciste -repuso con tono despectivo-. Quizá no encajo con el pensamiento moderno, pero mi patrón de lealtad es una virtud que atesoro por encima de las demás.

Para ella era una agonía saber que jamás podría lograr que él creyera la verdad; sin embargo, experimentó la necesidad de hacer que admitiera una vez,solo una, que habían sostenido el mundo entre las manos.

-Negar lo que llegamos a sentir es desleal, Stephen. ¿No lo ves?

Él emitió una risa áspera que convirtió su rostro atractivo en una máscara. Instintivamente Rachel trató de separarse, deseando haber guardado silencio, pero los dedos fuertes de Stephen estaban clavados en sus brazos con fuerza. La acercó.

-Quizá no pueda. Parece que tengo algo de dificultad en recordar lo que supuestamente sentíamos ante los hechos tal como los conozco ahora.

-¡Nada de supuesto! ¡Tú sabes bien lo que sentimos el uno por el otro. Sabes que jamás me habría...

Calló de repente, incapaz de pronunciar las palabras, al tiempo que rezaba para que él no las hubiera adivinado. Pero él lo había

hecho.

Deslizó la mano al costado de su cara y le impidió apartarse. Rachel no supo si era dolor o furia lo que encendía sus ojos.

-¿Ido a la cama con otra persona? ¿Era eso lo que ibas a decir, Rachel? ¿Se supone que debo considerarlo como tu compromiso conmigo? -movió la cabeza mientras acercaba la boca a unos centímetros de la de ella. Su cuerpo estaba duro y tenso al tocar el de Rachel.

-Te... amé, Stephen -logró corregir en el último momento.

-¿Cuánto tiempo? -soltó él, implacable-. ¿Una semana, dos? ¿El tiempo que tardaste en decidir que Robert te gustaba más? Como he dicho antes, tú y él siempre disfrutasteis de vuestra compañía, reíais mucho estando juntos. ¿Quizá eso te resultó más atractivo que mi determinación a triunfar en el mundo de los negocios? Dime, Rachel, ¿qué hizo que dejaras de estar enamorada de mí y te enamoraras tan rápidamente de mi primo? ¿O cuando te deshiciste de la molestia de tu virginidad, te diste cuenta de lo que te habías estado perdiendo? -la recorrió con una mirada de desprecio y rio cuando ella no contestó-. Mmm, quizá esa sea la respuesta. Probablemente sea más cierta que la afirmación de que te enamoraste de Robert, ya que jamás habías conocido a alguien como él. Siempre te gustó el sexo, cariño, y descubriste que tenías un auténtico talento para él. Tal vez llegaste a la conclusión de que te gustaba la variedad, y por eso no has sentido la necesidad de quedarte con un solo hombre.

Rachel temblaba con tanta intensidad que apenas era capaz de permanecer de pie, pero el dolor le dio una fuerza que los sorprendió a ambos. Con el rostro blanco, se apartó de él.

-¡Maldito seas, Stephen Hunter! Maldito seas por... -calló, conmocionada por el modo en que el color abandonó la cara de él, por la blancura de sus labios y las gotas de sudor que pudo ver en su frente-. ¿Stephen, qué sucede?

Mientras lo preguntaba él se tambaleó, y habría caído si Rachel no lo hubiera sostenido. Lo ayudó a sentarse. Solo entonces notó el vendaje en su mano derecha y la sangre que manchaba la gasa.

Stephen respiró hondo y sintió que el mareo retrocedía. Alzó la vista y vio la preocupación en la cara de Rachel y en su alma supo lo falsa que era... igual que las emociones que esa mujer pudo haber mostrado alguna vez hacia él.

Sonrió y vio que la preocupación se transformaba en cautela y lo alivió descubrir que la había podido engañar con tanta facilidad.

-No te preocupes, Rachel. No fue pensar en lo que había perdido

lo que provocó una reacción tan dramática -se encogió de hombros-. Me corté con una copa. No ha sido un corazón sangrante lo que ha estado a punto de hacer que me desmaye, sino algo mucho más prosaico.

Se levantó y al ver el dolor en los ojos de Rachel, de pronto se sintió avergonzado. Ella se incorporó sin decir una palabra, y no lo miró mientras subía a la primera planta. Stephen musitó un juramento y se odió por sentirse abochornado, odio a Rachel por provocarle esa reacción.

Atravesó el pasillo y apagó las luces del estudio, luego, cerró la puerta. No quería mirar en el interior de ese cuarto y recordar lo que había visto. Todo lo que Rachel y él habían sentido estaba acabado. Recordar no modificaría nada, menos aún el hecho de que en una de las habitaciones dormía un niño, el hijo de Rachel... pero que jamás sería el suyo.

Capítulo 7

EL AMANECER aún era una promesa en el horizonte cuando Rachel se levantó. Había permanecido despierta toda la noche, con la puerta de su cuarto y el de Jamie abierta para oírlo si despertaba. Se puso la vieja bata que había sacado de la maleta y con sigilo se acercó a la puerta, pero Jamie se hallaba profundamente dormido. Se volvió y captó su reflejo en el espejo de la pared y sonrió con amarga ironía.

Cuan fuera de lugar parecía en ese dormitorio elegante, y la bata no hacía más que recalcarlo. No tenía ningún sitio en esa casa, en la vida de Stephen...

Descalza, bajó las escaleras y avanzó por el pasillo hasta la cocina. Una taza de café podría darle las fuerzas para hacer lo que sabía que debía hacer. Después de todas las amargas acusaciones que le había lanzado Stephen la noche anterior, sería imposible quedarse en su casa.

Jadeó al abrir la puerta y verlo sentado a la mesa de la cocina. Aún llevaba puesta la misma ropa, aunque se había quitado la chaqueta del traje y desabrochado los primeros botones de la camisa. Sintió que se le resecaba la boca. El corazón le palpitó con fuerza.

-¿Tú tampoco podías dormir? ¿Por qué será? -rio. Sintió la descarga que le provocó la súbita aparición de Rachel. Bajó la vista a la taza que sostenía en la mano e hizo remolinear el café negro mientras luchaba contra el extraño temblor que le recorría las extremidades.

-Me... me preocupaba Jamie -musitó ella con voz apenas audible. Se volvió para marcharse, pero se detuvo al oír la voz áspera de Stephen.

-¡Por el amor de Dios, no muerdo! Es evidente que has bajado por algún motivo, así que no permitas que sea yo quien te impida obtener lo que buscabas -señaló la cafetera-. Hay café recién hecho.

Rachel titubeó. Después de lo sucedido la noche anterior, no quería estar con él en la misma habitación, pero le era imposible huir. Lo último que deseaba era que supiera lo mucho que la había herido.

Encontró una taza en uno de los armarios y se sentó a la mesa, deseando que su mano se calmara mientras se servía café. Stephen rellenó su taza, pero no la tocó, sus ojos grises inescrutables mientras la observaba.

-¿Cómo se encuentra?

De pronto, ella experimentó un resentimiento ardiente por la-

injusticia de la vida. No había hecho nada malo, salvo amar demasiado a ese hombre, aunque daba la impresión de que iba a tener que pagar siempre por ese error.

-Si te refieres a Jamie, parece estar mucho mejor. Le ha bajado la fiebre y ha dormido bien.

-Sí, me refería a Jamie -sonrió con frialdad-. No paro de olvidar lo sensible que eres por el hecho de que no uso su nombre. Mis disculpas. Intentaré no olvidarlo otra vez -bebió un sorbo del café tibio-. Imagino que elegiste el nombre en honor del padre de Robert.

-¿Perdón? -frunció el ceño.

-El padre de Robert se llamaba James -suspiró-. Doy por hecho que esa fue la causa para que eligieras su nombre. Aunque confieso que me desconcierta por qué no lo bautizaste Robert, en memoria de mi primo, que evidentemente significaba mucho para ti.

Ella sintió un nudo en la garganta. ¡El nombre de su hijo era en honor de su padre! Stephen James. Era lo único que había podido darle que perteneciera a él. Sin embargo, le había resultado muy doloroso llamarlo Stephen para tener que soportar ese recordatorio constante.

-Prefiero James. Da la casualidad de que también era el nombre de mi padre.

-Doblemente apropiado, entonces -dominado por la impaciencia, se puso de pie y llevó la cafetera al fregadero. Le costó levantar la tapa con la mano izquierda, pero la derecha le palpitaba mucho. Había tomado un par de aspirinas, pero no daba la impresión de que mitigaran el dolor.

Maldijo e intentó fijar la cafetera contra el borde del fregadero mientras trataba de quitarle la tapa; sin embargo, solo consiguió verter parte de los posos sobre la encimera.

-Deja que te ayude.

Llegó a su lado y antes de poder ayudarlo, Stephen reaccionó de forma instintiva. La noche había sido demasiado larga y sus pensamientos demasiado turbulentos para poder dormir. En ese momento, el dolor y la frustración estallaron.

-¡No! No necesito ninguna ayuda. Y menos de ti -soltó con tono cortante y desdeñoso. Vio que ella se sobresaltaba y experimentó una cierta satisfacción al saber que la había herido-. ¡Lo último que quiero es que hagas algo por mí, cariño!

Ella pensó que no tendría que haberle dolido tanto; después de todo, en los últimos dos días solo había escuchado su desprecio. Pero, de repente, fue más de lo que pudo soportar. Soltó un sollozo

quebrado y huyó, queriendo alejarse del daño que Stephen estaba tan decidido a infligirle.

-¡Demonios! -la siguió al pasillo. La aferró del brazo y la hizo girar, y el desprecio que sintió iba dirigido contra él al ver las lágrimas en sus ojos. Inconscientemente suavizó la voz-. No debería de haber dicho eso.

Rachel lo observó a través de las lágrimas.

-¿Por qué no si es lo que sientes? No tiene sentido mentir, Stephen. Sé que me... odias.

Se le rompió la voz, pero, de algún modo, logró contener el llanto. Lo único que le quedaba era el orgullo, y si perdía eso, no había nada más que la persistente agonía.

-¿Y puedes culparme? -la ira de él cobró vida otra vez, avivada por el mero hecho de que Rachel podía hacer que se sintiera de esa manera.

Aferró el otro brazo de Rachel con la mano herida, apenas consciente del dolor que no parecía nada comparado con la agonía más profunda que bullía en su ulterior. La primera vez que había visto a Jamie, se había sentido furioso al pensar que el niño era suyo y que Rachel le había mantenido en secreto su existencia. No obstante, si hurgaba en su corazón, sabía que con el tiempo la habría perdonado. Podrían haber solucionado los problemas, encontrado un modo de cimentar una vida juntos... Rachel, él y su hijo...

Apretó las manos, pero no oyó el murmullo que emitió ella. Aquello ya quedaba descartado, porque el niño no era su hijo, sino su sobrino. ¡Jamás podría perdonarla por eso! Lo único que le quedaba era tratar de aprender a vivir con ello y con su propia estupidez al creer durante tantos años en una ilusión. Sin embargo, en ese momento únicamente quería castigarla por hacerlo sentirse como un tonto.

Se inclinó y tomó su boca en un beso que no mostró atisbo alguno de suavidad, solo una brutalidad que lo puso enfermo al tiempo que se veía incapaz de controlarla. Oyó el grito apagado de ella y su respiración profunda, que empujó sus pechos contra la solidez del muro de su torso mientras intentaba apartarse de él. Lo oyó y lo sintió todo, pero en lo más hondo de su ser solo ardía una cólera encendida que amenazaba su cordura, el deseo de hacer que Rachel pagara por lo que había hecho...

La obligó a abrir los labios para introducir la lengua en su boca; le inmovilizó los brazos a los costados mientras se debatía. De algún modo ella logró girar la cabeza mientras los ojos se le llenaban de

lágrimas.

-No, Stephen, por favor, no hagas esto...

Tenía la voz rota por la angustia y la súplica; se sintió avergonzado y lleno de desprecio hacia sí mismo por el modo en que se comportaba. Pero se dijo que era Rachel la que había obrado mal, la que había tomado todo lo que había sentido por ella para tirarlo como si no valiera nada.

Ella sintió que el miedo salía a la superficie, nublándole la mente durante unos segundos con su manto de pánico antes de recordar que se trataba de Stephen... Stephen, quien una vez le había hecho el amor, que había sido un amante gentil y considerado...

Se preguntó si podía haber cambiado tanto. Dentro del hombre que la besaba con esa aterradora violencia tenía que quedar algún vestigio del joven que había sido.

-Así no, Stephen... por favor. Así no... -de repente sintió que la ira lo abandonaba. Su apretón se tornó más suave; sus dedos ya no se clavaban en su piel y la sensación de sus manos fue intensamente familiar.

Los sentidos le dieron vueltas al sentir que regresaba a un mundo de placer sensual que jamás pensó que volvería a vivir. Súbitamente la tentación de entregarse a él fue demasiado grande para resistirla.

-¿Stephen...?

El nombre en sus labios contenía una pregunta oída y entendida... para Rachel con sorpresa, para Stephen con incredulidad. Durante un momento, ninguno se movió ni respiró, por temor a lo que podría suceder, pero el resultado era inevitable con sus emociones tan cargadas y descarnadas. La cólera se transformó en pasión en un abrir y cerrar de ojos.

Stephen se agachó y la alzó en vilo, luego la llevó al despacho, para poder tumbarla sobre uno de los enormes sofás-de piel. Se echó a su lado y volvió a besarla, sus labios tan gentiles que durante un momento Rachel se preguntó si era real o un eco de aquellos besos de ensueño que la habían acosado todos esos años.

Cerró los ojos para entregarse a las sensaciones y sintió la boca de Stephen con más firmeza en la suya, dando cuando antes solo había tomado y abusado.

Suspiró y le rodeó el cuello con los brazos, acercándolo mientras abría los labios para la suave invasión de su lengua.

Hacía tanto tiempo que no tenía a Rachel y, desde entonces, habían pasado muchas mujeres por su vida, pero recordaba la

suavidad satinada de su pelo, la fresca seda de su piel, el dulce contorno de su cuerpo pegado al suyo, como si el recuerdo estuviera grabado en su interior, una marca que ninguna otra mujer había podido borrar. La llevaba en la sangre.

Le temblaron las manos al soltar la bata de Rachel para hacerla a un lado y trazar las curvas de su cuerpo, extasiándose en el modo en que sus pezones se clavaron con ansiedad en las palmas de sus manos. El camisón que llevaba se abotonaba por delante y el tenue algodón delineaba el cuerpo de bailarina con sus músculos tensos y las piernas largas y hermosas que se movieron agitadas sobre los cojines.

Stephen soltó los botones diminutos y sintió que ella le besaba la mejilla, reconociendo la leve torpeza de un acto que había realizado con destreza con otra mujeres. Pero estaba con Rachel, y era distinto de tantas maneras que lo asustaba.

La bata y el camisón cayeron al suelo junto al sofá, seguidos de la camisa y los pantalones de él. El amanecer se asomaba por la ventana con su pálida luz gris. La madurez había añadido peso y poderío al cuerpo que Rachel recordaba, pero los músculos seguían tan firmes y la piel tan cálida y suave como siempre.

Ella experimentó una creciente excitación en la boca del estómago, un placer ardiente que la recorrió con una extraña sensación de miedo.

No había hecho el amor con ningún hombre que no fuera Stephen, jamás lo había deseado. Él había sido el primer hombre en amarla, y sería el último. Pero, de pronto, temió quedar decepcionada, que los recuerdos jamás estuvieran a la altura de la realidad de ninguno de los dos.

-Stephen, yo...

-Shh. No hace falta decir nada, Rachel. Lo sé.

Vio en sus ojos la misma percepción, un eco de su propio temor, antes de que Stephen bajara la cabeza y la besara mientras con las manos le recorría el cuerpo desde el cuello hasta los muslos. El miedo se desvaneció, desterrado por una gran oleada de deseo.

Se arqueó hacia él y disfrutó con el modo en que jugó con su cuerpo, encendiendo fuegos a su paso. Gimió despacio, pequeños gritos que hicieron que las manos de Stephen temblaran y, si era posible, lo amó más por ello, por permitirle ver su inesperada vulnerabilidad.

Quizá se había equivocado al temer lo que podría hacer si averiguaba que Jamie era su hijo. Tal vez aún existía la posibilidad de que escuchara y entendiera por qué lo había mantenido en

secreto, por qué le había contado la mentira sobre Robert. Teniéndolo en sus brazos, sintiendo cómo la abrazaba, hacía que todo resultara posible.

Sin embargo, cuando al final yacieron exhaustos, Stephen se apartó, con una expresión en la cara que no ofrecía concesiones.

-Tendríamos que haber finalizado nuestra relación hace diez años, Rachel. Pero al marcharte hiciste que eso fuera imposible.

-Me fui porque ño quería herirte, Stephen. Es la verdad. Por favor, intenta creerlo -su voz irradiaba sinceridad, más fuerte que nunca la necesidad de convencerlo. Pero al alejarse de ella comprendió que había fracasado.

-¿No herirme? -la miró fijamente, al parecer, indiferente a la desnudez de ambos-. ¡Te amaba! Acostarte con Robert era el modo seguro de herirme y tú lo sabías. Por eso huíste. No por ahorrarme algún dolor, sino porque no podías mirarme y reconocer lo que había estado pasando, ¡qué llevabas en tu interior el hijo de mi primo!

Recogió los pantalones y se los puso. Emitió una risa amarga que reverberó en toda la estancia mientras también se ponía la camisa. Rachel se sintió enfermizamente consciente de su propia desnudez.

-Supongo que debería de estar contento de que no intentaras hacerme creer que el niño era mío a la muerte de Robert. Aunque imagino que incluso tú tenías un cierto sentido de la decencia entonces, aunque parece que últimamente te ha abandonado.

Rachel recogió la bata del suelo y se envolvió con ella, ajustando el cinturón con manos temblorosas. Stephen estaba lleno de amargura; hacer el amor no había cambiado nada. ¡Qué tonta había sido al esperar otra cosa!

-Parece que ya no queda nada por decir.

-No, nada -se pasó la mano por la boca como si quisiera eliminar el sabor de ella. Miró el sofá y luego la observó con las cejas enarcadas-. Yo diría que esto ha atado todos los cabos sueltos, y eso era exactamente lo que quería desde hacía tiempo. Al fin te he quitado de mi mente, Rachel. He de darte las gracias. A partir de ahora, simplemente somos dos personas que se conocieron hace años y poseen un interés compartido en el niño. Imagino que es más que suficiente para los dos. ¡Sé que es mucho más de lo que yo deseo!

Salió de la habitación sin decir más, sin pensar en cómo se sentía ella... usada y rebajada por lo sucedido. Quizá por eso le había hecho el amor.

El pensamiento consiguió que se sintiera humillada. Stephen aún

la odiaba. La única diferencia era que en ese momento ella también se odiaba por haber dejado que la utilizara de esa manera.

-Rogerson echaba chispas cuando llamó esta mañana. Quería saber a qué jugabas concertando una reunión para luego no aparecer -David hizo una pausa-. ¿Has oído lo que acabo de decir, Stephen?

-¿Qué? Oh, sí, algo acerca de que Rogerson está furioso. ¡Qué pena! -se apartó de la ventana y fue al escritorio, donde apretó la tecla del intercomunicador que lo unía con Trish-. Haz reserva para dos en The Grange, por favor. Mi mesa habitual. Para eso de la una. Luego llama a la secretaria de Rogerson y ofrécele mis disculpas por lo de ayer y pídele que se reúna conmigo allí -miró a David y se obligó a concentrarse en lo que pasaba, no en la escena que no paraba de repetir incesantemente en su cabeza-. Rogerson hoy deberá mostrarse más solícito, un poco menos seguro de sí mismo y de mí.

-¡Eres un canalla, Stephen! -el otro sonrió con admiración-. Lo has hecho esperar adrede y pretendes confundirlo con un almuerzo caro para que no sepa qué pensar -movió la cabeza al volverse para salir-. Menos mal que yo estoy en tu bando. Eres un mal enemigo, Stephen Hunter.

Sonrió levemente'al cerrarse la puerta. Diablos, ni siquiera había recordado la reunión; había estado demasiado absorto en lo que había pasado con Rachel.

Se levantó de nuevo, demasiado inquieto para permanecer sentado. Juró al sentir que la sangre le hervía al recordar la escena del despacho de su casa.

Dios sabía que su intención no había sido dejar que las cosas llegaran tan lejos, pero en cuanto Rachel había pronunciado su nombre había sido incapaz de resistir. Se había visto atrapado en su propio deseo, en la pasión que ella le había mostrado; se preguntó si habría sido otro de sus trucos.

Diez años atrás habría apostado la vida en el hecho de que Rachel lo amaba. En ese momento sabía que era una mentira... tan falso como la exhibición que había montado aquella mañana. No era más que un medio para tenerlo otra vez hechizado y conseguir que fuera más proclive a hacer lo que ella quería. ¡No pensaba dejar que se saliera con la suya!

Regresó a la mesa y no esperó que Trish contestara para ladrar unas órdenes:

-Llama a Mallorca. Si no hay nadie, déjale un mensaje a mi madre para que me llame. Y averigua a qué hora sale el avión de

mañana desde Palma; haz tres reservas a nombre de mis padres y de mi tía -fue a cortar, pero cambió de parecer. No descansaría hasta haber solucionado todo-. Cancela la llamada a la villa. La haré yo. Pero cerciórate de reservar los billetes de avión. Estaré fuera el resto de la mañana, aunque puedes ponerte en contacto conmigo en el restaurante a partir de la una. Si surgiera algún problema, pásaselo a David y comunícale que puede contactar conmigo solo si es necesario.

Abandonó la oficina y fue a recoger el coche. Regresó por el mismo trayecto que había realizado una hora atrás, con expresión peligrosa mientras reflexionaba en lo que había que hacer.

Se encargaría de que la tía Kahtleen pudiera ver al niño, desde luego, pero mantendría al mínimo el papel que desempeñaba él. Después de lo sucedido aquella mañana, era lo más inteligente. Pero, antes de despedir a Rachel, pretendía que entendiera muy bien la situación.

Si ella cumplía lo que se le pedía, sería el fin del asunto. Pero si imaginaba que podía aprovechar su situación, entonces lo lamentaría mucho.

Capítulo 8

UNA risa infantil salía de la sala de estar. Ra-chel respiró hondo antes de entrar. Había pasado la última hora desde que Stephen se marchó tratando de serenarse, pero la calma solo era una fachada. Por enésima vez se preguntó cómo había podido ser tan tonta para caer en su trampa.

Pero sabía muy bien la causa. Si él llevaba a cabo su amenaza de hablarle de Jamie a la madre de Ro-bert, entonces tendrían que seguir viéndose a lo largo de los años.

Tenía que haber una manera de convencerlo de que cometía un error. Aunque lo más amargo de todo era que jamás llegaría a saber lo enorme que era.

Jamie estaba tumbado en el suelo delante del televisor, con la barbilla apoyada en una mano y el pelo revuelto. Giró la cabeza cuando ella entró y sus ojos se iluminaron.

-Hola, mamá.

Sintió que parte de sus preocupaciones se evaporaban al ver la mejoría de su hijo. Se sentó en el sofá y se puso a ver los dibujos animados con él, sonriendo al oír la risa de Jamie.

-Esta mañana te sientes mejor.

-Hmm -asintió vagamente sin apartar los ojos de la pantalla-. Pero me pica -el pequeño volvió a girar la cabeza cuando la puerta se abrió-otra vez y esbozó una sonrisa tímida-. Es un programa muy gracioso.

-Me alegro de que te guste. La señora Daniels lo recomendó. Al parecer es el favorito de su nieto.

¡La voz de Stephen a su espalda! Giró en redondo y palideció al verlo. Él la observó con la cara algo tensa. Rachel se levantó despacio y con el cuerpo un poco tembloroso. Había esperado disponer de tiempo para controlar sus emociones antes de que volvieran a verse, aunque de pronto se preguntó si habría tiempo suficiente en el mundo para garantizar que podría mirarlo sin recordar lo que había pasado antes entre ellos en el despacho.

Stephen musitó lo que podría haber sido un juramento. Aferró el brazo de Rachel con fuerza y la guió hasta la puerta. Ella abrió la boca para protestar, pero decidió cerrarla al ver la mirada de él dirigida hacia el pequeño.

Sonrió cuando Jamie los miró con cierta inseguridad.

-Quédate aquí viendo el video, cariño. Stephen y yo tenemos que... arreglar algunas cosas.

El niño asintió, aunque los observó marcharse con cierta cautela. En cuanto la puerta se cerró a su espalda, ella se soltó, pero no fue

capaz de hablar. En la cara de Stephen había una expresión que hizo que se ruborizara.

-Vamos, Rachel -no intentó ocultar su desdén-, ¿no me digas que te abochorna lo que pasó?

Rachel respiró lentamente y se obligó a recordar lo que Stephen había dicho momentos después de haberle hecho el amor y... haberla utilizado.

-¿Debería estar abochornada? -rio con voz ronca, sorprendida de su capacidad para mentir ante su crueldad-. Vamos, Stephen, una mujer de mi experiencia se toma estas cosas según vienen -hizo una pausa y se sintió complacida al ver que había ganado un punto en la batalla dialéctica que libraban-. Aun cuando no salen según lo planeado.

Stephen giró y se dirigió hacia el despacho, conteniendo la ira. ¡Había tenido razón! ¡Rachel había planeado utilizar el sexo en su favor! Se dijo que eso lo ayudaría a mantener una buena distancia. Al llegar a la puerta se volvió.

-A pesar de lo divertido que sería ahondar en esa declaración, creo que dejaré pasar la oportunidad. Como muy bien has adivinado, hay algunas cosas que debemos aclarar... razón por la que he vuelto -miró la hora y continuó con arrogancia-: Sin embargo, primero he de hacer una llamada telefónica. Me ocuparé de ti en unos minutos.

Entró en el despacho y cerró la puerta, dejándola furiosa en el exterior. Se preguntó cómo se atrevía a hablarle de esa manera. ¿Quién diablos se creía? Fue a regresar a la sala de estar, pero cambió de parecer casi de inmediato. Jamie era demasiado sensible y captaría su agitación. No quería preocuparlo aún más.

Subió las escaleras hasta su dormitorio y, con gesto airado, depositó la maleta en la cama. ¡No pensaba quedarse allí ni un momento más! Jamie aún no se hallaba recuperado para viajar en tren, de modo que alquilaría un coche y regresarían a casa por carretera. Le costaría una pequeña fortuna que no podía permitirse el lujo dé gastar, pero sería mejor que quedarse allí para ser humillada.

Abatida, se sentó en la cama. Durante esos años se había aferrado a la dulzura de aquel verano, a aquella época en que Stephen la había amado. En ningún momento había sido tan tonta para pensar que duraría. En su camino a la cima, él habría conocido a muchas mujeres hermosas con las que ella jamás habría podido competir. Pero como aquel verano había terminado cuando su amor se hallaba en su punto álgido, había permanecido fresco y puro en

su mente, sin que nadie ni nada pudiera mancillarlo.

Sin embargo, lo acontecido aquella mañana teñía los recuerdos de fealdad, haciendo que de repente sintiera como si no le quedara nada...

-Pensé que te había dicho que quería hablar contigo.

Grande y arrogante, Stephen se hallaba en el umbral y la miraba con ojos gélidos. Rachel se incorporó, dominada por una furia súbita. Esos recuerdos perfectos no tenían arreglo; Stephen los había estropeado en su deseo por herirla.

-No obedezco órdenes, Stephen. Ni tuyas ni de ningún hombre.

-¿De verdad? -enarcó las cejas al entrar y cerrar la puerta-. ¿O es que hasta ahora no has tenido motivos para hacerlo?

No se podía confundir la amenaza que había en su voz, ni aunque sonriera. Rachel se obligó a mirarlo a los ojos, decidida a no retroceder.

-No me amenaces, Stephen. Y, por favor, no pierdas tiempo jugando con las palabras. Sería mucho más sencillo si dijeras abiertamente lo que quieres.

Él pasó a su lado para ir a la ventana, decidido a mantener la calma. La emoción era un riesgo peligroso.

-Tienes razón, desde luego. Por lo general no veo razón para mentir, y menos ahora -la miró y vio que palidecía al añadir con un tono insultante-: Los dos sabemos lo que eres, ¿verdad, cariño?

Rachel se dio la vuelta, asqueada por el modo en que le hablaba. En el pasado jamás se habría dirigido a ella de esa manera; que lo hiciera en ese momento era una medida de cómo se sentía. Si él notó su angustia, no dio señales de ello; quizá no le importaba. Se preparó para resistir lo que pudiera decirle.

-Habíame de ello, Rachel. Hemos bordeado el tema, pero sin llegar a entrar en detalles; sin embargo, de pronto siento curiosidad por enterarme de tu aventura con Robert.

Se sintió conmocionada por lo que le pedía, horrorizada por las preguntas que no podía responder.

-No... no sé a qué te refieres -susurró en voz baja.

-¡Claro que sí, cariño! -se mofó apoyándose en la pared, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones. Pero la expresión de sus ojos era tan sombría que Rachel tuvo un escalofrío-. Yo solo os consideraba amigos, y gracias a mí. Es evidente que me equivocaba. Erais más que eso... ¡mucho más! -sonrió con un humor cruel-. Desde luego, tengo curiosidad por oír todo sobre vuestra relación. Has dicho que te acostaste con mi primo aquella vez que yo fui a Londres, pero seguro que no fue la única vez que lo hiciste.

No puedo creerlo cuando tu hijo es resultado de aquella amistad. Así que dime, Rachel, ¿te metiste en la cama de Robert antes de ir a la mía, o después? -emitió una risa suave, un susurro que apenas agitó el aire, aunque cargado con un torbellino de emociones-. ¿Encontraste más satisfacción en los brazos de Robert que en los míos?

Rachel clavó la vista en él, impactada por sus preguntas. ¿Cómo podía creer que había pasado de él a Robert, que podría haber encontrado siquiera una semblanza del éxtasis que habían compartido ellos dos?

-Yo... no... ¡No!

Se dirigió hacia ella tan rápidamente que Rachel retrocedió, asustada por la expresión de su cara.

-¿No? ¿Te refieres a que Robert no fue mejor amante que yo? ¿O a que no quieres discutirlo? -la tomó por la barbilla y la obligó a mirarlo-. Si es lo primero, entonces gracias, cariño. Si es lo segundo, creo justo advertirte de que pienso oír todos los detalles, de un modo u otro -se inclinó-. De un modo u otro, Rachel -repitió despacio.

Ella tragó saliva y cerró los ojos en agonía.

-¡Stephen, por favor...!

-Es lo que dijiste esta mañana, Rachel. «Stephen, por favor...» ¿Fue por el mismo motivo? ¿Esperas engañarme de nuevo para no hablar de tu extraordinario pasado? -bajó la mano hasta su cuello-. Te dejaría intentarlo, aunque el resultado no sería el que tú esperas. Adelante, si piensas que vale la pena intentarlo. No debería de ser tan desagradable para ninguno de los dos, si nos podemos guiar por lo sucedido antes.

Rachel lo empujó. Fue hacia la puerta con la cabeza muy alta, la abrió y lo observó con igual desprecio.

-¡No tengo intención de tratar de convencerte de que me creas! Ni de contarte nada sobre Robert y yo y la relación que tuvimos. Aporta tú los detalles, Stephen. Estoy segura de que harás un excelente trabajo.

-Pero no tan bueno como el que hiciste tú hace diez años para convencerme de que era el amor de tu vida -caminó hacia la puerta y se detuvo-. No obstante, todo ocurrió hace mucho tiempo, y estoy seguro de que desde entonces ha habido demasiados hombres en tu vida para que puedas recordar bien los detalles -se encogió de hombros-. Me temo que es un típico caso de ego masculino preguntarse cómo otro hombre puede suplantarte en el afecto de una mujer. Aunque tal vez la explicación sea tan sencilla como que

un solo hombre no era suficiente para ti, cariño. Es una pena que quedaras atrapada por el embarazo a la muerte de Robert. De lo contrario, estoy seguro de que te habría complacido continuar con la situación el tiempo que hubieras podido.

-¿Cómo... cómo te atreves? -susurró, horrorizada.

-La verdad duele, ¿verdad? -enarcó las cejas-. Sin embargo, tarde o temprano Robert y yo nos habríamos enterado de lo que tramabas -bajó la voz-. Y también de la mujer que eres, Rachel -se volvió y bajó por las escaleras, sin mirar atrás.

Rachel se aferró a la puerta con manos temblorosas. ¿Cómo podía acusarla de semejantes cosas? Una vez más, demostraba lo poco que le había importado y lo falsas que habían sido sus declaraciones de amor.

Cerró la puerta, se acercó a la cómoda y comenzó a recoger sus cosas. Más que nunca sabía que debía marcharse; se preguntó si podía arriesgarse a alquilar un coche por teléfono estando él en la casa. Tuvo la impresión de que intentaría detenerla, pero, aparte de encerrarla en su casa, no había manera en que pudiera negarse a dejarla marchar.

Guardó todos los frascos en el neceser y luego bajó, deteniéndose cuando la señora Daniels avanzó por el pasillo con una bandeja en las manos.

-Perdone, señora, ¿tomará café con el señor Hunter?

Movió la cabeza, sintiendo próxima la histeria. Le sería imposible mantener un ritual tan civilizado después de la brutalidad verbal que le había mostrado.

-No, gracias. Iré a ver a Jamie.

Cuando la señora Daniels abrió la puerta del despacho, captó un vistazo de Stephen sentado detrás del escritorio. Se marchó antes de comprobar si la había visto, abrumada por la angustia ante la futilidad de la situación.

Nada podría sanar las heridas que se habían infligido mutuamente... ella sin saberlo, Stephen adrede. Lo mejor que podía hacer era marcharse. Pero su vida jamás volvería a ser la misma.

Stephen se sirvió café, pero no hizo intento alguno de beberlo. Contempló el líquido negro, viendo mentalmente unas imágenes que no quería ver. Rachel le había dicho que aportara él los detalles, y podía hacerlo... demasiado bien.

Alzó el auricular del teléfono y llamó a Mallorca, rezando para que alguien contestara en esa ocasión. Su madre respondió casi de inmediato, sorprendida al darse cuenta de quién era. Stephen fue al grano y la puso al corriente de lo sucedido, sin prestar atención a

los jadeos asombrados de ella. Todo el mundo sabía lo que él había sentido por Rachel tantos años atrás, y habían imaginado que ella había sentido lo mismo.

Al terminar, colgó con brusquedad. Se puso de pie sin haber tocado el café y miró la hora. Era temprano para ir al restaurante, aunque poco importaba. Prefería hacer algo a estar ahí sentado rumiando en cosas que no podía cambiar.

No vio a nadie al atravesar el pasillo. Miró en dirección a la sala de estar y salió de la casa. Hablaría con Rachel más tarde y le expondría lo que esperaba de ella en lo referente al niño. Después, dependería de la tía Kathleen lo que pasara.

Cumpliría con su deber, desde luego, y se cercioraría de que el pequeño tuviera todo lo que necesitara, por respeto a Robert, pero delegaría en otro supervisar que se estableciera una especie de fideicomiso a su nombre. En cuanto Rachel se marchara y se llevara con ella al hijo de Robert, se acabaría su participación personal.

Rachel colgó el teléfono. Había llamado a todas las agencias de alquiler de coches que aparecían en la guía, pero sin éxito. Con los trenes aún fuera de servicio, todos los vehículos se habían alquilado.

Se pasó las manos por los brazos, sintiendo frío a pesar del calor que hacía en el despacho. Se debía a la idea de verse obligada a permanecer otra noche bajo el techo de Stephen después de lo sucedido aquella mañana.

Desterró la idea de la mente. Se había comportado como una tonta y tendría que vivir con ello.

Cruzaba el pasillo cuando el sonido de un coche en el exterior la detuvo. Palideció al pensar que Stephen podía regresar tan pronto, pero en ese momento sonó el timbre y se dio cuenta de que no podía ser él.

Continuó hacia la sala de estar mientras la señora Daniels iba a abrir. Aminoró el paso al oír que el ama de llaves pronunciaba su nombre y miró con curiosidad al hombre que avanzó con ella.

-¿Sí? ¿Me quería para algo, señora Daniels?

-Señora Harris, ¿mencionó el señor Hunter que iba a ir directamente al restaurante o si pensaba pasar por algún otro sitio antes?

-Me temo que lo desconozco -repuso con expresión reservada.

-¡Maldita sea! -el hombre esbozó una sonrisa de disculpa-. Lo siento. Necesito contactar con Stephen con mucha urgencia porque ha surgido algo. He intentado llamarlo al móvil, pero no contesta. Ya conoce a Stephen. No es de los que anuncia sus movimientos. A

veces creo que ese es el secreto de su éxito. Nadie sabe jamás qué hará a continuación.

Rachel asintió, ya que no había mucho que decir.

-A propósito, me llamo David Matthews. Trabajo para Stephen.

-Rachel Harris -le estrechó la mano. Él la estudió con abierta curiosidad después de que la señora Daniels se excusara.

-¿Se aloja aquí?

Ella pensó que la situación podía complicarse si no iba con cuidado. Lo último que deseaba era tener que dar explicaciones del vínculo que la unía a Stephen.

-Únicamente anoche, y la verdad que solo por necesidad. Se suponía que debía tomar un tren, pero se canceló por el accidente. Y, luego, mi hijo se puso enfermo.

-Espero que no sea nada serio.

-Varicela, ¿puede creerlo? -la reconfortó la preocupación manifestada por David Matthews... un gran contraste, con la actitud de Stephen-. Nada importante, pero no me atrevo a llevarlo en un transporte público. He dedicado la última hora a tratar de alquilar un coche, pero sin suerte. Se han agotado debido al accidente.

-¿Adonde quiere ir?

-Birmingham. Vivo allí.

-¡Pues su suerte ha cambiado! Quería hablar con Stephen porque ha surgido una especie de crisis en nuestra fábrica de las Midlands. Al ver que me es imposible contactar con él, tendré que ir en persona para tratar de solucionarla. Si quiere, puedo dejarla de paso.

-Oh, no podría...

-¡Tonterías! -David cortó su protesta-. ¡Claro que puede! De todos modos, voy a ir en esa dkección, así que no representará ninguna molestia. ¿Cuánto tiempo tardará en estar lista?

-Diez... quince minutos como mucho. ¿Le parece bien? Sea sincero si no puede esperar tanto. Odiaría retrasarlo.

-Si puede estar preparada en ese tiempo, entonces es usted una mujer única -sonrió-. Tengo cinco hermanas y sé lo que es ser el último en la cola para el baño.

Rachel rio y sintió que se evaporaban sus reservas.

-Entonces sé que me dará un margen. Gracias, señor Matthews, Jamie y yo estamos encantados de aceptar su ofrecimiento.

-Llámame David, y te aseguro que el placer es mío, Rachel.

Se puso a organizar a Jamie para el viaje, relajada por la cordialidad de David Matthews. Después, le echó un prolongado vistazo a la casa mientras David salía por el camino privado. Sería

la última vez que la vería. Stephen no querría tenerla nunca más en su casa, ni ella querría regresar. Allí no quedaba nada de lo que una vez habían compartido.

Cerró los ojos ante el súbito aguijonazo de las lágrimas al comprender que todo podría haber sido muy distinto si no hubiera estado tan asustada para contar la verdad acerca de quién era el padre de Jamie. El futuro nunca le había parecido más sombrío.

Capítulo 9

AL ENTRAR, Stephen arrojó las llaves sobre la mesa del vestíbulo. El almuerzo había sido una costosa pérdida de tiempo. La hostilidad de Rogerson había sido tangible y él no había estado de humor para aplacarlo. Se habían separado con un mutuo desagrado.

En una escala del uno al diez, la reunión obtenía un cero y Stephen sabía que el culpable era él... «No», corrigió, pensando que una gran parte se le podía achacar a Rachel. De no haber estado tan furioso, habría podido pensar con más claridad.

Atravesó el pasillo y abrió la puerta de la sala de estar, pero la habitación estaba vacía. Miró la hora y frunció el ceño al desviar la vista hacia las escaleras. Apenas eran las siete, demasiado pronto para que Rachel se hubiera ido a la cama, aunque quizá estuviera acostando al niño.

Apretó los labios al pensar en el pequeño. Experimentó una súbita renuencia en subir a verlo, en que le recordara otra vez lo que podría haber sido. Pero si quería asegurarse que Rachel supiera lo que se esperaba de ella, no le quedaba más alternativa.

Subió a toda velocidad y llamó a la puerta. Aguardó un momento antes de abrirla. Miró alrededor y en el acto se percató de que en la cómoda ya no estaban las cosas de Rachel, aunque aún podía captar la leve fragancia de su perfume.

Furioso, regresó al despacho y, antes de llamar a la señora Daniels para que lo confirmara, supo que Rachel se había ido.

-¿A qué hora se marchó?

-A eso de las diez y media -repuso el ama de llaves con presteza ante el tono de él-, poco después de que usted volviera a irse, señor Hunter. El señor Matthews llegó unos momentos después.

-¿El señor Matthews... David? -intentó controlar su impaciencia-. Lo siento, señora Daniels, pero no la sigo.

-El señor Matthews vino a verlo justo después de que usted saliera. Estuvo hablando con la señora Harris. Creo que se ofreció a llevarla a su casa. ¿Si desea algo más...?

La señora Daniels se marchó, obviamente ofendida por la actitud de Stephen, pero él apenas lo notó. ¡Rachel se había ido con David! De algún modo, y no quiso imaginárselo, lo había convencido de que la sacara de una situación que no era de su agrado.

Apartó el sillón con tanta fuerza que lo tiró al suelo. Iba de camino a la puerta cuando de pronto se dio cuenta de algo que había pasado por alto. No tenía ni idea de dónde vivía Rachel.

Soltó un juramento, regresó al escritorio y con furia marcó un número de teléfono, pero aunque esperó un rato, David no contestó.

Colgó y se acercó a la ventana, furioso.

«¿Dónde diablos está David?» Podía adivinarlo... pero como tuviera razón, qué Dios ayudara a David... y a Rachel. Si ella pensaba que podía jugar, descubriría lo equivocada que estaba. ¡No iba a permitir que volviera a dejarlo como un tonto seduciendo a uno de sus empleados!

Rachel lamentaría haber iniciado eso... Pero no tanto como él por dejar que lo engañara diez años atrás.

Rachel se hallaba junto a la ventana. Siempre le había gustado el paisaje nocturno desde su apartamento, pero esa noche apenas veía las luces de la carretera. Era posible que hubiera conseguido escapar antes de que regresara Stephen, pero sabía que él no lo dejaría así. Se preguntó cuándo pensaría llamarla.

Se obligó a sonreír cuando Jamie entró con el pijama puesto.

-¿Ya estás listo para meterte en la cama, cariño?

-Supongo -musitó, haciendo que ella se preguntara qué le pasaba a su hijo.

El pequeño había disfrutado del trayecto en el coche de David, haciendo infinidad de preguntas que él había contestado con paciencia. Al dejarlos en el apartamento, le había agradecido su generosidad, y David le había pedido su teléfono para llamarla cuando estuviera por la zona.

Le había parecido una tontería negarse, pero esperaba que él no intentara perseguir una amistad. David Matthews era un hombre agradable, pero tenía un gran defecto: trabajaba para Stephen. Y no quería más vínculos con Stephen de los que ya tenía.

-¿Qué sucede, Jamie? -preguntó al verlo con expresión abatida-. Dímelo.

-¿Ese hombre conoce a mi padre? -inquirió de repente.

Rachel tragó saliva y sintió un nudo en la garganta.

-¿Qué... qué hombre? ¿Te refieres a David Matthews?

-No, claro que no -movió la cabeza-. El hombre con el que nos quedamos... Stephen. ¿Conoce a mi padre?

-¿Por qué lo preguntas? -intentaba ganar tiempo, aunque necesitaba saber qué lo había impulsado a formular la pregunta.

-Os oí hablar. Tenía sed, bajé a la cocina y oí a Stephen decir algo de que yo me llamaba Jamie por mi padre.

¡Dios!

-¿Qué., qué más oíste, cariño?

-Nada. Pensé que podrías enfadarte conmigo por haberme levantado, así que regresé a la habitación. ¿Me llamo James por mi padre, mamá? ¿Stephen lo conoce? En ese caso, quizá podría

hablarle de mí. Él... tal vez quiera conocerme.

La melancolía que captó en la voz de su hijo hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas. Se acercó y lo abrazó.

-Ojalá fuera tan sencillo, Jamie, pero no lo es.

-¿Quieres decir que no le gustaría a mi padre? -susurró.

-¡No! Lo que pasa... es que no sabe que tiene un hijo. Sería una gran conmoción para él, y por eso quizá le resulte difícil aceptarlo. Todo sucedió hace mucho tiempo, cariño -calló un momento-. Tu padre ya no me ama. Tal vez ame a otra mujer y, si averiguara tu existencia, su vida podría complicarse. Es mejor tal como estamos ahora... solos tú y yo, Jamie. ¿Puedes entenderlo?

El pequeño asintió, pero era obvio que no lo entendía. Se despidió y fue a su habitación con los hombros encorvados.

Lo observó con lágrimas en los ojos. ¡Era tan injusto! Jamie no podía entender Ja situación y aún le esperaba algo peor, más confusión, si Stephen ponía sus planes en marcha. Pero no pensaba mentirle a su hijo.

Miró el teléfono, pero le dio la espalda. Ese no era el camino. Tenía que ver a Stephen y hablarle cara a cara, sin importar lo mucho que eso la asustara. Estaban en juego el futuro y la felicidad de Jamie. Debía convencerlo de que no interfiriera de esa manera en la vida del pequeño.

La odiaba, pero sería incapaz de vengarse en un niño inocente. Deseó poder estar segura de eso.

Eran las diez pasadas cuando Rachel llegó al imponente edificio. Los trenes habían vuelto a funcionar y, después de dejar a Jamie con una vecina, había tomado el primero. Respiró hondo al empujar la puerta de cristal y entrar en la recepción. Había una mesa a un costado y una morena elegante alzó la cara con una sonrisa cuando Rachel se le acercó.

-¿En qué puedo ayudarla?

-Deseo ver al señor Hunter, por favor.

-¿Tiene una cita? -la joven bajó la vista a la agenda y frunció el ceño.

-No. Pero estoy segura de que me verá en cuanto lo llame y le diga que estoy aquí. Me llamo Rachel Harris.

La recepcionista la miró con algo más de frialdad.

-Me temo que el señor Hunter es un hombre muy ocupado. Le sugiero que telefonee a su secretaria para ver si puede darle una cita.Rachel entendía que la mujer cumplía con su trabajo, pero comenzaba a perder la paciencia.

-He de ver al señor Hunter hoy. Es muy urgente. Por favor,

llame a su despacho. Estoy segura de que encontrará un hueco en su apretada agenda.

La recepcionista miró al guardia de seguridad que había a cierta distancia. El hombre avanzó hacia ellas. Rachel volvió a intentarlo, desesperada por hacerle entender a la joven que era urgente que hablara con Stephen.

-Escuche, si llama a su despacho, el señor Hunter me recibirá, soy...

-Gracias, Suzanne. Yo me ocuparé de esto.

Rachel reconoció la voz en el acto. Giró en redondo y quedó aturdida al ver la emoción que brillaba en los ojos de él. Pero de inmediato volvió a aparecer su máscara fría.

-Sigúeme -dijo.

Le dio la espalda a la recepcionista y al guardia, que los observaban con curiosidad, y siguió a Stephen por otras puertas de cristal que conducían a un pasillo. Él se detuvo ante el ascensor, introdujo una llave en la cerradura y se hizo a un lado para dejarla pasar cuando las puertas se abrieron con suavidad.

Se alejó lo más posible en el espacio reducido, pero se sobresaltó cuando el brazo de Stephen le rozó el suyo. Él la miró con sonrisa burlona.

-¿Nerviosa, Rachel? Me pregunto por qué. ¿Será posible que te hayas dada cuenta de que te has excedido? ¿Por eso has vuelto? ¿Para intentar solucionarlo?

-No sé de que estás hablando -se irguió en toda su estatura.

El ascensor se detuvo. Stephen no se molestó en contestar al conducirla por un pequeño pasillo y más allá de una puerta hacia lo que evidentemente era su despacho. Rachel miró alrededor mientras trataba de recuperar la serenidad, notando el lujo discreto. Él le indicó un sillón detrás del escritorio y la estudió hasta conseguir que se sintiera incómoda.

-He de reconocértelo, cariño, tienes un talento especial para el engaño. ¿O vas a decirme que David y tú sentisteis una atracción instantánea?

-No... no sé de qué hablas. Por favor, no sigas con tus juegos, Stephen. En este momento no podría con ellos.

La risa de él fue tan áspera que Rachel se encogió en el sillón.

-¡Qué inocente consigues parecer! Como acabo de decir, tienes un talento excepcional. Pero si prefieres ir al grano, te complaceré. He de reconocer que yo también prefiero ese enfoque, nos evita malentendidos. Así que deja que sea bien claro, Rachel. Mantente lejos de David Matthews. No me importa lo que hicisteis anoche,

pero no se repetirá. ¿Te ha parecido bastante directo, cariño?

Ella se puso blanca. Comenzó a temblar, tratando desesperadamente de no creer lo que Stephen parecía dar a entender.

-¿Tú... tú crees que David y yo...? ¿Que nosotros...?

Él se adelantó y le tomó la muñeca con tanta celeridad que la hizo jadear.

-No creo nada. Sé lo que pasó ayer. De algún modo, y los dos sabemos cómo, convenciste a Matthews de que te llevara a casa. Al llegar, es obvio que decidiste recompensarlo de la mejor manera que conoces. Pero si albergas alguna idea para volver a utilizar a Matthews, olvídala. O los dos lo lamentaréis.

Rachel liberó el brazo. Se puso de pie con una dignidad sacada de lo más hondo de su ser.

-David nos llevó a Jamie y a mí a casa. Amablemente se ofreció a hacerlo cuando le dije que no había podido alquilar un coche. Nos dejó a eso de las tres de la tarde. No tengo ni idea de adonde fue a partir de ese momento -lo miró fijamente-. No pasó la noche en mi cama, Stephen, ni tampoco buscó ningún tipo de «recompensa» por su amabilidad. Hay algunas personas en el mundo que hacen las cosas por la bondad de sus corazones, aunque no espero que comprendas esa ética.

Sin saber cómo, se encontró en el pasillo, apretando el botón para llamar el ascensor. Al llegar, entró y se apoyó en la pared de acero. Nunca antes había percibido de verdad lo que Stephen pensaba de ella. Hasta ese momento. De pronto, recordó para qué había ido y se consideró una necia por haber creído que podría convencerlo de que cambiara de parecer.

Stephen observó la puerta a través de una bruma rojiza de furia. ¿Acaso Rachel esperaba que creyera ese cuento de hadas? Su ira alcanzó cimas nuevas, avivada por los pensamientos que no le habían permitido dormir. Pensamientos de Rachel y David juntos.

Se serenó de repente y pudo pensar con claridad, como no había sido capaz en toda la noche.

¿Por qué Rachel iba a mentir, si él podría descubrirla con facilidad preguntándoselo al mismo David? La idea hizo que experimentara la primera duda. De pronto, ya no estuvo seguro de nada.

Se puso de pie con una maldición y se dirigió a la puerta. Pasó por delante de una desconcertada Trish y salió al pasillo justo a tiempo de ver cómo se cerraban las puertas. Bajó las escaleras corriendo, pero aun así no vio a Rachel por ninguna parte al llegar

a la recepción.

-¿Adonde fue? ¿La señorita Harris... la mujer con la que hablaste antes?

La recepcionista solo fue capaz de señalar hacia la salida. Corrió ala calle. El viento soplaba con fuerza, pero apenas notó la incomodidad mientras la buscaba infructuosamente entre la gente.

Aminoró el paso al llegar al parque, atraído por una sensación que no podía explicar. Atravesó las puertas y estudió la amplia extensión de hierba. Entonces la vio, sentada en un banco junto al lago.

-Rachel... -avanzó hacia ella sin darse cuenta. No era un hombre acostumbrado a disculparse, pero sabía que en ese momento debía hacerlo. Si tan solo eso pudiera arreglarlo todo... Se dio cuenta de que habría cambiado todo su éxito por la posibilidad de regresar diez años en el tiempo.

Ella se secó las lágrimas, pero en el acto fueron sustituidas por otras. A lo largo de los años había tenido poco tiempo para llorar, para cualquier cosa que no fuera establecer un hogar para Jamie. Era como si todo el dolor que había ido acumulando se hubiera liberado por la cruel acusación de Stephen.

-No, Rachel. Por favor, no llores -la sorprendió la compasión que captó en su voz. Lo miró, sin tratar de esconder su angustia. Con un juramento dirigido contra sí mismo, él se volvió hacia el lago-. Me disculpo por lo que dije antes. Estuvo fuera de lugar.

-Sí -musitó ella, secándose los ojos con un pañuelo de papel.

Él apretó los dientes. Un músculo se movió en su mandíbula, pero su voz sonó controlada.

-Entonces, debo disculparme otra vez por llegar a conclusiones precipitadas.

Rachel rio con amargura debido a su arrogante suposición de que unas simples palabras podían arreglarlo todo.

-Dudo que alguna vez te precipites en tus conclusiones. Reconócelo, Stephen, analizas las cosas de manera racional.

-¿Qué quieres decir?

-Que analizaste los hechos con frialdad y distancia, ¿no? Ahí estaba yo... y ya sabes qué clase de mujer soy, ¿cierto?... desesperada por salir de tu casa y, de repente, aparece David Matthews. ¡Una oportunidad enviada por el cielo! Lo único que necesitaba hacer era convencerlo de que me llevara a mi apartamento... y sin duda no podría resultar muy difícil, ¿verdad? Después de todo, es lo que he hecho cientos de veces, ¿eh? ¿Qué diferencia podría suponer un hombre más en mi cama?

-¡Cállate! -la aferró por los hombros y la sacudió. Rachel no había dicho nada que él no hubiera pensado, pero no deseaba oírlo. El problema era que podía recordar con absoluta claridad lo que se sentía al tenerla en brazos. No soportaba la idea de que lo hiciera otro hombre. Quizá hubiera cometido un error con David, estaba dispuesto a reconocerlo y a disculparse, pero no pensaba permitir que ella se burlara recordándole el modo en que había vivido los últimos diez años-. ¡No quiero oírlo! ¿Lo entiendes, Rachel? No quiero oír ni una palabra sobre los hombres con los que has estado... en ningún sentido de la palabra. No tienen nada que ver con esto.

Ella sintió el dolor de sus palabras como algo físico. ¡Realmente creía que se había acostado con hombres diferentes para conseguir lo que quería! Si le contara la verdad, que solo se había acostado con un hombre en la vida, no le creería. La angustia le dio fuerzas para hablar.

-Entonces me sorprende que muestres tanto interés en mis relaciones. Es obvio que mi estilo de vida no es de tu agrado. El pasado es el pasado, Stephen, ¿por qué no lo dejas como está? No veo motivo alguno para que le hables a alguien de Jamie y, así, causar consternación a todos los involucrados. Sigamos adelante con nuestras vidas y no miremos atrás.

Stephen movió la cabeza. Estaba pálido.

-No es posible. Ya le he hablado a mi madre sobre la existencia del niño, e imagino que ella ya se lo habrá contado a la tía Kathleen. No podemos soslayar lo que ha sucedido solo porque tú no tengas ganas de enfrentarte a ello, Rachel.

-¡No! -de pronto se sintió mareada-. ¡Ninguno de vosotros piensa en el efecto que esto tendrá en Jamie! No quiero que lo perturbe. ¡Me niego a dejar que pase!

-Por supuesto, nosotros tampoco lo deseamos, pero deberías de haber pensado antes en las consecuencias de tus actos. ¿Para eso viniste a verme hoy, porque esperabas convencerme de lo contrario? Bueno,me temo que has hecho el viaje en balde. Mis padres y mi tía ya habrán vuelto. Es solo cuestión de tiempo que Jamie conozca a su familia.

Rachel no supo qué hacer. Todo parecía volverse en su contra. A él no le importaba Jamie tanto como a ella; jamás le importaría. Para Stephen el pequeño era prueba de su infidelidad.

-¿Y bien, Rachel? ¿Te has decidido? ¿Te has dado cuenta ya de que nuestros errores tienen la desagradable costumbre de aparecer en el momento menos oportuno?

Lo miró con expresión vacía en los ojos.

-Si he cometido algún error, es haber creído que eras alguien que no eres, Stephen. Ahora mi única preocupación es reducir el daño que esto puede causarle a mi hijo. Quiero hablar yo con tu tía, hacerle entender la cautela con la que hay que llevar esta situación.

-De acuerdo -se encogió de hombros-. Sugiero que ahora vuelvas conmigo a mi casa. Podrás hablar con la tía Kathleen y establecer un plan de acción -se volvió y se puso a caminar, para detenerse al ver que ella no lo seguía-. ¿Y bien?

-Quiero que me prometas que no interferirás, Stephen.

-Tienes mi palabra -sonrió con cinismo-. Por lo que a mí atañe, ya he cumplido mi parte. Lo que suceda a partir de ahora depende de Kathleen y de ti. Con franqueza, me encantaría no tener que veros jamás a ti y al niño.

Continuó andando y, después de unos momentos, Rachel lo siguió. Sabía que mantendría su palabra. No había motivos para que no fuera así. No sentía nada por Jamie. Nunca llegaría a quererlo, del mismo modo que Jamie jamás podría recurrir a Stephen en busca de consejos de padre.

Al huir y no decirle a Stephen que estaba embarazada, al mentirle luego, había conseguido que todos perdieran algo importante en sus vidas. Sería su castigo por amar tanto a Stephen.

Capítulo 10

UN TAXI pasó a su lado al entrar en el camino privado de la casa de Stephen. Rachel iba rígida en el coche, pensando en cómo manejar la reunión inminente. Al entrar vieron maletas en el vestíbulo y desde la sala de estar oyeron voces. Rachel se detuvo con la cara pálida. No podía entrar allí y enfrentarse a todas esas personas que debían de condenarla por lo que había hecho. Jamás entenderían por qué diez años atrás había huido. ¿Cómo iban a hacerlo cuando creían que Jamie era hijo de Robert?

-Ve al despacho. Estoy seguro de que querrás ver a la tía Kathleen a solas.

Lo miró, desesperada por captar si al menos Stephen entendía sus miedos y lo difícil que le resultaba eso, pero su rostro no mostraba ningún signo de compasión.

Sin decir una palabra, fue al despacho y cerró a su espalda, deseando que ese acto pudiera dejar fuera a todo el mundo.

-Rachel, ¿cómo estás?

La puerta se había abierto tan silenciosamente que no la había oído. Giró para mirar a la mujer que había entrado en la estancia. Rachel había visto a Kathleen Hunter en pocas ocasiones y quizá no la hubiera reconocido de no haber sabido a quién esperaba. Los años habían pasado factura con la doble pérdida de su hijo y su marido, aunque pudo ver algo de Robert en la gentil sonrisa de la mujer mayor cuando se sentó en el sofá.

-Esto debe de ser difícil para ti, querida.

-Yo... -calló, preguntándose qué decir. En ningún momento había esperado la comprensión que se manifestaba en su voz-. Sí -susurró-. Sí, es... difícil.

-Lo entiendo -palmeó el asiento a su lado y esperó hasta que Rachel se sentó-. Cuando Dorothy me habló anoche de la llamada que recibió de Stephen y lo que él le había dicho, al principio me sentí aturdida. No sabía qué hacer... ni qué pensar.

-Lo siento -sabía que eso no bastaba, pero no se le ocurría otra cosa.

-Pasé toda la noche meditando en ello, Rachel -rio con suavidad-.,Robert solía hablarme de vosotros dos. Stephen y él siempre estuvieron cerca, más parecidos a hermanos, y Robert sabía lo que Stephen sentía por ti desde que te vio por primera vez aquel día en la playa -al ver la sorpresa de Rachel, sonrió otra vez-. Robert me contaba muchas cosas. Había una buena relación entre nosotros.

-Sin duda lo echa de menos. Era tan joven... -calló al ver el dolor

en la cara de Kathleen.

-Sí. Siempre lo echaré de menos. Robert era amable y cariñoso. Habría mostrado ese mismo amor a su familia, a sus hijos, de haberlos tenido -se adelantó y tomó la mano de Rachel-. Pero no los tuvo, querida. Robert no es el padre de tu hijo, ¿verdad?

Se sintió tan asombrada que solo pudo mirar a la mujer mayor, y luego bajó la vista.

-No. Robert y yo... bueno, solo éramos amigos. Nada más.

-Eso pensaba. Toda la noche le estuve dando vueltas en la cabeza, tratando de sacarle algún sentido, pero no pude. Robert sabía lo mucho que te amaba Stephen; él jamás lo habría herido de esa manera. Me sorprende y me duele un poco que Stephen no lo sepa.

-Stephen me culpa a mí, no a Robert. Cree que yo... seduje a su primo -el rostro de Rachel se inflamó, pero Kathleen rio.

-Es desconcertante lo ciegos que pueden ser algunos hombres, y Stephen siempre estuvo obnubilado por ti, querida. Pero, ¿por qué no me cuentas cómo empezó esta confusión? ¿Por qué Stephen llegó a esa conclusión?

-Fue por mi culpa. Lo siento tanto... ¡de verdad! No comprendí en lo que nte estaba metiendo... -calló y respiró hondo.

-Será mejor que me cuentes la verdadera historia, Rachel. Me parece que esto ya se ha complicado demasiado.

Miró a Kahtleen y, de repente, quiso contársela, explicárselo desde el principio, desde el día en que había descubierto que estaba embarazada...

Rachel llevaba varios días sintiéndose mareada. El trabajo en la Academia había sido duro. Se acercaban las audiciones para el Ballet Real y unos pocos afortunados iban a conseguir las pocas plazas disponibles.

Sabía que no sería uno de ellos. La altura que había alcanzado no le permitiría realizar una carrera en el ballet. Pero una de las compañías de teatro buscaba bailarinas y albergaba muchas esperanzas de conseguir un papel en su próxima producción.

Hacía una semana que conocía a Stephen, aunque apenas podían verse debido a los ensayos y al trabajo de él. Sin embargo, el entusiasmo de él, la ambición que era una parte intrínseca de su naturaleza, ardían con intensidad.

Stephen iba a llegar a la cima. Ella siempre lo había sabido, aun cuando a veces la asustaba imaginar cómo eso podría cambiar las cosas entre ellos.

Aquella mañana, al levantarse, pensaba en él. Llevaba en

Londres un par de días por algo sobre lo que se había mostrado reservado. Iba a verlo aquella noche, después de las clases. Era como si llevaran años sin verse, desde que le hizo el amor...

Se levantó de la cama, sintió que la habitación le daba vueltas y se desmayó. La tía Edith, al oír el ruido sordo de su cuerpo al caer, subió corriendo las escaleras. Insistió en que Rachel debía ir a ver al médico.

Aceptó para calmarla, sin esperar la conmoción que recibió cuando el médico le hizo unas preguntas y fue evidente lo que estaba mal. ¡Embarazada! Nunca antes había considerado la posibilidad, apenas podía creerlo. Sin embargo, todo encajaba: las náuseas, el agotamiento, el retraso en el período...

Al salir de la consulta se olvidó de las clases y caminó durante horas, tratando de pensar qué hacer y cómo decírselo a Stephen. Sin embargo, al verlo aquella noche le resultó imposible encontrar las palabras adecuadas.

-¡Rachel! Dios, cuánto te he echado de menos -la tomó en brazos y la besó con ganas, ajeno a las miradas curiosas de los demás pasajeros que bajaban del tren.

Rachel le devolvió el beso, se aferró a él y buscó un modo de revelarle su secreto y compartir sus temores, pero Stephen estaba lleno del éxito que había tenido.

Tomados de la mano, salieron de la estación y fueron a la cafetería que había enfrente.

-No pensé que pudiera lograrlo, Rachel, pero al final resultó condenadamente fácil. Logré ver al director y le hablé con claridad: mi prototipo a cambio de una participación en la empresa. Era evidente que él había oído rumores sobre mi proyecto. Debió darse cuenta de que iba a revolucionar el mercado y que su compañía se quedaría atrás. Hizo lo más sensato y convocó una reunión de la junta. Van a redactar un contrato y a ponerse en contacto conmigo. ¡Lo he conseguido, Rachel! Ha sido el primer paso, y los demás vendrán según lo planeado. Ahora nada va a interponerse en mi camino... nada... ¡ni aunque tenga que trabajar las veinticuatro horas para llegar! ¡Hunter Electronics va a ser la fuerza más importante del mercado en Europa!

Rachel sonrió mientras su interior era devorado por el miedo. ¿Cómo iba a poder hablarle del bebé en ese momento? Stephen quería y necesitaba ese éxito. Para él era como el aire que respiraba, igual de vital para su bienestar. Debía de concentrar todas sus energías en alcanzar lo que se había propuesto y no podía permitirse el lujo de distraerse. Y un bebé sería la mayor distracción

de todas.

El problema era que lo conocía demasiado bien. Stephen asumiría sus responsabilidades con seriedad, pero si abandonaba su proyecto en esa fase, quizá nunca más consiguiera otra oportunidad. Corría el peligro de perder lo que más deseaba, y ella no podría soportar eso.

Los padres de Stephen se habían ido de vacaciones. Regresó a su casa con él e hicieron el amor. La pasión que exhibió estaba alimentada por el éxito que había tenido en Londres y Rachel se dejó llevar, entregándose sin barreras.

-¡Te amo! -musitó encima de ella, su cuerpo bronceado y duro bloqueando la luz menguante del sol que entraba por la ventana.

-¿En serio, Stephen? ¿Me amas de verdad? -preguntó casi con desesperación.

Se inclinó y la besó de forma posesiva.

-¡Sí! Y en los próximos años voy a demostrártelo. Vas a tener todo lo que siempre has querido, Rachel.

Volvió a besarla con una exigencia que ella no pudo resistir, aun cuando en su interior lloraba por lo que tenía que hacer. Aquella noche el acto sexual pareció alcanzar cumbres nuevas y la pasión los consumió a los dos. Pero Rachel sabía que esa iba a ser la última vez que estaría en sus brazos y lo amaría.

" Al avanzar la noche yació a su lado y lo contempló mientras dormía, almacenando los recuerdos para el árido futuro. Cuando empezó a amanecer, se levantó, se vistió, salió y regresó a pie a su casa con los ojos bañados de lágrimas y el corazón vacío.

Tenía que marcharse. Lo amaba demasiado para arriesgarse a que él perdiera todo por lo que había luchado con tanto ahínco. No podía tolerar la idea de que llegara a odiarla por ello.

La habitación estaba silenciosa. Rachel se pasó la mano por la cara, sorprendida al descubrir que lloraba.

-Debiste amar mucho a Stephen para hacer lo que hiciste, Rachel -en la voz de Kathleen había comprensión, no condena.

-Sí -murmuró-, lo amo... lo amé.

Si Kathleen notó el desliz, no dijo nada.

-Puedo entender por qué te marchaste años atrás, pero, ¿por qué no le contaste la verdad sobre el niño ahora?

-Estuve a punto -se levantó y se acercó a la ventana con los hombros encorvados-. Pero Stephen... bueno, dejó bien claro que jamás creería que Jamie era suyo -giró y trató de sonreír-. Todo es muy complicado, como puede imaginar. La primera vez que volví a verlo, adivinó que era suyo. Estaba tan... enfadado -sintió un

escalofrío.

-¿Y tuviste miedo de lo que podría hacer? -aventuró Kathleen.

-¡Sí! Fue una sorpresa verlo después de tanto tiempo... Era Stephen, pero sin serlo, si entiende lo que quiero decir. Ha... ha cambiado tanto, se ha vuelto más duro, implacable. Temí que intentara quitarme a Jamie si le contaba la verdad.

-¿Por eso inventaste que era el hijo de Robert?

-¡ Sí! Pero se volvió en mi contra de un modo que no pude prever. En un momento pensé en decirle la verdad, pero él adivinó mis intenciones. Con palabras bien claras afirmó que no me creería. Pensaba que mi intención era aprovecharme de la situación. Stephen es un hombre rico y, evidentemente, creyó que eso me importaba.

-Imagino que él ha tenido más motivos que la mayoría para volverse cínico. Puede que haya logrado todo lo que se había propuesto, Rachel, pero ha pagado un precio alto por ello -se levantó y se acercó a ella-. Los dos habéis pagado un precio elevado por vuestro amor.

Rachel tragó saliva.

-Stephen ya no me ama. De hecho, me odia por lo que hice... ¡por lo que cree que hice!

-¿Y qué me dices de ti? ¿Lo odias? -tomó la mano fría de Rachel-. No necesitas responder a eso. Sin embargo, ahora lo que importa es lo que vas a hacer.

-No lo sé -movió la cabeza-. Esto ha alcanzado cotas desproporcionadas. Siento como si todo se me escapara y no sé cómo detenerlo. Lamento tanto haberla involucrado. Nun... nunca quise que nadie resultara herido por la historia que inventé sobre Ro-bert y yo.

-No me cabe ninguna duda, querida. Y si te sirve de consuelo sé que Robert te habría apoyado. Te quería mucho, Rachel. Si Stephen no hubiera estado, ¿quién sabe? Tu hijo bien podría ser mi nieto. Envidio a Dorothy. Es una mujer afortunada.

-¡Por favor, no se lo cuente a la madre de Stephen! -se puso pálida-. Sé que es pedir mucho, pero no podría enfrentarme a eso ahora, en especial porque sé que Stephen lo negaría.

-Sé que sabes que podrías haber hecho unas pruebas para demostrar la paternidad, Rachel.

-No pienso hacer que Jamie pase por eso -se le quebró la voz-. De cualquier modo, Stephen debería de conocer la verdad sin necesidad de una prueba.

-Stephen es humano, a pesar del hecho de que a veces quiera

demostrar lo contrario. Es lógico que tenga dudas -se dirigió hacia la puerta y allí se detuvo-. Pero tienes mi palabra de que no diré nada, querida. Solo Stephen y tú podéis arreglar esto. Por favor, intentadlo. No le niegues más años preciosos de la vida de tu hijo. Sé lo breves que pueden ser.

Kathleen se marchó en silencio, tal como entró, í Rachel se quedó mirando la puerta cerrada largo rato, luego respiró hondo. ¡Si pudiera deshacer la mentira que había creado!

¿Qué haría falta para convencerlo de la verdad? ¿Y qué sucedería si al final lo conseguía?

-Bueno, ¿lo has solucionado todo? ¿Has arreglado que tu hijo conozca a su abuela?

Rachel abrió los ojos y lo vio de pie en el umbral. Se volvió para recoger el bolso del escritorio con manos temblorosas.

-Kathleen se ha mostrado muy comprensiva. Stephen rio brevemente y cruzó los brazos.

-Seguro que te refieres a que le contaste una historia triste y la pobre Kathleen se la tragó. Dios, Rachel, de verdad que tienes talento. Las mentiras y los engaños deben de ser una segunda naturaleza para ti. Apuesto que la tía ahora mismo está preocupada por el modo en que has tenido que educar al niño tu sola. Si supiera la verdad, ¿eh?

-¿Y cuál es la verdad que tú imaginas, Stephen? -repuso indignada-. ¿Que me aferré a todos los hombres crédulos que se me presentaron en el camino? ¿Que los recompensé del único modo que sé, llevándomelos a mi...?

-¡Calla!

Se plantó ante ella y la sacudió hasta que echó la cabeza hacia atrás y las horquillas se soltaron de su pelo, que cayó como una cascada sobre sus hombros. Stephen olió su fragancia y sintió un nudo en el estómago ante los recuerdos que desataron. ¡Incluso sabiendo cómo era, la deseaba!

La soltó con brusquedad y ella tuvo que apoyarse en la pared. La cara perdió su color y los ojos se le empañaron. Pasó a su lado sin decir una palabra, sin mirarlo, con el esbelto cuerpo rígido.

-¿Adonde vas? -espetó él.

-A mi casa. No hay motivo para que me quede después de haber hablado con Kathleen.

-¡Ninguno en absoluto! -ocultó el dolor que sentía detrás de una máscara de burla. La .recorrió de la cabeza a los pies. La había perdido diez años atrás y le había dolido. Sin embargo, perderla en ese momento, de esa manera, su esencia, dolía más de lo que había

imaginado. En su vida quedaría un vacío-. No se me ocurre ni una sola razón para detenerte, cariño, así que supongo que esto es un adiós. Voy a establecer un fideicomiso para el niño, en memoria de mi primo. Desde luego, nombraré a otra persona para administrarlo, de modo que ya no volveremos a vernos. A pesar de lo desagradables que hayan sido los últimos días, no han representado una absoluta pérdida de tiempo. A tu hijo no le faltará nada a partir de ahora.

Rachel se volvió y lo miró a la cara para que no pudiera malinterpretar sus palabras.

-Guárdate tu dinero, Stephen. Jamie y yo no lo necesitamos. Tenemos todo lo que podemos querer... ¡mucho más de lo que tú tendrás jamás! -rio en voz baja-. Lo único que jamás quise era que tú consideraras un deber cuidar de Jamie y de mí.

Salió de la habitación. Él la dejó marchar, se dijo que era lo que deseaba. Quería que estuviera fuera de su vida para poder seguir adelante sin mirar más al pasado.

Se sentó ante el escritorio, alzó el auricular del teléfono y le pidió a Trish que quedara al día siguiente con el abogado. Colgó, preguntándose por qué se sentía insatisfecho, cuando todo había salido según lo planeado. Se levantó y se acercó a la ventana. Maldijo a Rachel. No le importaba lo que deseara, iba a preparar el fideicomiso y encargarse de que lo usara. No aceptaría cargar con eso en su conciencia; pensaba cuidar del hijo de Robert... aunque solo fuera materialmente. No podía permitirse una relación más estrecha...

«¿Qué habrá querido decir con eso de que jamás había querido que me ocupara de Jamie y de ella?», pensó. Frunció el ceño mientras observaba el camino de la casa, diciéndose que había algo raro en el modo en que Rachel lo había expuesto. El pensamiento no lo abandonó.

¿Habría algo detrás de sus palabras? ¿Algo que él no entendía?

Capítulo 11

EMBARAZADA! Miró el salón con ojos perdidos y trató de reconciliarse con lo que había sucedido, pero era imposible. Apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y cerró los ojos cuando el pánico volvió a atenazarla, igual que todos los días durante la última semana desde que se había enterado. La mañana en que Stephen y ella hicieron el amor había tenido consecuencias imprevisibles. En ese momento, debía decidir qué hacer, aunque no tener al bebé no era una opción.

Apoyó la mano sobre el vientre. Apenas estaba en el tercer mes y su condición aún no resultaba visible, pero la gente no tardaría en hacer preguntas.

Emitió un gemido. ¿Qué iba a contarle a Jamie? ¿Cómo iba a explicarle que había sido lo bastante tonta para dejar que eso sucediera sin haberlo planeado? Aunque en lo más hondo de su ser sabía que quería a ese bebé, a pesar de todos los problemas que iba a causar.

Se levantó, dominada por la ansiedad. Había pedido unos días en el trabajo para decidir qué haría; sin embargo, seguía sin alcanzar una decisión. ¿Cómo iba a contárselo a Stephen cuando no tenía ni idea de cuál iba a ser su reacción?

Pero sabía que no podía ocultárselo y privarlo de su hijo, tal como había hecho con Jamie. No tenía derecho.

De pronto, supo lo que debía hacer, a pesar de que la idea la asustaba. Tenía que contárselo y, pronto, antes de que el coraje la abandonara. Recogió el abrigo y el bolso y fue a la casa de al lado para preguntarle a su vecina si podía ocuparse de Jamie cuando volviera del colegio, como hacía de costumbre cuando Rachel trabajaba.

Aquella mañana los trenes salían puntuales y el trayecto le pareció más breve. Habría dado cualquier cosa por un retraso. Con cada kilómetro que se acercaba, más insegura se sentía.

Al llegar, bajó al andén dominada por un temor súbito.

-¡Rachel! Qué sorpresa encontramos aquí. Se detuvo cuando alguien la tomó del brazo. Tardó unos momentos en darse cuenta de quién era.

-David, ¿cómo estás?

David Matthews le devolvió la sonrisa y Rachel rio con cierto nerviosismo al apartarse. ¡El viaje había sido un error!

-¿Sucede algo? -preguntó él mientras la conducía por la plataforma.

Ella deseó quedarse sola. No necesitaba esa complicación

añadida. Sencillamente, quería subir a otro tren y regresar a casa porque, de pronto, imaginó con claridad cuál sería la reacción de Stephen.

-¿Rachel?

En el rostro de David había una preocupación sincera. Ella desterró todas las imágenes de su mente y se esforzó por ser cortés.

-No, claro que no. Solo me sorprende verte, eso es todo.

-A mí también -David rio, reafirmado. Al llegar a la calle, no le dio tiempo a protestar al dirigirse al Jaguar familiar-. Stephen en ningún momento mencionó que ibas a venir. Ojalá lo hubiera hecho. Podríamos haber arreglado viajar juntos.

Rachel apenas le prestó atención, atenazada por el pánico al ver el coche. Vio a Stephen detrás del volante y sintió un nudo en el estómago cuando él se dio la vuelta. Los ojos de él se entrecerraron al posar la vista primero en la cara de ella y luego en la mano de David, que aún le sostenía el brazo. Al llegar al coche, David se inclinó para hablar por la ventanilla.

-He traído a Rachel conmigo, Stephen.

-Subid -ordenó él con voz áspera, y la mirada que les dirigió provocó una expresión confusa en la cara de David.

Este le sonrió con gesto de disculpa a Rachel, abrió la puerta de atrás y la ayudó a subir. Él ocupó el asiento delantero y apenas logró cerrar antes de que Stephen arrancara con un sonoro ruido de llantas sobre el asfalto.

Rachel se sintió aturdida al recordar el modo en que Stephen la había mirado, prueba de lo que sentía hacia ella y de cuál sería su reacción si le contara lo del bebé.

-¡Me alegro de que hayamos terminado! -David suspiró-. Han sido unos días duros, te lo aseguro, Stephen. Un problema detrás de otro.

-Para eso se te paga, para manejar problemas -repuso Stephen sin mirarlo-. Si no estás a gusto, quizá deberías pensar en dejarlo.

David se irguió. Rachel vio el desconcierto en su rostro amable y se sintió culpable. No era justo que Stephen descargara su irritación en David, pero era imposible intervenir sin empeorar la situación.

-Sé para lo que me pagan, Stephen -repuso el joven con dignidad-. Y considero que me he ganado hasta el último penique en las últimas semanas. Créeme, no ha sido ningún paseo. Rogerson, como tú dijiste, intentó sabotear la operación. Y, encima, los sindicatos estuvieron a punto de organizar una huelga en la fábrica, por lo que necesité de toda mi capacidad de persuasión para conseguir que recobraran la cordura.

-Aunque imagino que has tenido compensaciones -Stephen miró por el espejo retrovisor. Sus ojos grises fueron como hielo al clavarse en ella unos segundos antes de volver a mirar la calle.

Cuando introdujo el coche en el aparcamiento subterráneo de su edificio y frenó con brusquedad, Rachel miró alrededor con gesto perdido, preguntándose qué hacer. Pero Stephen se ocupó de la situación con una implacabilidad que no le permitió la oportunidad de decidir.

Abrió la puerta de atrás y la tomó del brazo para sacarla del interior antes de volverse hacia David.

-Quiero un informe completo de todo lo que ha sucedido sobre mi mesa en una hora. ¿Entendido? David asintió con gesto sombrío.

-Sí, aunque no tengo ni idea de lo que te pasa, Stephen.

-¿No? -Stephen esbozó una leve sonrisa y miró a Rachel-. Digamos que no apruebo que los empleados mezclen el negocio con el placer cuando soy yo quien paga la factura. Y dejémoslo aquí por el momento.

No le dio oportunidad de responder al dirigirse de inmediato hacia los ascensores con Rachel aún aferrada a su lado. Ella intentó soltarse, pero Stephen no cedió.

-¡Déjame! Por el amor del cielo, Stephen, ¿qué crees que estás haciendo?

Después de llamar el ascensor, la miró con cara impasible.

-Algo que no debería de hacer. Te advertí de que no pensaba tolerar tus juegos, Rachel. Es evidente que no me expliqué bien. Es un error que pienso rectificar.

-¡No sé de qué hablas! ¡Suéltame! ¿Cómo te atreves...?

La empujó al interior del ascensor y cuando las puertas se cerraron su rostro exhibía una furia ciega.

-¿Cómo me atrevo a interferir en tu vida? ¿Era eso lo que ibas a preguntarme, cariño? Pero los dos sabemos que era exactamente lo que tú esperabas, ¿no? De lo contrario, ¿para qué te ibas a molestar en relacionarte con David? -rio y le alzó el mentón para poder mirarla a los ojos-. Pensaste que sería divertido girar la tuerca poco a poco, ¿eh? Para que no pudiera olvidar lo que se siente al disfrutar de lo que ahora le das a él -le acarició la garganta- Oh, lo recuerdo muy bien, dulce Rachel. Lo recuerdo todo, el modo en que tu cuerpo responde a las manos de un hombre, los gritos que lanzas y que enloquecen a un hombre, haciéndole creer que es el único capaz de provocártelos, la forma en que te entregas con pasión... a cualquier hombre dispuesto a pagar el precio que exiges.

-¡Para ya! ¡Para, Stephen, para! -la voz se le quebró, pero él se

mostró frío a su angustia.

-¿Por qué? ¿Porque no te gusta oír la verdad? ¿Porque te da vergüenza reconocer en lo que te has convertido? -se inclinó más y ella pudo sentir la rigidez de su cuerpo, su ira apenas contenida y que amenazaba con quebrarse en cualquier momento-. No eres más que una pequeña...

-¡No! No lo digas, Stephen. No puedo soportarlo... ¿no lo entiendes? ¡No puedo soportarlo!

Lo empujó cuando el ascensor se abrió, sorprendiéndolo... aunque sabía que jamás podría quedar libre de Stephen, jamás podría olvidar lo que pensaba de ella, lo mucho que la odiaba...

Al correr por el pasillo no fue consciente de adonde se dirigía, y por casualidad encontró las puertas que conducían a las escaleras. Oyó a Stephen gritar que se detuviera, pero no podía regresar para oír más crueldades...

-¡Maldita seas, Rachel, espera!

La mano de Stephen se cerró sobre su hombro al girar por el primer recodo de las escaleras. Ella emitid un grito e intentó quitársela de encima al volverse para mirarlo. Un pie le resbaló y durante un instante quedó suspendida en el espacio, tratando desesperadamente de recuperar el equilibrio.

-¿Rachel? ¡Rachel...!

Mientras empezaba a caer, notó de pronto que en la voz de Stephen ya no había más cólera.

-¡No...! ¡Rachel!

La angustia de él la siguió en la caída. Fue lo último que oyó al golpearse la cabeza contra el cemento. Luego experimentó un dolor desgarrador y después nada...

Stephen no dejaba de andar por la sala de espera. ¿Qué diablos sucedía? ¿Qué demonios le hacían?

Se dejó caer en una silla y enterró la cara en las manos para volver a ver las imágenes que lo acosarían el resto de su vida: el rostro asustado de Rachel al empujarlo y alejarse a la carrera, la mano extendida para que la salvara de caer...

Se levantó y se acercó a la ventana. Se pasó una mano por los ojos y notó la Jiumedad en los dedos. Si Rachel moría, lo llevaría en su conciencia el resto de su vida. ¿Cómo podría vivir con semejante carga, con el conocimiento de que era responsable de la muerte de la única mujer a la que jamás...?

-¿Señor Hunter? Soy el doctor Patel.

-¿Cómo está? -preguntó al volverse.

-Es difícil saberlo ahora. Hay que realizarle muchas pruebas para

determinar el daño que ha sufrido. A corto plazo, su esposa tiene una severa contusión; a largo plazo… Bueno, sugiero que pensemos en ello cuando surja la necesidad.

«Su esposa». Era fácil comprender el error. Sintió una mano dolorosa que le atenazó el corazón. Rachel tendría que haber sido su esposa… lo habría sido si… Pero eso había sido mucho tiempo atrás. Comprendió que el médico aún seguía hablando y se obligó a escuchar.

-Despertó unos momentos y pareció angustiada. No dejaba de pronunciar el nombre de Jamie. ¿Es usted, señor Hunter?

-No -musitó-. Es su hijo.

-Comprendo. La hemos sedado, pero ayudaría mucho si consiguiera liberarse de lo que sea que la atormente ahora.

Y Rachel estaría preocupada por el niño. Stephen lo entendía, jamás había dudado de que amaba a su hijo. Él era el responsable de su caída. Había permitido que sus sentimientos lo dominaran, que la ira que experimentó al verla con David lo cegara.

Pero, sin importar lo que hubiera sucedido entre David y ella, Rachel no merecía lo que le pasaba, el accidente que él había provocado…

-¿Señor Hunter?

Se obligó a salir del torbellino de emociones y supo lo que debía hacer. Posiblemente, era lo único que podía hacer por ella en ese momento.

-Yo me ocuparé de todo, doctor. ¿Puedo verla ahora?

-Necesita absoluto reposo… -el médico titubeó-. Solo un minuto.

La iluminación del cuarto era tenue y el brillo fluorescente de los monitores a los que estaba conectada de un resplandor extraño. Stephen se acercó a la cama y observó la figura que yacía bajo las sábanas blancas. Sintió el impulso de tomarla en brazos, de abrazarla y decirle que lo sentía…

Respiró hondo y sintió los pulmones cerrados, con una agonía que jamás había experimentado. Si ella moría, entonces él tampoco querría vivir. Era así de simple.

Alargó la mano y con suavidad le apartó un mechón de pelo de la mejilla, luego, abandonó la habitación en silencio. No podía deshacer el daño que había causado, pero sí podía ocuparse de que Rachel disfrutara de la mejor posibilidad existente.

Miró el reloj y recordó que tenía una reunión en el banco en media hora, a la espera de cerrar un trato multimillonario, pero la descartó.

Eso era mucho más importante.

Rachel emergió lentamente de la bruma gris. Se sentía pesada y rara, como si llevara mucho tiempo dormida.

Abrió los ojos con cuidado y parpadeó, pero la luz exhibía .una intensidad cómoda. Tardó un momento en mirar alrededor y preguntarse dónde se encontraba y ver que había alguien entre las sombras de la ventana. Cuando se volvió reconoció en el acto a. Stephen.

Debió de realizar algún ruido, porque él se puso tenso. Lo observó al acercarse, vio que tenía las manos apretadas a los costados y sintió el ridículo impulso de reír. ¿Acaso esperaba una pelea?

-Rachel, ¿puedes oírme?

Su voz sonó tan baja que apenas la oyó. Tragó saliva para humedecer la garganta seca, pero no pudo hablar, aunque Stephen lo comprendió.

-Toma, bebe esto. Despacio -le pasó la mano por debajo del cuello y le acercó a los labios un vaso de plástico con una pajita. Rachel bebió con ansia, pero él se la quitó antes de que lograra beber unos pocos sorbos. Le sonrió cuando lo miró con ojos centelleantes-. No tiene sentido que me mires así. He recibido instrucciones estrictas de las enfermeras de que solo debías beber uno o dos sorbos.

-¿Enfermeras? -alzó la cabeza y miró alrededor-. ¿Estoy en un hospital?

Stephen aproximó una silla a la cama y se sentó.

-Sí. ¿Cuánto recuerdas, Rachel?

-No estoy segura... -cerró los ojos-. Creo que iba en un tren. ¿Hubo un accidente?

-En el tren, no.

Algo en la voz de él... Rachel lo miró, tratando de recordar los acontecimientos que la habían conducido hasta ese sitio. Ni siquiera sabía por qué Stephen se hallaba allí...

De pronto, se aclaró todo, el motivo por el que viajaba en tren, lo sucedido más tarde... Lo observó con ojos llenos de miedo.

-¡Me caí por las escaleras! ¡El bebé! ¿Está bien? ¿Stephen...?

-¿Bebé?

Ella captó la conmoción en su voz, pero fue incapaz de tratar con eso y con su propio terror. Se llevó una mano al vientre con lágrimas en sus ojos y oyó a Stephen musitar algo antes de tirar la silla al levantarse.

La puerta se cerró a su espalda al marcharse, pero no pudo encontrar las fuerzas para preguntarse adonde se había ido o por

qué. ¿Había perdido a su bebé? ¡No creyó ser capaz de soportarlo!

La puerta volvió a abrirse y el doctor Patel entró en la habitación. Rachel lo miró sumida en el miedo. Pero Stephen debió contárselo, porque el médico respondió la pregunta no formulada.

-Por lo que hemos podido diagnosticar, el bebé está bien. Usted sufrió una mala caída, pero ha salido bastante bien librada. Aparte de una desagradable contusión, ni usted ni el bebé han sufrido más daños.

-Gracias -susurró.

El médico sonrió y se fue. Solo entonces se dio cuenta de que Stephen debió de haber entrado detrás de él. Observó su rostro serio y giró la cabeza en la almohada, sin querer ni necesitar ver más.

-¿De quién es el bebé? ¡Dímelo, Rachel! ¿De quién?

Rachel soltó una risa quebrada. ¡Qué tonta había sido al no imaginar lo que Stephen pensaría!

-¿De quién crees que es, Stephen?

No giró la cabeza al oír que la puerta se abría ni hizo intento alguno por llamarlo. No tenía sentido. Hacía tiempo que él había cerrado la mente a la verdad.

Stephen cerró la puerta, sintiéndose muy cansado. Había conducido horas después de dejar el hospital, sin recuerdo alguno del trayecto seguido. Había sido un intento desesperado por eludir su agonía. Rachel estaba embarazada; la sorpresa y la furia que había sentido al averiguarlo parecían grabadas en su alma.

La señora Daniels apareció por el pasillo. Murmuró algo al pasar, pero él apenas la oyó. Miró al niño que iba a su lado y con un aguijonazo de culpa se dio cuenta de que ni siquiera le había dicho a Rachel que su hijo estaba en su casa. Había ido a recogerlo antes de regresar al hospital, luego había olvidado su presencia...

Entró en el despacho sin decir una palabra a la señora Daniels o al niño, que lo miraba con ojos grandes y solemnes. Se acercó al escritorio y miró en tomo con los ojos en blanco.

Se sentía como un extraño en su propia casa, un extraño dentro de sí mismo. Cerró los puños. ¡Rachel estaba embarazada de otro hombre!

Giró en redondo, tratando de escapar de los recuerdos que aún flotaban en esa habitación. Había intentado olvidar lo que había pasado allí aquel día. El recuerdo lo había acosado, le había impedido hacer el amor con otra mujer...

Se quedó helado. ¿Cuánto tiempo de aquello? ¿Dos meses... tres? ¿Y cuan avanzado estaba el embarazo de Rachel?

Hurgó en las profundidades de su mente y oyó la voz serena del

médico al afirmar que había sido muy afortunada, ya que los tres primeros meses del embarazo eran los más arriesgados.

Se quedó quieto. Sentía la cabeza como si le fuera a estallar por la presión de los pensamientos, aunque solo podía oír uno, cada vez más alto: ¡El bebé era suyo!

Sintió una oleada de alegría y no trató de analizar su causa. Rachel iba a tener a su bebé. Por eso había ido a verlo ese día, para contárselo. Cuando David le explicó que la había visto al bajar del tren, prácticamente ni lo escuchó. En aquel momento se había preguntado si era una mentira, pero en ese instante supo que se trataba de la verdad. Rachel había ido con un único motivo... la única razón por la que habría vuelto a ponerse en contacto con él después de lo que ocurrió entre los dos la última vez.

Abrió la puerta con el espíritu ligero, pero se detuvo al ver a la pequeña figura de pie en el pasillo.

-¿Jamie? ¿Qué sucede?

-Quiero a mi mamá. ¿Dónde esta? ¡Quiero verla!

Las lágrimas caían por las mejillas del pequeño y los sollozos lo ahogaban. Stephen experimentó una súbita oleada de compasión que jamás había sentido. Cruzó el pasillo y pasó un brazo por sus delgados hombros. Antes había evitado abrirse demasiado con él porque lo había visto como prueba de la infidelidad de Rachel. En ese momento, lo vio como lo que era, un niño, asustado y solo, que necesitaba el consuelo que él pudiera darle. Qué extraño le resultaba poder hacerlo.

-¿Por qué no vas a buscar tu abrigo? Quizá pueda convencer a las enfermeras de que te dejen ver a tu madre si prometes estar quieto.

-¡Sí! -le sonrió y corrió escaleras arriba.

Stephen lo observó irse y sonrió. Había sido tan fácil... consuelo ofrecido y aceptado sin preguntas, el primer vínculo establecido sin dolor. Se preguntó si sería tan fácil con Rachel.

Su sonrisa se desvaneció. ¿Estaría dispuesta ella a perdonarle el error, el desastre que había estado a punto de causar? Apretó los labios y en sus ojos bri-iló una súbita determinación. ¡De un modo u otro conseguiría que Rachel reconociera que el bebé que llevaba en su interior era suyo!

Capítulo 12

Y AHORA prométeme que vas a ser un buen niño con la señora Daniels, cariño. Jamie asintió, aún con expresión de preocupación en la carita. Rachel lo abrazó. Por encima de su cabeza se encontró con los ojos de Stephen y apartó la vista.

-Jamie estará bien. No hace falta que te preocupes, Rachel. A la señora Daniels le encanta cuidar de él.

Lo miró con curiosidad, ya que en su voz no se reflejaba la furia que había sentido antes; él le sonrió con la promesa de algo que Rachel no logró entender...

Volvió a centrar su atención en el pequeño que la aferraba como si tuviera miedo de que fuera a desaparecer.

-Voy a ponerme bien, cariño. El doctor quiere que me quede aquí unos días y luego podré llevarte a casa. Lo prometo.

-Eso es lo que dijo Stephen -Jamie sonrió.

Había algo en la voz de su hijo que daba a entender que debía de ser cierto si Stephen lo decía. No era la primera vez que Rachel notaba la predisposición de su hijo a creer cualquier cosa que le dijera Stephen, no obstante, aún la sorprendía que Jamie confiara tanto en él. Al captar la sonrisa cálida que este le dedicó al pequeño, se sintió todavía más confusa.

-¿Por qué no vas a la sala de espera, Jamie? Quiero intercambiar unas palabras con tu madre. Toma, cómprate un refresco en la máquina. Sabes cómo funciona, ¿verdad?

Jamie aceptó las monedas que le ofrecía y murmuró las gracias antes de dejar la habitación. Rachel frunció el ceño al verlo marcharse, tratando de adivinar la diferencia que percibía...

Stephen se acercó y se sentó en el borde de la cama. La estudió en silencio, haciendo que Rachel cobrara una conciencia súbita del aspecto que debía de tener, con el enorme moratón en la frente y el pelo aplastado y revuelto.

Alzó la mano en un intento instintivo de arreglarse, pero la dejó caer al comprender que era una tontería. A Stephen poco le importaría el aspecto que mostraba. El volvió a sonreírle de manera enigmática.

-Estás tan hermosa como siempre, Rachel.

Se preguntó cómo había sabido lo que pasaba por su cabeza. No le gustó la facilidad con la que podía leerle la mente, por no mencionar ese cumplido indiferente. Lo miró con frialdad y jadeó cuando él pasó un dedo por el moratón. Se inclinó más y al hablar lo hizo con un susurro ronco que le llenó la mente y el cuerpo con unas sensaciones que no tenía derecho a experimentar.

-Lo sé, Rachel. Puede que haya sido un poco lento al principio, y un poco rápido en mis suposiciones, pero ahora conozco la verdad.

-Yo...

Calló de repente cuando Stephen se levantó con calma y se dirigió a la puerta. Miró atrás unos momentos antes de abandonar la habitación.

Rachel se sintió sumida en un torbellino. ¿A qué se había referido? ¿Qué sabía? No tenía sentido...

Se llevó instintivamente la mano al vientre y contuvo el aliento. ¡No podía saber que el bebé era suyo!

Cerró los ojos e intentó pensar de forma racional. Si de algún modo Stephen había llegado a la conclusión de que era el padre del bebé, eso lo podía cambiar todo. La invadió la cautela y la cordura apartó a un lado la euforia. Se preguntó si cambiaría las cosas a mejor o a peor. ¿Qué pensaría hacer al respecto? Eso no modificaba el hecho de que él aún creía que Jamie era hijo de Robert. Ni hacía que dejara de odiarla por esa aparente traición.

Stephen se detuvo en el corredor y trató de serenarse antes de ir a buscar al niño. No podía creer cómo se sentía, esa desbocada alegría, el júbilo embriagador que lo había dominado mientras conducía al hospital y luego contemplaba a Rachel y a su hijo.

Respiró hondo. Era extraño, pero en ese momento podía aceptar la idea de quién era Jamie.

¡Rachel iba a darle un hijo! Era como un bálsamo para su alma, un ungüento para las heridas que le habían resultado casi insoportables durante los últimos meses. Por primera vez se sentía capaz de encarar lo sucedido diez años atrás, la relación que habían tenido Rachel y Robert, aun cuando una parte de él no podía creerlo.

Despacio se dirigió hacia la sala de espera y permaneció un momento en la puerta observando al niño agachado junto a la mesita, que garabateaba en unos papeles que alguien había dejado allí.

De algún modo Jamie debió percibir su presencia, porque alzó la cabeza y sonrió. Algo en su sonrisa le aceleró el corazón, aunque no se atrevía a creer en los pensamientos que querían irrumpir en su mente.

-¿Podemos irnos a casa ahora?

Stephen miró el pasillo, con la imperiosa necesidad de regresar a la habitación de Rachel. Pero sabía que ese no era el camino. No podía entrar exigiendo respuestas. Tenía que analizarlo con calma, racionalmente y tratar de decidir si había una base real para lo que

pensaba. Antes de hablar con Rachel debía alcanzar en su propia mente la verdad.

Volvió a mirar al niño y experimentó una emoción que jamás había sentido. ¡Cuánto esperaba que fuera cierto!

¿Qué planeaba Stephen?

Rachel se mordisqueó el labio mientras miraba el exterior. Después de dos días de descanso forzado, esa mañana se le había permitido levantarse, aunque tenía órdenes de no ir más allá de la silla que había junto a la ventana.

Cerró los ojos y rememoró mentalmente las breves conversaciones que habían mantenido en los últimos dos días. Por necesidad no habían tocado nada personal, ya que Jamie había estado presente en ambas ocasiones, pero Rachel había percibido una corriente subterránea en los intercambios corteses que la obligaban a pensar. Si Stephen planeaba algo, debía averiguar qué era.

La puerta se abrió de repente. Giró la cabeza y se quedó pálida al verlo. No había esperado que fuera esa tarde, porque la había ido a visitar esa mañana en compañía de Jamie. Con cierta aprensión se preguntó a qué se debería su presencia.

Cerró y se acercó a la ventana sin decir una palabra, con las manos en los bolsillos y los poderosos hombros encorvados. Rachel lo estudió nerviosa y sorprendida notó lo cansado que parecía. Se afanó por entender lo que sucedía y con una creciente sensación de incredulidad encontró la respuesta. En ese momento la observaba como era en el presente, veía a la mujer y no a la joven que había conocido.

Rachel apartó la vista, aturdida por los sentimientos demasiado peligrosos que eso despertaba en su interior. Amaba mucho a Stephen y sería muy fácil buscar algo que no existía.

-El otro día te hice una pregunta, Rachel, y tú me respondiste con otra. Creo que ha llegado la hora de darte una respuesta -manifestó él en voz baja y profunda.

-No sé a qué te refieres -apretó con manos heladas los reposabrazos del sillón-. Mira, Stephen, yo...

Él se inclinó y apoyó un dedo en sus labios, silenciándola.

-No, Rachel. Basta de evasiones, no más engaños ni mentiras. Te pregunté de quién era el bebé que llevabas dentro y me contestaste: «¿De quién crees que es?» Bueno, la respuesta es sencilla: es mío. Vas a tener a mi hijo, ¿verdad?

-Yo... -quiso negarlo. Temía tanto lo que él pudiera tramar. Sin embargo, le resultó imposible mentir al mirarlo a la cara y ver una

certeza que cancelaría cualquier protesta que ella pudiera hacer-. Sí-musitó con voz quebrada-. El bebé es tuyo, Stephen-cerró los ojos, ya que no quería ver la' ira en su rostro. Se preparó para oír las palabras crueles que caerían sobre ella. Pero no estaba preparada para lo que sucedió.

-¡Gracias a Dios! -exclamó con tono de júbilo.

Ella abrió los ojos y se incorporó confusa. Él la tomó por los hombros y la miró con ternura. Sus ojos se demoraron unos momentos en la leve protuberancia del vientre, apenas visible bajo la bata, luego los clavó en su cara. Lo que Rachel vio en ellos le desbocó el corazón.

-Stephen, yo... -no pudo seguir, ya que la besó y la abrazó como si no quisiera soltarla nunca... como la habría abrazado el Stephen de diez años atrás.

Buscó su boca con un ansia insatisfecha durante mucho tiempo. Rachel sintió la necesidad que bullía en él al tiempo que le resultaba increíble el cambio. Y respondió de forma instintiva. Lo amaba tanto que poder disfrutar de ese momento de intimidad, sin importar lo breve que fuera, era una tentación demasiado grande para resistir.

Le devolvió el beso con todo su amor, con toda la pasión que solo él podía despertar... Lo oyó jadear y sintió cómo su cuerpo fuerte se tensaba, cómo la aferraba unos instantes antes de apartarla con el rechazo que Rachel había temido y, sin embargo, esperado.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Sabía que a continuación oiría la amargura y el odio por lo que supuestamente ella había hecho.

-No llores, mi amor. No hace falta -pidió con voz suave mientras le secaba las lágrimas. La acunó contra su cuerpo al tiempo que le acariciaba la espalda para consolarla-. Lo siento, Rachel, siento mucho todo lo que te he dicho, todas las palabras crueles...

Calló de repente, como si no confiara en sí mismo para poder continuar. Rachel se apartó para mirarlo a la cara y lo oyó gemir cuando Stephen vio el desconcierto en su expresión.

-He sido un tonto, Rachel. ¡Un tonto! -le dio un beso hambriento-. Tenemos que hablar de tantas cosas, hay que aclarar tanto... pero deja que te lo haga más fácil -le enmarcó la cara entre las manos-. El bebé es mío. Lo concebimos aquel día en el despacho -rio en voz baja y con tanta intimidad que ella se ruborizó-. Aunque no me extraña.

-Espero que no estés enfadado, Stephen. No lo planeé así. Debes creerme. Simplemente... pasó.

-No estoy enfadado. Al principio, me quedé aturdido, ya que siempre me he mostrado cauto en esas cosas -hizo una pausa y la miró-. Aunque tú siempre has hecho que me fuera difícil pensar con claridad, Rachel. Recuerdo con precisión las veces que hicimos el amor y la pasión nos desbordó, sin que ninguno pensara en tomar precauciones -le alzó el mentón-. Dime ahora, Rachel, lo que intentaste contarme y yo no quise escuchar.

Ella tragó saliva, incapaz de creer lo que le pedía. ¿Sería otro engaño, otro modo de hacerle pagar por el pasado? Pero algo en la expresión de Stephen hacía que deseara confiar en él.

-Ja... Jamie es tu hijo -se puso a temblar y su voz apenas sonó como un susurro, pero dio la impresión de llenar la habitación, como si lo hubiera gritado-. Tuyo, no de Robert. Te mentí, pero ahora te digo la verdad. Jamie es tu hijo -aspiró hondo y bajó la última de sus defensas-. Jamie no podría ser hijo de nadie más... igual que no podría serlo este bebé que espero.

Stephen sintió como si recibiera un golpe físico. Las ondas que creó en su cuerpo fueron como un terremoto. No era típico que creyera algo sin pruebas, pero anhelaba tanto creer lo que decía Rachel que apenas rué capaz de controlar la avalancha de necesidades que desató.

-¿Me estás diciendo que jamás te has acostado con nadie salvo conmigo?

Le tomó la cara entre las manos y le bajó la cabeza para poder mirarlo directamente a los ojos y, de pronto, el Stephen de hace diez años estuvo encarnado en el hombre que había ante ella. Los dos eran la misma persona; el joven del que se había enamorado entonces y el hombre al que amaba en ese momento.

Le sonrió y lo acercó para besarlo.

-Nunca. Nunca ha habido un hombre al que haya deseado aparte de ti, Stephen. Hace diez años te amé como te amo ahora.

Stephen gimió en voz baja, conmocionado por la súbita y primaria sensación posesiva que lo dominó. Durante los últimos días había pasado por mil agonías al tratar de reconciliar los hechos tal como él los consideraba con lo que le decía su corazón. Había intentado racionalizarlo, pero la idea de que Jamie era su hijo se había ido haciendo cada vez más fuerte.

Aquella tarde ya no había podido esperar más para oírlo de labios de ella. Y en ese momento la cabeza le daba vueltas. ¡Rachel le había sido fiel todos esos años! Quiso ponerse de rodillas y darle las gracias por algo que no merecía.

La tomó en brazos sin sentir vergüenza por el modo en que

temblaba.

-Yo también te amo, Rachel. Tanto que...

Se le quebró la voz y fue incapaz de continuar, embargado por la emoción, pero las palabras eran innecesarias cuando había un modo más eficaz de declarar su amor. La besó con ardor y ella se mostró ansiosa de responder al gesto.

¡Stephen la amaba! Las palabras le llenaron el alma y no dejaron espacio para el dolor. Mientras le devolvía el beso, las lágrimas cayeron por sus mejillas sin que se diera cuenta, hasta que él se apartó con el ceño fruncido.

-¿Lloras?

Rachel rio y se secó las lágrimas con la manga de la bata. Le sonrió y sus ojos reflejaron todo lo que sentía.

-Soy tan feliz. Jamás imaginé que sentías algo por mí.

Stephen suspiró, se sentó y la acomodó en su regazo. Le acarició el pelo con mano temblorosa.

-Quería odiarte, Rachel. Me dije que te odiaba, pero me mentía. Creo que jamás dejé de amarte. Estabas en mi corazón, en mi sangre. Todos estos años has sido parte de mí, y por eso me dolió tanto cuando pensé que me habías sido infiel... y, encima, con Robert.

-Lo siento, lo siento tanto, Stephen. Sé que no basta, pero cuando aquel día apareciste en la casa de la tía Edith, me dejé llevar por el instinto. Pa.. parecías tan enfadado que temí lo que pudieras hacer, que trataras de arrebatarme a Jamie. Por eso te conté la mentira de que era hijo de Robert. Fue lo único que se me ocurrió para explicar el parecido que habías notado.

-Supongo que puedo entender lo que sentiste -suspiró-. Aquel día estaba enfadado... más de lo que nunca lo he estado en la vida. Le eché un vistazo al pequeño y sentí lo que me habías negado. Puede que tal vez hubiera reaccionado como tú temías, pero lo que sentía entonces no fue nada comparado con lo que sentí después de que me contaras esa historia.

Había tanta tristeza en su voz que Rachel se vio obligada a contener las lágrimas. Lo besó, deseando... necesitando demostrarle lo mucho que lamentaba lo que se había visto obligada a hacer.

Se echó hacia atrás y lo miró a los ojos.

-Lamentaré lo que hice el resto de mi vida, Stephen, pero en ese momento me pareció el único camino. Había leído tanto sobre ti a lo largo de los años, sobre lo despiadado que eras cuando querías conseguir lo que deseabas. Te has convertido en un hombre muy poderoso, Stephen Hunter. Era lo que esperaba que sucediera, pero

tratar con la realidad no resultaba fácil.

-¿Lo que esperabas...? -pareció desconcertado-. ¿A qué te refieres?

-El motivo principal por el que me marché hace diez años era porque no quería estropear tus posibilidades de alcanzar tus ambiciones. ¡Anhelabas llegar a la cima! No podía interponerme en tu camino. Haber tenido que encargarte de mí y del bebé lo habría arruinado todo -se le quebró la voz-. Me enteré de que estaba embarazada aquel día que regresaste de Londres. Se te veía tan entusiasmado con tu éxito, con el futuro. No... no pude soportar la idea de que pudieras llegar a odiarme si por mi culpa perdías la oportunidad por la que tanto habías luchado.

-¡Oh, Rachel! -la pegó a él y le besó el pelo, aturdido por su confesión. Cuando pensaba en todo lo que tendría que haber pasado sola, para garantizar que él cumpliera sus sueños... Respiró hondo, con-mocionado por la idea de que no había estado a su lado cuando lo necesitaba-. Intenté encontrarte, mi amor. Probé todo lo que se me ocurrió para descubrir adonde habías ido, pero sin éxito. Tu tía se negó a decírmelo. Y nadie más parecía conocer tu paradero. Era como si hubieras desaparecido de la faz de la tierra.

-No se lo conté a nadie... al principio, ni siquiera a la tía Edith. Simplemente hice la maleta y me fui. No paré en ningún sitio hasta que me fue imposible seguir moviéndome, debido a que se acercaba el momento de dar a luz a Jamie y necesitaba encontrar un lugar donde vivir. Incluso entonces, cuidé de no darle mi dirección durante un tiempo a mi tía. Imaginé que me buscarías, pero supuse que lo dejarías pronto, una vez te hubieras olvidado de mí.

-¡Jamás te olvidé, Rachel! ¡Jamás! Todo lo que hice, lo hice por ti. A cada mujer que conocí terminaba por compararla contigo -rio en voz baja-. Incluso a Shelley.

-¿Tu esposa? -lo miró a los ojos, incapaz de creer en lo que le decía.

-Sí. Nunca la amé como te amo a ti, y ella lo sabía. Ese fue uno de los motivos por los que nos divorciamos, aunque ninguno de los dos lo reconoció en su momento. Una parte de mí siempre te perteneció y siempre será tuya. Encontrarte otra vez me vuelve completo.

-¡Oh, Stephen! ¡Para mí fue igual! Todo hombre al que conocía era una sombra pálida comparado contigo. Jamás deseé a otro... ¡siempre a ti!

-¿Ni siquiera a David? -sonrió-. Me pregunté si empezabais a congeniar.

Rachel rio también, sabiendo que Stephen ya no creía en esa fantasía. Se pegó a él.

-¿David qué? -de pronto se apartó-. Pero mientras nos hacemos confesiones, ¿qué me dices de la mujer con la que salías cuando volvimos a vernos? Creo que se llama Loma.

-Y creo que tienes razón -rio. Le dio un beso prolongado hasta que corrió el peligro de olvidar de qué hablaban. Aunque ella no tenía intención de permitírselo.

-¡Ni se te ocurra querer distraerme, Stephen Hunter!

-¿No? Es una pena -suspiró-. Si quieres saber la verdad, no la he vuelto a ver desde aquella noche en que fui a cenar con ella mientras tú te quedabas en mi casa. No me parecía justo.

-¿Justo?

Stephen le acarició la espalda y la sintió temblar al contacto de su mano. Volvió a sonreír con un aire de arrogancia. Rachel lo amaba. ¡Qué maravillosas sonaban esas palabras!

-No era justo para Lorna seguir viéndola cuando no tenía sentido. Después de aquella noche en que te encontré en el estudio, y a la mañana siguiente en mi despacho, no me interesaba ninguna otra mujer, Rachel. Aunque habría caminado sobre ascuas antes que reconocerlo.

Le encantó escuchar esa confesión. Había sufrido agonías terribles al imaginarlo con otra mujer.

-Me alegra oírlo.

-¿Tenías celos?

-¡Sí! -lo miró furiosa.

-¡Bien! -rio encantado. La acercó y la llenó de besos en las mejillas, los párpados, la mandíbula, hasta que sintió que ella se relajaba y cedía. No recordaba nada más maravilloso. Tenía ganas de subir a la cima más alta y gritar su felicidad, decirle al mundo que Rachel lo amaba, que él la amaba, que tenían un hijo... Se puso serio de golpe.

-¿Qué sucede, cariño? -preguntó ella.

-Me preguntaba cómo íbamos a decírselo a la tía Kathleen. Va a quedar muy decepcionada.

-Ya lo sabe -le acarició la mejilla-. Ella misma dedujo que Jamie solo podía ser hijo tuyo, porque recordaba las veces que Robert le contó lo enamorados que estábamos.

-Aunque por un tiempo yo lo olvidé -comentó él con amargura, pero ella no le permitió asumir toda la culpa.

-Yo me inventé la historia. Sin embargo, lo que me preocupa es lo que va a pensar Jamie. No quiero que imagine que tú no querías

saber nada de él, cuando ha sido mi culpa que desconocieras su existencia...

-Hiciste lo que te pareció correcto. Le contaremos a Jamie la verdad cuando consideremos que ha llegado el momento -la besó-. Te amo, Rachel. Quiero que te cases conmigo y no aceptaré un no por respuesta.

-Si lo pones así -rio feliz-, no me queda otra alternativa.

-No -la miró con ojos llenos de un amor tan profundo que ella sintió que el corazón se le derretía-. Es hora de que haga una mujer honesta de ti, Rachel Harris, así que no hay más que discutir.

-¿Y quién discute, Stephen?

Epílogo

CLAIRE Louise Hunter nació seis meses más tarde en el mismo hospital en que su padre se había declarado a su madre. Pesó tres kilos doscientos gramos y fue el sello para la felicidad de ellos.

Rachel sostuvo a su hija por primera vez, extenuada, pero extasiada por el parto. Stephen la había acompañado en todo momento, animándola en las largas horas. Ver en ese momento la expresión de su cara hacía que todo valiera la pena.

-Es hermosa, Rachel. Gracias -se inclinó y besó con ternura a su mujer, sin terminar de creerse lo que había pasado. Tocó la mejilla del bebé con la punta de un dedo, comprendiendo que era real. Se sintió dominado por la felicidad y el orgullo.

-Es perfecta, ¿verdad? -Rachel sonrió al ver que su hija había realizado su primera conquista.

-Como su madre -comentó con adoración-. Me parece que hay alguien que está esperando ver a la recién llegada. Hace un rato llamé a la señora Daniels y le pedí que trajera a Jamie. Ya deberían de haber llegado -metió la mano en el bolsillo y sacó un papel doblado-. Jamie quería que te entregara esto. Creo que este es el momento perfecto.

Ella sonrió al ver el dibujo de una madre y un bebé.

-Qué tierno. Le ha encantado la idea de tener una hermanita.

-Dale la vuelta. Hay algo más que tienes que ver.

Captó un tono raro en su voz. Volvió el papel y se quedó boquiabierta al ver el nombre que había escrito. Miró a Stephen con lágrimas en los ojos.

-¿Cómo...? ¿Cuándo...?

Él le dio un beso y luego le quitó el papel para mirar lo que Jamie había escrito: «Stephen James Hunter». No pudo creer el orgullo que sintió al leer esas palabras.

-Jamie y yo ayer tuvimos una pequeña charla sobre el bebé y otras muchas cosas. Le conté la verdad. Pareció complacido al enterarse de que era su padre y, extrañamente, no muy sorprendido. Me da la impresión de que, de algún modo, ya lo había adivinado -volvió a mirarla con orgullo-. Creo que iré a buscarlo para que conozca a su hermanita. Luego desapareceremos un rato mientras tú descansas un poco. Hay algo que necesito hacer.

-¿Qué? -frunció el ceño mientras acariciaba la cabecita de la pequeña.

-Ir a ver a Rogerson. Es hora de que él y yo lleguemos a un acuerdo -se levantó-. He decidido ofrecerle que sea socio y convertir la absorción en una fusión. Ese hombre luchó con uñas y dientes

para salvar su empresa y ahora entiendo el motivo. Rogerson quiere legársela a su hijo, del mismo modo en que yo pienso dejarles todo aquello por lo que he luchado a mis hijos.

-Me alegro, cariño. Estoy segura de que haces lo correcto.

-Lo sé.

Le dio un beso y abandonó la habitación. Se detuvo del otro lado de la puerta y respiró hondo, abrumado de pronto por todo lo que había pasado. Rachel le había vuelto a dar sentido a su vida, había hecho que comprendiera lo que era el verdadero éxito. En ese momento tenía a Rachel, a Jamie y al bebé... ¡Lo tenía todo!